

ESPERANZA DE FRUCTIFICACIÓN

Damos gracias a Dios por este nuevo año que comienza, por un nuevo capítulo en la historia de esta revista.

Ocho años han quedado atrás. Ocho años significan muchas experiencias – algunas bastante difíciles–, muchas bendiciones y contactos a través del mundo. Ha sido un camino gratificante y doloroso a la vez, como el camino del cristiano.

No obstante, la misericordia de Dios nos ha sostenido. Colaboradores se han agregado, y ríos de bendición han regado miles de vidas por doquier.

Tenemos la convicción que el Espíritu Santo ha levantado este testimonio y que él mismo ha dado el sustento espiritual que nos ha sostenido en pie. Por esto, bendecimos y adoramos a nuestro Dios.

Comenzamos el año número nueve. En las Escrituras, el nueve es el número del buen fruto. El hermano Christian Chen ha dicho: «El 9 representa lo que Dios puede hacer mediante el poder de la resurrección cuando nosotros no conseguimos nada». ¿No es alentador? Con esta esperanza lo iniciamos. Esperanza en el Dios que es capaz de multiplicar los frutos de nuestra sementera y aumentar los frutos de nuestra justicia (2ª Cor. 9:10).

Saludamos a todos los hermanos y hermanas que nos acogen cada bimestre. Los lazos del amor de Cristo se refuerzan en nosotros con cada día que pasa, en la convicción de ser parte de una misma realidad espiritual, de tener una misma vocación y destino.

Rogamos las oraciones de todos nuestros lectores, para que el Señor guarde este testimonio y nos conceda la gracia de sostenerlo.

INDICE

ENFOQUE DE ACTUALIDAD

- 3 **PANORAMA MUNDIAL** / Una mirada a los principales temas que ocupan al mundo en los días que corren.

TEMA DE PORTADA

- 10 **VOLVIENDO A CRISTO** / La carta del Señor a la iglesia en Éfeso revela el comienzo de la decadencia. *Rubén Chacón.*
- 17 **BATALLA ESPIRITUAL** / Algunos principios de la guerra espiritual, basados en el libro de los Jueces. *Billy Pinheiro.*
- 25 **CONSTITUIDOS SACERDOTES** / Un llamado al ministerio de la intercesión. *Gonzalo Sepúlveda.*
- 32 **APROPIANDONOS DE NUESTRA HERENCIA** / Una lección básica para creyentes nuevos. *Roberto Sáez.*
- 37 **GRACIA Y VERDAD (2)** / La destrucción y reconstrucción que realiza el Espíritu Santo en los hijos de Dios. *Eliseo Apablaza.*

LEGADO

- 47 **GETSEMANÍ: CONFLICTO Y VICTORIA** / Reflexiones en torno a las horas finales del Señor en Getsemaní. *F. W. Krummacher.*
- 56 **EL CAMINO DEL CRECIMIENTO ESPIRITUAL** / Tres claves para el crecimiento espiritual. *T. Austin-Sparks.*

ESPIGANDO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

- 62 **ERASMO, PRECURSOR Y PACIFICADOR (2ª Parte)** / Semblanza de Erasmo de Rotterdam.
- 70 **LOS ANABAPTISTAS Y LAS RAICES DEL EVANGELIO (2ª Parte)** / La parte de la historia de la iglesia que no ha sido debidamente contada. *Rodrigo Abarca.*

ESTUDIO BIBLICO

- 75 **BOSQUEJO DE CANTARES.** *A. T. Pierson.*
- 77 **SIMBOLOS Y TIPOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO.** *A. B. Simpson.*
- 80 **VIENDO A CRISTO EN SU AMOR** / Estudio de la Epístola a Filemón. *Stephen Kaung.*

FAMILIA

- 92 **LA VIDA HOGAREÑA DE AMY CARMICHAEL** / ¿Cómo fueron los hogares de los grandes hombres y mujeres de Dios del pasado? *D. Kenaston.*
- 97 **DECISIONES FALLIDAS** / Consecuencias de la desobediencia de un padre. *Marcelo Diaz.*

JOVENES

- 104 **PREGUNTAS QUE LOS JOVENES SUELEN HACER**

APOLOGETICA

- 109 **¿TUVO EL UNIVERSO UN COMIENZO IMPERSONAL?** / Dos sólidos argumentos en contra. *Francis Schaeffer.*

REPORTAJES

- 112 **FUI UNA HIJA DEL ISLAM** / Lo que descubrí cuando levanté el velo en mi mundo. *Rockie.*

TESTIMONIO

- 117 **EN MEDIO DEL DOLOR** / El testimonio de un hombre de Dios ante la partida de su esposa. *Jerry Wells.*

SECCIONES FIJAS

09 Maravillas de Dios / 46 Bocadillos de la Mesa del Rey / 61 Citas escogidas / 91 Joyas de Inspiración / 106 Cosas viejas y cosas nuevas / 120 Página del Lector



ENFOQUE DE ACTUALIDAD

Una mirada a los principales temas que ocupan al mundo en los días que corren.

Panorama mundial

Cada país o región tiene sus propias novedades y preocupaciones particulares. Sin embargo, nos conviene atender a los temas que trascienden fronteras y que influyen sobre el mundo entero. Una correcta interpretación de la actualidad mundial nos ayudará a entender las señales de los tiempos, que anuncian el regreso de nuestro Señor Jesucristo (Mateo 16:3).

En las últimas semanas, son tres los focos de noticias que despiertan nuestra atención, y que intentaremos resumir para la consideración de nuestros lectores.

El cambio climático

Mientras escribimos este artículo –principios de Diciembre de 2007– se realiza en Bali, isla de Indonesia, la 13ª Cumbre de la ONU sobre el cam-

bio climático. Representantes de unos 190 países debaten durante dos semanas con el fin de alcanzar un nuevo acuerdo que reemplace el Protocolo de Kyoto, pues su vigencia expira en 2012.

Haciendo un poco de historia, recordemos que en 1997, en Kyoto, Japón, las naciones suscribieron un acuerdo para reducir las emisiones de gases que producen el llamado «efecto invernadero». El principal de ellos es el dióxido de carbono (CO²), proveniente del uso de combustibles fósiles como petróleo, gas o carbón. Como era previsible, desde entonces el objetivo no se ha cumplido; al contrario, los niveles de emisión han ido en permanente aumento.

La adhesión a este Protocolo en el tiempo, lejos de ser entusiasta y espontánea, ha sido lenta y objeto de muchas discusiones. En marzo de 2001, Estados Unidos, catalogado como el principal responsable de estas emisiones, se negó a ratificarlo y retiró su firma, por entender que tenía *defectos insalvables*, y que su entrada en vigencia afectaría los intereses de su economía. Recién en mayo de 2002, quince países de la Unión Europea ratificaron el protocolo. Japón y Canadá lo hicieron el mismo año. En diciembre de 2003, Rusia anunció que no iba a ratificarlo, sin embargo, lo aprobó en octubre de 2004.

En esos mismos días (3 de diciembre), y como una señal esperanzadora para la actual Cumbre, el recién asumido primer ministro australiano, Kevin Rudd, firmó documentos para ratificar el Protocolo de

Kyoto, poniendo fin a la oposición que Australia mantuvo por mucho tiempo, y dejando así a Estados Unidos como el único país desarrollado importante que se niega a firmarlo.

En el centro del debate de esta Conferencia se encuentra la necesidad de lograr consenso sobre cómo frenar las emisiones más allá del año 2012. Los críticos de este Protocolo, principalmente Estados Unidos, dicen que los marcos vinculantes (resoluciones, compromisos o protocolos) no funcionan y, en cambio, prefieren los avances tecnológicos.

La posición de Estados Unidos ha sido matizada por Harlan Watson, jefe de la delegación de ese país a la Cumbre, al subrayar que el nuevo tratado para la protección del clima no debe entorpecer el crecimiento económico de las naciones en desarrollo. *«Los países en vías de desarrollo necesitan crecer para sacar de la pobreza a cientos de millones de personas. Nosotros aceptamos plenamente que ello tenga como consecuencia un aumento de sus emisiones»*, agregando que por esa razón Estados Unidos apuesta más bien por el desarrollo de nuevas tecnologías para la generación de energía limpia.

Por su parte, la Unión Europea apoya el uso de los tratados vinculantes. Arthur Runge-Metzger, jefe de la unidad de Clima de la Comisión Europea, ha manifestado la intención de lograr que durante la Cumbre de Bali se fije un objetivo concreto para la reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero, que podría ser a la mitad, de aquí al año 2050, *«admitiendo que muchos países en*

vías de desarrollo temen que una reducción tan drástica de las emisiones podría afectar sus legítimas perspectivas de crecimiento económico».

Varios observadores creen que esta diferencia entre las dos economías más poderosas resultará en el fracaso de la conferencia de Bali en preparar el camino hacia un segundo protocolo. «Permitir que la ventana de la oportunidad se cierre, representaría un fracaso moral y político sin precedentes en la historia de la humanidad», declaró Kevin Watkins experto de la ONU en materia ambiental.

Bjon Lomborg, autor del libro «El ambientalista escéptico», ha generado intensa controversia con sus argumentos en relación al calentamiento global. Según él, en la mayoría de los casos se exagera el problema y sostiene que es incorrecto insistir en la reducción de las emisiones como forma de combatirlo. «Aún si Estados Unidos y Australia suscribieran el protocolo y aún si Canadá y Japón hicieran lo que han prometido, que probablemente no lo harán, el protocolo de Kyoto costaría unos 180 mil millones de dólares al año y **apenas pospondría el calentamiento global, para fines de siglo, en siete días**». O sea que, estaríamos pagando un alto costo para eventualmente lograr casi nada.

El autor plantea que la solución es de largo plazo y que hay que crear la

tecnología que nos permita reducir las emisiones de carbono a un menor costo. Por ejemplo, los paneles solares cuestan casi diez veces más que utilizar combustibles fósiles. Si se logra abaratar esos paneles, todo el mundo los utilizaría.

«Todo el mundo está hablando, pero en la práctica se está haciendo muy poco. En 1992 en la Cumbre de la Tierra en Río se prometió reducir las emisiones a los niveles de 1990 para el año 2000. Superamos esas metas en doce por ciento. Luego en Kioto, en 1997, prometimos reducir las emisiones por debajo de los niveles de 1990 para el año 2010. Probablemente vamos a sobrepasar esta meta en un 25 por ciento» afirma el autor de la mencionada publicación.

La comunidad científica internacional, los gobiernos y los distintos organismos ambientalistas del mundo se mantendrán muy ocupados en este tema por mucho tiempo, pues los efectos del temido cambio climático ya se están haciendo sentir, y con efectos devastadores, en muchas regiones del planeta.

Annapolis: La nueva esperanza de paz

Israelíes y palestinos han acordado en la cumbre de Annapolis (Maryland, EE.UU.), reabrir las negociaciones de paz para lograr un acuerdo definitivo que cierre un conflicto, que en 2008 cumplirá 60 años. En la De-

En el centro del debate de esta Conferencia se encuentra la necesidad de lograr consenso sobre cómo frenar las emisiones más allá del año 2012.

claración de Annapolis, firmada por el presidente de la Autoridad Palestina, *Mahmud Abbas* (conocido popularmente como *Abu Mazen*), y el primer ministro israelí, *Ehud Olmert*, se han impuesto un calendario: el acuerdo debe de lograrse antes del 31 de diciembre de 2008.

Si se logra ese objetivo, el presidente George W. Bush (bastante desprestigiado por la mayoría de sus políticas internacionales), habrá logrado dejar **un verdadero legado para la Historia**, asesorado diestramente por su secretaria de Estado, Condoleezza Rice. El único problema es convertir esos buenos deseos en realidad, porque las diferencias entre palestinos e israelíes siguen muy lejos de estar resueltas.

De hecho, **la delegación palestina no firmó el documento hasta el último instante**, cuando logró que el primer ministro israelí, Ehud Olmert, accediera a negociar de forma inmediata los «aspectos centrales» del conflicto: el estatus del **Jerusalén Oriental**, las **fronteras** entre Israel y la futura Palestina, los asentamientos

judíos en **Cisjordania**, y el **derecho de retorno** a lo que hoy es Israel de los palestinos expulsados del territorio en los años 40. A simple vista estos temas bastan para desalentar el análisis más optimista.

Tal acuerdo significaría la creación del anhelado Estado Palestino antes de fines de 2008. Condoleezza Rice ha reconocido que: «*El mundo está escéptico en cuanto a el tema*». Bush en tanto ha afirmado que «*los Estados Unidos usarán su poderío para garantizar que ambas partes enfrentadas adopten las decisiones necesarias*».

Condoleezza Rice solicitó el consejo de los ex presidentes Jimmy Carter y Bill Clinton, de sus predecesores James Baker, Madeleine Albright, Henry Kissinger y de varios diplomáticos, en procura de evitar que las nuevas negociaciones de paz israelo-palestinas corran la misma suerte que las precedentes.

Como era de esperar, el grupo radical Hamas, ha expresado violentamente su oposición a firmar acuerdos con Israel. De igual manera, los sectores israelíes más radicales, rechazan toda negociación que conduzca a la creación de un estado palestino independiente.

El gobierno israelí, por su parte, liberó recientemente, el 3 de diciembre, a 429 prisioneros palestinos como un gesto de buena voluntad hacia el presidente palestino Mahmoud Abbas tras la conferencia de Annapolis. «*La liberación de prisioneros palestinos de hoy está destinada a fortalecer a la dirección palestina moderada*», dijo Mark Regev, vocero del primer ministro israelí.

Resulta interesante la opinión del

Esta Encíclica, en cambio, descalifica abiertamente el humanismo laico representado por los ideales de la Revolución Francesa y al marxismo.

presidente de Egipto, Hosni Mubarak, quien afirmó que la conferencia de paz para Medio Oriente celebrada en Annapolis «podría conducir a una paz extensa» en la región. En su opinión, la cumbre «llevará a la creación de un Estado palestino independiente e iniciará el camino hacia una paz extensa» que también llegaría a Siria y Líbano.

La voz del Papa

En otro frente, a fines de noviembre de 2007, se publicó «*Spe Salvi*», la segunda encíclica del Papa Benedicto XVI, que está dedicada a la esperanza cristiana. Su contenido es bastante fuerte y controversial, algo a lo que este pontífice ya nos está acostumbrando.

Entre otros temas, en ella se critica abiertamente tanto la Revolución Francesa como la Revolución del Proletariado de Karl Marx, y ha proclamado el fracaso, tanto del racionalismo como del marxismo, a los que considera culpables del ateísmo moderno. «*Es falso crear una salvación en la tierra... es intrínsecamente malo entender que el hombre es capaz de hacer lo que no realiza Dios*».

«*Hay dos etapas esenciales de la creación política de esta esperanza*», prosigue Benedicto XVI, «*la Revolución francesa y la marxista*». Ante la evolución de la Revolución francesa «*la Europa de la Ilustración (...) ha tenido que reflexionar (...) de manera nueva sobre la razón y la libertad*». Por otra parte, «*la revolución proletaria ha dejado tras sí una destrucción desoladora*». El error fundamental de Marx ha sido éste: «*Ha olvidado al hombre y ha olvidado su*

libertad. (...) Creyó que, una vez solucionada la economía, todo quedaría solucionado. Su verdadero error es el materialismo». «*Digámoslo ahora de manera muy sencilla –añade el Papa– el hombre necesita a Dios, de lo contrario queda sin esperanza*».

Resultan notables estas frontales declaraciones de parte de un Papa, que no siguen la línea que el Vaticano acostumbra, como, por ejemplo, a hacer declaraciones de apoyo a los procesos de paz en las zonas de conflicto y a temas como los derechos humanos y la justicia social, que en general no despiertan mayor oposición. Esta Encíclica, en cambio, descalifica abiertamente el humanismo laico representado por los ideales de la Revolución Francesa y al marxismo que aun inspira a muchos movimientos políticos y a gobiernos de inspiración izquierdista en muchas regiones del mundo.

Está por verse el efecto que estas palabras puedan provocar. Aunque ya hay algo. Los ateos italianos ya han alzado su voz para criticarle: «*Quiero tranquilizar al Papa*» – declaró Raffaele Carcano, Secretario de la Unión de Ateos y Agnósticos Racionalistas tras conocer el nuevo texto papal. «*Nos sentimos llenos de esperanza y no alimentamos la esperanza de un más allá sereno ... La existencia de mil millones de ateos en el mundo demuestra que se puede vivir sin Dios pero con la razón*», declaró el dirigente.

Los ateos no suelen tener referentes organizados; sólo se oyen generalmente declaraciones de ateos particulares con reputaciones obtenidas en ámbitos como el arte, la literatura o la

ciencia, para protestar contra una fe que desprecian. Esta reacción nos habla de una tendencia mundial: *una abierta oposición a todo lo que se llama Dios* (2ª Tesalonicenses 2:4)

Por otra parte, es noticia reciente que el mismo Papa ha aceptado invitaciones de importantes líderes del mundo musulmán para reunirse en torno a sus comunes anhelos de una paz mundial. Este tema siempre despierta interés en quienes estudian las enseñanzas bíblicas en cuanto a los tiempos del fin, pues el apóstol Pablo enseña: «...cuando digan: *Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina...*» (1ª Tesalonicenses 5:1-4).

El mundo sigue avanzado, y nosotros seguiremos atentos a su curso. Vivimos días cruciales, en que los acontecimientos pueden precipitarse de pronto y configurar un panorama muy interesante desde el punto de vista bíblico. Entretanto, que el Señor guarde a su pueblo.

Fuentes:

www.protocolo.com
www.yucatan.com.mx
www.lne.es (La Nueva España)
Google Noticias
www.elpais.com
La Jornada On Line
Agencias Reuters, AFP
www.elmundo.es
www.terra.es
www.voanoticias.com
<http://news.bbc.co.uk>

* * *

Restaurando el circuito

El 21 de enero de 1930, el nombre de Harold Vidian se convirtió en sinónimo de heroísmo. Aquel día, el rey Jorge V de Inglaterra tenía que pronunciar un importante discurso que sería transmitido por radio a todo el mundo. Unos minutos antes de que el rey hablase, un miembro del personal de la CBS tropezó con un alambre eléctrico y lo rompió, por lo que toda la audiencia de América quedó desconectada de la red.

Sin vacilación alguna, Harold Vidian, jefe del control de operaciones, agarró un extremo del alambre roto en la mano derecha y el otro en la izquierda, restaurando así el circuito. La electricidad pasaba por su cuerpo. Ignorando el dolor, Vidian se mantuvo así hasta que el rey hubo terminado su discurso.

Así, el Señor Jesucristo se puso en la brecha, para reconstruir el circuito roto entre Dios y el hombre, y, puesto en el lugar del dolor –la cruz del Calvario– restauró para siempre la comunión del hombre con Dios.

Adaptado de Nuestro Pan Diario

Las alas de la abuelita

Cuando yo tenía cinco años, mi bisabuela vivía con nosotros en una casa grande estilo victoriano, en San Francisco. Ella tenía 92 años de edad, y estaba débil y casi inválida. Pero pasaba mucho tiempo leyendo la Biblia en su habitación. Su versículo favorito era Isaías: *“Los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán”* (40:31).

La abuelita no podía caminar sin ayuda. En esas raras ocasiones, cuando se aventuraba a salir de su habitación, arrastraba los pies lentamente, y se balanceaba apoyándose con cuidado en los espaldares de las sillas. Su habitación estaba junto a la cocina, donde mamá por lo regular cocinaba en un fogón de leña y revolvía una cazuela de estofado o de frijoles.

Cierto día, yo estaba sola en la cocina, y el fogón ya estaba encendido. A menudo yo observaba cómo mamá echaba kerosén para comenzar a encender el fuego. Las llamas saltaban en un caleidoscopio de colores brillantes. Pensé que podría tratar de echar un poco. Empujé un banquillo cerca de la cocina y me subí. Volteando la botella de kerosén vacilantemente con una mano, abrí la tapa con la otra. Mientras me inclinaba para echar el líquido, la parte inferior de mi vestido tocó la superficie del fogón y agitó las llamas.

Justo en ese momento, la abuelita entró. Una mirada le bastó para darse cuenta del peligro en que yo estaba. Atravesó volando la cocina, me quitó la botella de kerosén y me bajó del banquillo.

¡Ese día realmente voló como un águila!

Cookie Porter, en Milagros de Sanidad

* * *

TEMA DE PORTADA

La carta del Señor a la iglesia en Éfeso revela el comienzo de la decadencia.



Volviendo a Cristo

Rubén Chacón

Cuando uno mira el libro de los Hechos y ve toda la gloria de la Iglesia del primer siglo –una iglesia que todos hasta el día de hoy añoramos y admiramos– resulta difícil aceptar que esa iglesia, asombrosamente, a finales del primer siglo, comenzó a decaer. Y a Juan, el único de los apóstoles vivos, sobreviviente de los Doce, le tocó presenciar esa decadencia. Dios quiso preservarlo hasta ese tiempo, para que él la contemplara. Pero no sólo para que contemplara esa decadencia, sino por

sobre todo para que nos mostrara el camino de regreso. ¡Alabado sea el Señor!

Juan, siendo probablemente el más joven de los apóstoles, fue –no obstante– el último en ser levantado por Dios para hablar. Antes de él, hablaron el apóstol Pedro y especialmente el apóstol Pablo. Pero estos dos ya se han ido; han dado sus vidas por Cristo por allá por el año 67 d. C. aproximadamente. Juan los ha sobre-

vivido y es muy probable que sea el único sobreviviente de los doce apóstoles. Han transcurrido –después de Pedro y Pablo– entre 25 y 30 años. Muchas cosas han sucedido y han cambiado durante estos años. Juan está anciano, de casi cien años, y entonces se levanta para hablar.

Al parecer, a la muerte de Pablo, el apóstol Juan sintió la responsabilidad de suceder en alguna manera al apóstol Pablo. De hecho, según el testimonio de los padres apostólicos, el apóstol Juan se estableció precisamente en Éfeso a la muerte de Pablo. Desde allí habría escrito sus tres cartas por allá por los años 85-95 d. C.

Por lo tanto, son las cartas de Juan y su Apocalipsis las que dan cuenta más exactamente de la decadencia.

Las cartas juaninas demuestran que a esa altura de la historia de la iglesia los falsos maestros pululan por las iglesias, el espíritu del anticristo ya ha aparecido en el mundo y la filosofía griega con su racionalismo está reemplazando la revelación.

Pero el gran aporte del apóstol Juan a la totalidad de la revelación divina no está tanto en que Dios lo dejara vivo para presenciar el inicio de la decadencia de la iglesia del primer siglo, sino en que frente a este hecho, revela la solución al problema. Pero no sólo nos presentará el camino para regresar a la normalidad, sino que además, en el glorioso Apocalipsis de Jesucristo, vio y profetizó la restauración completa de la iglesia. Su testimonio fue que bajo un cielo nuevo y una tierra nueva «...yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén,

descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido» (Apoc. 21:2).

El Apocalipsis de Juan contiene siete cartas del Señor Jesucristo a siete iglesias de Asia: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea. Llama la atención que de las siete iglesias, solamente dos no reciben reproche de parte del Señor. Las cinco restantes no tienen la aprobación divina. Este hecho confirma la situación de decadencia que ya experimentaban las iglesias a finales del siglo primero.

Éfeso, la primera carta

Al hablar de Éfeso, estamos hablando de una iglesia del primer siglo que fue seleccionada por el Espíritu Santo como ejemplo para hablar lo que el Espíritu quería decir a las iglesias de todos los tiempos. Además, fue seleccionada en primer lugar de entre las siete. Ahora bien, si lo que tenemos en estos siete mensajes a las siete iglesias fuera el espectro completo de los posibles estados espirituales de cualquier iglesia en cualquier época, entonces, el hecho que el mensaje a la iglesia de Éfeso se presente en primer lugar, indicaría que aquí encontramos el principio de la decadencia de la iglesia. La iglesia del primer siglo comenzó a decaer cuando perdió su primer amor. En este sentido, Laodicea representa el estado postrero en que puede caer una iglesia que ha perdido su primer amor: Dejar a Cristo fuera de ella.

Si el estado espiritual de la iglesia de Éfeso representa en términos generales la realidad de toda la iglesia

del primer siglo, podemos decir, entonces, que el primer amor en la iglesia comenzó a perderse a fines del primer siglo. Por eso, resulta pertinente preguntarnos si el primer amor ha sido parte de nuestra experiencia de iglesia, o es más bien una verdad todavía a restaurar. Es innegable que a partir de la Reforma protestante, el Señor empezó su obra de restauración. La justificación por la fe, la sanidad divina, el bautismo en el Espíritu Santo, los ministerios y otras, son verdades que claramente el Señor ha restaurado para su iglesia. Pero ¿podemos decir con la misma claridad que el primer amor también lo ha sido? La respuesta a esta pregunta dependerá, obviamente, de lo que entendamos por «el primer amor».

La calidad de la iglesia de Éfeso

Veamos. ¿Qué clase de iglesia era Éfeso cuando el Señor tuvo que reprocharle la pérdida de su primer amor? Si no tuviésemos la Escritura, nos parecería que Éfeso era una iglesia, mundana, fría, carnal, perezoza, etc. A nosotros nos parecería que después de decirle el Señor a esta iglesia: «*Yo conozco tus obras*», lo que encontraríamos sería algo así: «Conozco tus celos, tus divisiones, tus carnalidades, tus pecados sexuales, etc.». Pero, ¿es esto lo que encontramos? No, rotundamente no. Lo que encontramos es una descripción tan impresionante, que a nosotros nos parece que en ella encontramos el modelo de espiritualidad al que toda iglesia aspira y debe aspirar. ¿No le parece?

Las obras de esta iglesia son: Co-

nozco «*tu arduo trabajo y tu perseverancia, y que no puedes soportar a los malos, has probado a los que se dicen ser apóstoles y no lo son, y los has hallado mentirosos. Has sufrido, has sido perseverante, has trabajado arduamente por amor de mi nombre y no has desmayado*». También tienes esto: «*que aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco*». En esta descripción no hay indicios de carnalidad ni de mundanalidad; lo que hay aquí es madurez, santidad, discernimiento, templanza, estabilidad. Todas son cualidades destacables, dignas de imitar, recomendables para la iglesia de todos los tiempos. ¿Habrá algo mejor o mayor que esto?

Nuestra situación

Ahora bien, si esta es la iglesia a la que el Señor le reprocha haber perdido su primer amor, ¿qué queda para nosotros? ¿Se da cuenta que haber perdido el primer amor no es algo tan grosero como pensábamos? No es algo tan simple; por el contrario, es algo profundo. Y estoy seguro que ni la misma iglesia de Éfeso estaba consciente de su verdadero estado. Sólo el que camina en medio de los siete candelabros de oro, nuestro bendito Señor Jesucristo, podía verlo y revelarlo.

Si nosotros no somos en este momento esta clase de iglesia como Éfeso –y a lo mejor anteriormente tampoco– la pregunta entonces es: ¿El primer amor para nosotros será algo que perdimos o que nunca hemos tenido? Hoy también el Señor de la iglesia nos dice: «Yo conozco tus obras», y usted sabe lo que sigue en

su caso. ¿Cree Ud. que sería algo parecido a Éfeso? ¿Cree usted que lo que nos diría sería algo parecido a Éfeso? Y si no es así, ¿el primer amor habrá sido entonces nuestra experiencia?

La pérdida del primer amor, algo grave

Por otra parte, la admonición del Señor a esta iglesia revela que la pérdida del primer amor, a pesar de todas las virtudes, no es algo menor, sino de una gran gravedad. El Señor le dice: «*Recuerda, por tanto, de dónde has caído, arrepíentete y haz las primeras obras, pues si no te arrepientes, pronto vendré a ti y quitaré tu candelabro de su lugar*». Frente a tal exhortación Éfeso no puede decir: «¿Qué es un defecto entre tantas virtudes? ... Por lo demás, ¿quién es perfecto?». La pérdida del primer amor es de una gravedad tal que, de no corregirse, significará más temprano que tarde la desaparición de la iglesia. A los ojos de Dios, esta iglesia no tiene otro remedio que arrepentirse; de lo contrario, el candelero de ella será quitado de su lugar. ¿Qué quiso decir el Señor con esto?

Según el capítulo 1 de Apocalipsis, los siete candeleros son las siete iglesias. Por lo tanto, lo que el Señor quiso decirle a la iglesia de Éfeso es que su pérdida de la visión del Señor –si no se arrepentían– les haría perder la esencia de la iglesia. En otras palabras, dejarían de ser iglesia. Probablemente seguirían existiendo, como cualquier otra cosa, menos como iglesia de Jesucristo.

La pérdida del primer amor ha

Es innegable que a partir de la reforma protestante, el Señor empezó su obra de restauración. Pero ¿podemos decir con la misma claridad que el primer amor también lo ha sido?

significado ni más ni menos que una caída. «*Recuerda de dónde has caído*». 'Antes estabas en la cima; ahora estás en el valle'. Pero ¿cuál era en definitiva el problema? ¿En qué consiste el primer amor? Para responder estas preguntas sugiero que vayamos desde el contexto general del libro a las partes.

La revelación de Jesucristo

En primer lugar, la forma en que Jesucristo se presenta a cada iglesia corresponde a su necesidad. Es decir, la revelación de Jesucristo para esa iglesia específica, no sólo descubre el problema o pecado de ella, sino que provee la solución. Pues bien, ¿cómo se presenta Jesucristo a la iglesia en Éfeso? Como «*el que tiene las siete estrellas en su diestra*» y como «*el que camina en medio de los siete candelabros de oro*». Ya vimos que esta última oración significaba que sólo el Señor Jesucristo conocía verdaderamente el estado de las iglesias. Pero la expresión «*el que camina en medio*» indica

también que Jesucristo es el centro de la iglesia. Por lo tanto, la pérdida del primer amor tendría relación con el hecho que Jesucristo ya no era el centro de la iglesia. Más exactamente, que el amor a Cristo había dejado de ser la motivación central y fundamental de la iglesia.

El primer amor es fruto del árbol de la vida

En segundo lugar, en la promesa final de la carta, el Señor promete al vencedor, esto es, al que se arrepiente y vuelve a las primeras obras, darle *«a comer del árbol de la vida, que está en medio del paraíso de Dios»*. ¿Por qué esta promesa? Porque el árbol de la vida representa el vivir por medio de la vida divina. Si la iglesia de Éfeso había dejado su primer amor, esto es, el amor de Cristo, quiere decir entonces, que lo que en definitiva había abandonado esta iglesia era ese vivir por medio del árbol de la vida; porque la vida de Dios se expresa esencialmente en el amor. Pero no estamos hablando aquí de cualquier amor, sino del amor de Cristo, del amor divino. La iglesia de Éfeso había dejado de comer del árbol de la vida y, al hacer eso, había dejado de vivir en el primer amor. El primer amor es el amor que le debemos al primero, el cual es Cristo. Pero ese amor es imposible manifestarlo sin el

árbol de la vida. Ese amor no es fruto nuestro, no es un fruto que nosotros podamos producir – es el fruto del Espíritu.

La vida es fruto de la comunión con Cristo

En tercer lugar, ¿cómo es que la iglesia de Éfeso dejó de comer del árbol de la vida? La respuesta es una sola: Dejó la comunión con el Señor Jesucristo, dejó la dependencia de él. Cuando recién comenzó, esta iglesia había dependido absolutamente de Dios para su salvación. Y cuando recién comenzaba a caminar, como no sabía nada y vivía en una ignorancia santa, su dependencia del Señor era total. Pero ahora esta iglesia tiene cuarenta años de edad. Con el tiempo aprendió a hacer las cosas, aprendió a caminar sola, sabe predicar, sabe evangelizar, sabe orar. La dependencia del Señor se volvió relativa y –al dejar poco a poco de vivir por medio de la vida divina y, por tanto, del primer amor– tuvo que empezar a sostenerse en sus propias fuerzas, y la motivación central para hacer lo que hacía –al no ser el primer amor– fue el deber, la responsabilidad y la obligación.

Por lo tanto, aunque las obras de esta iglesia eran exteriormente perfectas, tenían una fisura mortal, que de no corregirse rápidamente trae-

Si nuestro servicio al Señor no se sustenta en el amor a él ¿cuánto tiempo nos sostendrá el deber, la responsabilidad, la obligación o cualquier otra motivación?

rían la ruina total. Porque la pregunta es la siguiente: Si nuestro servicio al Señor no se sustenta en el amor a él, ¿cuánto tiempo nos sostendrá el deber, la responsabilidad, la obligación o cualquier otra motivación?

La iglesia de Tesalónica

En este sentido, es interesante comparar esta iglesia de cuarenta años con la de Tesalónica, por ejemplo, que tenía seis meses de edad, aproximadamente, cuando el apóstol Pablo le escribió su primera carta. En el versículo 1:3 Pablo les dice: «*Acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo*». Es interesante notar que Pablo menciona las mismas tres cosas que Éfeso: Obras, trabajo y perseverancia. Pero aquí el énfasis está en la fe, el amor y la esperanza.

Los tesalonicensis no tienen simplemente obras, sino obras de su fe; no tienen solamente trabajo, sino trabajo de su amor; no tienen sólo perseverancia, sino constancia en la esperanza. ¿Ve el matiz? Esto se hace más claro aún cuando miramos en la carta que el mismo Pablo escribió a los efesios. La iglesia de Éfeso tenía 8 años de edad, aproximadamente, cuando Pablo les escribió. En el 1:15 Pablo dice: «*Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús y de vuestro amor para con todos los santos...que él alumbró los ojos de vuestro entendimiento para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado...*». Aquí el énfasis es tal en la fe que las obras no se mencionan –están

implícitas–, se menciona el amor pero no el trabajo, y se menciona la esperanza pero no la constancia. Pero 32 años después solamente hay obras, trabajo y perseverancia. No hay ninguna mención de fe, amor o esperanza. La palabra amor del versículo 3 (de Apocalipsis 2) no está en el texto griego.

Las primeras obras

La clave, entonces, para la iglesia de Éfeso, estaba no sólo en que recordara de dónde había caído y que se arrepintiera, sino especialmente en que volviera a hacer las primeras obras. ¿Y cuáles eran éstas? Ya dijimos que esta iglesia al principio vivía en una dependencia absoluta de su Señor. ¿Y cómo expresaba la iglesia esta dependencia? En que hacía de la comunión con la cabeza de la iglesia su actividad principal y prioritaria. No sólo tenía comunión con el Señor, sino que ésta era su primera obra. Cuando la mujer del «Cantar de los cantares» descubre la causa de su 'negrura', dice: «*No reparéis en que soy morena, porque el sol me miró. Los hijos de mi madre se airaron contra mí; me pusieron a guardar las viñas; y mi viña, que era mía, no guardé*» (1:6).

El problema está en que hemos estado ocupados en el trabajo de las viñas y hemos descuidado nuestra propia viña. Y, ¿cuál es la viña nuestra que jamás debimos haber descuidado y que explica nuestra 'negrura'? Esa viña es Cristo; nuestra comunión personal con él. No hay problema en cuidar las viñas de la obra del Señor mientras no descuidemos al Señor de la obra. Él es nuestra priori-

dad. El Señor no sólo es mi viña, sino la primera viña.

Al respecto, llama la atención que el principal obstáculo que tenemos para buscar juntos al Señor es la imposibilidad práctica de juntarnos. Nuestras agendas están tan ocupadas y estamos tan llenos de actividades, que literalmente no tenemos tiempo para la comunión con el Señor de la obra. ¡Hermanos! ¿Nos damos cuenta de la gravedad de lo que nos está pasando? Lo que el Señor Jesucristo dijo a la iglesia de Éfeso necesitamos oírlo también nosotros.

La inspiración bendita de las Escrituras por el sopro de Dios quiso que de estos siete mensajes a las iglesias, el de Éfeso fuese puesto en primer lugar, y yo creo que eso tiene un sentido. Así como también tiene un sentido que el mensaje a Laodicea esté puesto en el último lugar.

Entonces, el hecho de que Éfeso esté en primer lugar –una iglesia a la cual se le reprocha haber abandonado su primer amor– es para que nos quedase claro a todos nosotros que la decadencia comenzó el día en que ella comenzó a abandonar su primer

amor. Si no estuviera el versículo 4, que registra este reproche, esta sería una carta extraordinaria. Y ustedes leen la carta a los Efesios, escrita por el apóstol Pablo, y también es una carta extraordinaria, una iglesia a la cual se le podía hablar de las profundidades del Señor, de las riquezas de pleno entendimiento.

Pero cuarenta años después, Dios usa a Juan para hablarle a esta iglesia, y yo creo que ni la misma iglesia en Éfeso podía examinarse a sí misma y notar esta deficiencia, porque todo parecía tan bien, todo se veía tan perfecto; hay tanta aprobación del Señor a todo lo que se hace.

Pero el ojo de Dios, que puede ver lo que nosotros no vemos, que ve el corazón, detectó que había una falla. Algo había comenzado a declinar, que todavía no tiene grandes efectos; pero el día en que comienza a perderse eso, comenzamos a caer. Esa es la importancia que tiene el hecho de que Éfeso esté en primer lugar. El Señor nos está diciendo que por aquí comienza la decadencia, la ruina de la iglesia – cuando comenzamos a abandonar el primer amor.

* * *

Sencillez

Cuando vivimos verdaderamente en la sencillez interior, toda nuestra apariencia es más franca, más natural. La verdadera sencillez... nos hace conscientes de cierta apertura, moderación, inocencia, alegría y serenidad, lo que es encantador cuando lo vemos de cerca y continuamente, con ojos puros. ¡Oh, cuán amable es esta simplicidad! ¿Quién me la dará? Por ella dejo todo. Ella es la perla del Evangelio.

Fénelon

Algunos principios de la guerra espiritual, basados en el libro de los Jueces.



Batalla espiritual

Billy Pinheiro

Cuando hablamos de batalla espiritual, inmediatamente surgen en la mente de la cristiandad ideas como ‘mapeamiento espiritual’, ‘atar al valiente’, ‘quiebra de maldiciones’ y otras tantas. Aunque estas expresiones puedan contener algún sentido práctico y real del mundo espiritual, hemos presenciado mucho desequilibrio y muchos engaños de las tinieblas en medio del pueblo de Dios en cuanto al asunto de la batalla espiritual. Y, lamentablemente, nuestro enemigo ha obtenido provecho de esta situación, manteniendo en derrota a muchos hijos de Dios.

De modo general, cuando se habla de batalla espiritual en medio del pueblo de Dios, se piensa sólo en uno de los aspectos de la batalla, o mejor dicho, en uno de nuestros enemigos, el diablo. Pero bien sabemos que son tres nuestros enemigos: el mundo, la carne y el diablo. Y todos ellos deben ser igualmente subyugados en nuestra vida por la obra del Señor Jesús en la cruz del Calvario. ¡Ella es la base de nuestra victoria!

Nuestra posición, como lo señalan

Cuando leo el libro de Jueces, mi corazón se llena de esperanza en cuanto a mí mismo delante del Señor.

las Escrituras, es de victoria, puesto que Dios «*nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús*» (Ef. 2:6).

¡Oh, mis amados, todo está en él! Todo lo que tenemos del Padre nos fue dado en Cristo Jesús. ¡Aleluya!

Nuestro deseo es compartir con ustedes una serie de reflexiones sobre nuestra batalla espiritual, a la luz del libro de Jueces, específicamente a través de los hechos ocurridos con Débora y Barac (capítulos 4 y 5). Al meditar en esa porción de la Palabra de Dios del Antiguo Testamento, creemos que aquello que quedó registrado en Romanos 15:4 será una realidad para nosotros: «*Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza*».

Quiero enfatizar la expresión: «*Tengamos esperanza*». Y esto es lo que deseo para usted a medida que vayamos meditando en esta porción de las Escrituras. Que la esperanza viva sea renovada en su corazón. Esperanza de un andar victorioso en esta batalla espiritual. Victoria sobre el mundo, la carne y el diablo.

Cuando leo el libro de Jueces, mi corazón se llena de esperanza en cuanto a mí mismo delante del Señor, porque es un libro que nos muestra que a pesar de la debilidad del pueblo de Dios y de los varios cautiverios, también nos muestra el camino maravilloso de la liberación. Es un li-

bro que nos presenta grandes fracasos del pueblo de Dios, mas también la grande misericordia del Señor.

Muchas veces nos vemos como el pueblo de Israel, totalmente cautivo por algún enemigo, sin fuerzas en nosotros mismos para libertarnos; mas, clamamos al Señor, y de él viene el socorro. Hay muchos enemigos en nuestra vida y de hecho hay una batalla que debe ser librada. Pablo dice: «*He peleado la buena batalla*» (2ª Tim. 4:7). Pero recuerde: «*Somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó*» (Rom. 8:37).

Vemos en el libro de Jueces, repetidamente, en relación al pueblo del Señor, la siguiente secuencia de hechos: caída espiritual, disciplina de Dios, cautiverio bajo el yugo opresor, arrepentimiento del pueblo, clamor al Señor, liberación enviada por Dios. ¿No será ésta algunas veces la experiencia de muchos de nosotros?

¿Cuántas veces algunos de nosotros caemos y nos arrepentimos, para luego fracasar de nuevo? ¿O, quién sabe, después de vencer algún enemigo espiritual en nuestra vida, más tarde percibimos ese mismo enemigo venir sobre nosotros con más fuerza todavía?

Pero, ¡ánimese en el Señor!, aquel que comenzó en nosotros la buena obra es poderoso para perfeccionarla. No sabemos cuánto tiempo va a tomar, pero el Señor la va a perfeccionar. No sabemos cuántos fracasos

tendremos que experimentar, pero un día, finalmente, esa obra será perfeccionada y seremos aquellos que agradaremos el corazón del Padre, porque él verá en nosotros la imagen de su Hijo. ¡Eso es algo muy maravilloso!

El resurgimiento de enemigos vencidos en el pasado

«Después de la muerte de Aod, los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová. Y Jehová los vendió en mano de Jabín rey de Canaán, el cual reinó en Azor; y el capitán de su ejército se llamaba Sísara, el cual habitaba en Haroset-goim. Entonces los hijos de Israel clamaron a Jehová, porque aquél tenía novecientos carros herrados y había oprimido con crueldad a los hijos de Israel por veinte años» (4:1-3).

Esta porción de las Escrituras describe uno de los cautiverios más terribles experimentados por el pueblo de Dios en el tiempo de los jueces. La causa, lo mismo que en los demás, fue: «...volvieron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová». O, como nos dice un pasaje paralelo de 1 Samuel 12:9: «Ovidaron a Jehová su Dios». Volvieron las espaldas a aquel que un día los había libertado de la tierra de esclavitud y les había dado la tierra de la promesa. El deseo del Señor era que siempre su pueblo experimentase la victoria y la plenitud de su bendición en esta tierra. Sin embargo, para que eso fuese una realidad, deberían haber hecho del Altísimo su habitación (Sal. 91:9).

¡Qué contradicción! Estaban siendo esclavizados nuevamente, y dentro de la tierra de la promesa.

¿No es lo mismo que sucede muchas veces con el pueblo de Dios hoy? Dios «*nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo*» (Col. 1:13). Su Hijo vino para darnos vida, y vida en abundancia (Juan 10:10). Él es nuestra buena tierra, nuestra herencia. Somos más que vencedores por medio de él. Sin embargo, muchas veces, aun después de ser libertados, nos encontramos debajo de algún yugo, viviendo una vida derrotada, estéril, sin experimentar la realidad de las riquezas que Dios nos dio en Cristo Jesús.

¿Quién era ese opresor del pueblo de Dios? ¿Cuál era su ciudad? ¿Quién era su capitán y dónde habitaba? Mucha luz nos es dada cuando consideramos la respuesta a cada una de esas preguntas. Muchas figuras y ejemplos nos fueron dejados por el Espíritu Santo y registrados en las Escrituras (ver 1ª Cor. 10:11).

En este pasaje del libro de Jueces aparece el tercer opresor del pueblo de Dios, el rey Jabín. Nos sorprende la aparición de este rey en este momento de la historia de Israel. Ya habían pasado más de cien años desde que Israel, bajo el liderazgo de Josué, había experimentado una total victoria sobre él, y sobre todos los moradores de la ciudad de Hazor (Jos. 11:10-11). A más de eso, la ciudad había sido totalmente quemada. ¡Plena victoria sobre el enemigo!

¿Quién podía imaginar que ese mismo enemigo resurgiría? Parecía imposible. Sin embargo, ese mismo rey reaparece. Aunque no fuese la misma persona –Jabín era un título,

igual que Faraón— surge la misma figura. É incluso aparece con su poder incrementado. Cuando Josué venció a Jabín quemó sus carros, que probablemente eran de madera. Pero ahora Jabín viene con muchos carros, y no de madera, sino de hierro (Jos. 11:9 y Jue. 4:3). Aquel enemigo que una vez había sido derrotado y totalmente subyugado, surge nuevamente y pasa a oprimir duramente a aquellos que en el pasado le habían vencido.

El pueblo que una vez entonó el cántico de victoria sobre él, ahora derrama sus lágrimas a causa de la dura opresión bajo el yugo de aquel que había sido desbaratado. Humi-

vado a muchos de nosotros, hijos de Dios, después de haber experimentado plena victoria en nuestras vidas, volvemos a ser esclavos de aquellos mismos pecados. Algunos, cuando creyeron en el Señor experimentaron una gran liberación de pecados esclavizantes, y vivieron en victoria por muchos años, mas se dejaron debilitar en el Señor y volvieron a quedar bajo aquel mismo yugo que una vez había sido quebrado.

Necesitamos recordar que en nuestra carne no mora el bien (Romanos 7:18). Si no permanecemos en Cristo, siendo fortalecidos por su poder en nuestro hombre interior, dare-

Muchas veces, aun después de ser libertados, nos encontramos debajo de algún yugo, viviendo una vida derrotada, estéril, sin experimentar la realidad de las riquezas que Dios nos dio en Cristo Jesús.

llante, mas era la realidad del pueblo de Dios. Todo esto constituye una advertencia solemne para nosotros. El resurgimiento de ese rey nos recuerda una verdad importante en nuestra vida cristiana y que nunca deberíamos olvidar: ¡Vencer a algún enemigo espiritual en el pasado no garantiza que él nunca más vuelva a perturbarnos!

Nunca piense, por ejemplo, que por haber vencido un pecado o alguna debilidad en su vida, que aquel pecado o esa debilidad nunca más lo perturbará. Sería un engaño pensar así. Lamentablemente, durante mi caminar en la vida cristiana, he obser-

mos ocasión a la carne y todas sus obras podrán manifestarse otra vez en nuestras vidas (Gál. 5:19-21). ¡Que el Señor nos ayude y nos guarde!

Ese Jabín resurge en Hazor, una ciudad en el territorio de Neftalí (Jos. 19:36), y allí establece su cuartel general. El nombre Neftalí significa 'vencer', 'victoria en la pelea' o 'prevalecer en la lucha' (Gén. 30:9). Y exactamente en esa tribu que 'vence en la batalla' resurge el enemigo. No bastaba tener el nombre de vencedor. Era necesario tener la realidad de vencedor. De la misma forma con nosotros: No basta decir que somos más que vencedores: es necesario tener

esa realidad en nuestras vidas. Pablo oró a favor de los hermanos en Éfeso para que Dios los fortaleciese con poder en el hombre interior por su Espíritu. ¡Necesitamos de ese fortalecimiento interior, necesitamos permanecer en Cristo! De lo contrario, cuando nuestros enemigos surjan, aunque ya hayan sido vencidos en el pasado, acabarán por ganar ventaja sobre nosotros. La carne nunca envejece, nunca se debilita. El mundo siempre buscará seducirnos. Y el diablo nunca se cansa, sino que siempre anda alrededor buscando a quien devorar (1ª Pedro 5:8).

Jabín significa 'sabiduría o entendimiento' y Hazor significa 'fortaleza'. Ambos representan la sabiduría de este mundo, que es terrenal, puramente humana, diabólica (Santiago 3:15, NVI), y que puede tornarse en una fortaleza para aprisionar al pueblo de Dios. Mas, gracias al Señor, *«las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas...»* (1ª Cor. 10:4).

Cuando Jabín fue destruido por Josué era rey de Hazor (Jos. 11:1). Sin embargo, en su resurgimiento su reino es ampliado y él es rey de Canaán. ¿Y qué decir del significado del nombre Canaán? ¡Tierra baja, o comercio! Eso apunta a las cosas terrenales, en oposición a las cosas celestiales. Nos habla de los intereses terrenos, de la búsqueda de los propios intereses, de la preocupación por las cosas de la tierra (Col. 3:1-2).

Todo este cuadro nos muestra el peligro de caer en el juego de nuestra carne. Y en verdad, es el lado más bajo de nuestra carne. ¡Cuán tirana es

nuestra carne! ¡Cuán poderosa es! ¡Pasaron más de cien años, pero ved que ella surge con más fuerza todavía! ¡Con poder incrementado, con sus «novecientos carros herrados»!

Oh, amados, ¿quién podrá por su propia fuerza escapar de ese cautiverio? ¡Imposible! Así como era imposible para Israel vencer a Sisara, y sus carros de hierro, también es imposible para el cristiano, en sí mismo, escapar de ese cautiverio. Solamente una intervención celestial puede librarnos de tan grande opresor.

La única cosa que podemos hacer por nosotros mismos es caer en ese cautiverio. ¡Cuán fácil es volver a ser dominado por toda clase de cosas terrenales, carnales! Basta que nos apartemos del Señor y no hacer de él nuestra habitación. Será necesario sólo no tener una santa vigilancia y constancia en permanecer en Cristo, en confiar en la obra de su cruz. Este Jabín y todo su reino nos advierten en cuanto al peligro de caer en el cautiverio producido por el lado más bajo de nuestra carne. Y sabemos que la base de operación de nuestro enemigo es nuestra carne. Y una vez bajo su cautiverio, el enemigo podrá venir y obtener todo tipo de ventaja sobre nosotros. ¡Oh Señor, ayúdanos; clamamos a ti!

El hecho de que la fortaleza de Jabín haya sido levantada en el territorio de la tribu que tenía el nombre que recordaba 'luchador', 'vencedor', nos advierte que cualquier cristiano está sujeto a esta situación. Cualquiera puede ser derrotado si no hay vigilancia. Como nos recuerda la Palabra: *«Así que, el que piensa estar firme, mire*

que no caiga» (1ª Cor. 10:12). No hay fuerte, no hay valiente fuera de Cristo. ¡Aunque alguien sea considerado un hombre espiritual, maduro, crecido en el Señor, también estará sujeto al fracaso si no vigila y se mantiene escondido en Cristo! Tenemos varios ejemplos negativos de eso en medio del pueblo de Dios.

Pero aunque hayamos caído en el cautiverio de Jabín, de las cosas terrenas, de la sabiduría de este mundo, de la búsqueda de nuestros propios intereses, de los intereses de la carne, hay esperanza de liberación. Así como el pueblo de Israel experimentó la liberación de ese tan terrible opresor, así también todo hijo de Dios que haya caído en cautiverio tiene en el Señor la liberación. Y en el ejemplo de Débora y Barac tenemos la indicación de cómo el Señor provee la liberación.

¡La convocación para la batalla contra ese opresor será hecha! Y aquellos que atiendan a esa convocación experimentarán la victoria, porque quien la obtiene es el Señor de la gloria, el Todopoderoso, y es él mismo quien va al frente de su pueblo. ¡Gloria a Dios! Él también nos convoca a la batalla. ¡No habrá opresor que resista a su brazo de poder!

El primer paso en el camino de la victoria

Para no caer en el cautiverio, en la opresión de nuestros enemigos espirituales, hay una condición: hacer del Altísimo nuestra habitación, nuestro refugio (Sal. 91:9). Y hacer del Señor nuestra habitación implica, entre otras cosas, mantener aquella santa

vigilancia, fortalecernos en el Señor y en el poder de su fuerza; vestarnos de toda la armadura de Dios, para poder estar firmes contra las asechanzas del diablo (Ef. 6:10-11). Aunque nuestra posición sea de descanso en Cristo, en su obra en la cruz, eso no significa pasividad, sino al contrario, significa apropiarnos por la fe de toda la provisión que nos fue dada en Cristo Jesús nuestro Señor.

Preste atención a las proposiciones de Pablo: *«Fortaleceos ... vestíos»*. Ellas se refieren a acciones definidas, concretas, reales, que yo y usted tenemos que realizar. Y claro, sólo conseguimos movernos en esa dirección movidos por la gracia de Dios, con la ayuda del Espíritu Santo.

¡El resultado de ese posicionamiento, de ese movernos en la dirección que ordena la Palabra de Dios, será *«permanecer firmes contra las asechanzas del diablo»!* Tomar *«toda la armadura de Dios»* tiene un objetivo bien definido, que es *«resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes»* (Ef. 6:13).

¡Oh, cuán necesario es, en el día de la batalla, estar revestidos con la armadura de Dios! ¡Fortalecidos en el Señor, y en el poder de su fuerza! Sólo así podemos permanecer firmes, inmovibles, contra todas las asechanzas y ataques de las tinieblas. De lo contrario, caemos y somos presas fáciles.

Pablo afirma en 2ª Corintios 2:11 que no ignoramos las maquinaciones de Satanás. Él usará todas las circunstancias, personas, el mundo y nuestra carne con el objetivo de derrotarnos.

No olvidemos: Hay un día malo en nuestra experiencia, en nuestro caminar. Hay un día en que parece haber una conspiración declarada contra nosotros, y tenemos la nítida impresión de que hay poderes de las tinieblas maquinando toda suerte de ardides contra nosotros. Usted que ya tiene un tiempo con el Señor puede confirmar nuestras palabras. Cuántas veces comenzamos el día y parece que todo está tremendamente equivocado, nada parece estar bien, sea en la casa, en el trabajo, todo está tumultuoso, sus palabras son totalmente distorsionadas, las personas se levantan contra usted ... una infinidad de cosas surgen como de la nada.

Mas hay también aquellos días en que las celadas son puestas delante, sólo que ahora en 'tonos coloridos, brillantes', atrayentes, incitando su carne con el fin de llevarlo a andar en todas sus concupiscencias. ¡Cuán terribles son tales tentaciones! Hay todo tipo de maquinaciones del enemigo para llevarnos a andar en la carne. Él conoce nuestras debilidades, y como conocedor de ellas, sus ministros –los espíritus del mal– vienen con todas sus insinuaciones para que cedamos en nuestras debilidades.

Mas bendito sea Dios, *«porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado»*

(Hebreos 4:15). Y la recomendación y la promesa de la palabra de Dios es: *«Acerquémonos, pues, confiadamente, al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro»* (Hebreos 4:16).

¿Hay un tiempo más oportuno que éste, cuando somos así atacados en la batalla, para ser socorridos y recibir misericordia y gracia? ¡Oh, mis amados, puedo afirmar de todo corazón cuánto necesitamos del socorro, de la misericordia y de la gracia de nuestro amado Sumo Sacerdote!

Mas el hecho que está delante de nosotros ahora es: ¿Qué hacer si hemos caído, si estamos en ese tan humillante cautiverio? ¿Cómo volver a aquella posición de victoria, cómo sacudirnos del yugo que nos pone nuestro enemigo? ¿Qué hacer después de haberse apartado de la presencia del Señor, cual Israel, y verse oprimido por un 'rey Jabín'?

El camino de regreso, el camino de la liberación, comienza aquí: *«Entonces los hijos de Israel clamaron a Jehová»* (Jueces 4:3). La liberación vino a partir del momento en que los hijos de Israel clamaron al Señor. Por causa de ese clamor Dios envió el socorro. A partir de ese clamor varias cosas sucedieron hasta que la completa victoria sobre el enemigo vino y el pueblo pudo experimentar tiempo de paz nuevamente. Hasta entonces el pueblo sólo experimentaba opresión, humillación, burla, y escarnio

La liberación vino a partir del momento en que
los hijos de Israel clamaron al Señor.

del enemigo y el miedo esparcido por medio de su ejército con sus novecientos carros de hierro.

Aquí tenemos un ejemplo del cielo moviéndose en dirección a la tierra a partir del clamor del pueblo del Señor. Parece que ha sido siempre así. El Señor espera hasta que llegue el clamor hasta él –el pedido de socorro– y entonces interviene. Fue así como Israel experimentó la liberación del cautiverio en Egipto. *«Dijo luego Jehová: Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exatores; pues he conocido sus angustias, y he descendido para librarlos de mano de los egipcios ...»* (Éx. 3:7-8).

En este ejemplo no hay duda. El Señor movió su brazo solamente después de que su pueblo hubo clamado. Y si usted examina las Escrituras, verá que hay muchos otros ejemplos confirmando que el obrar de Dios en medio de su pueblo siempre es así: primero el clamor y después la intervención de Dios.

Mas ese clamor del pueblo de Dios es la consecuencia, o si podemos decirlo así, es la manifestación de algunos hechos que deben suceder.

Primero, ese clamor fue fruto del arrepentimiento y la confesión de sus pecados. Vea cómo está descrito el mismo evento de Jueces en el libro 1 Samuel: *«Y ellos clamaron a Jehová, y dijeron: Hemos pecado, porque hemos dejado a Jehová...»* (12:10). El clamor fue fruto del arrepentimiento. Reconocieron sus malos caminos y que habían pecado contra el Señor y que por eso

estaban sujetos a cautiverio.

El arrepentimiento genuino viene de una tristeza según Dios (2ª Cor. 7:10). Nos entristecemos por haber ofendido al Señor, por haber seguido algún camino malo y deseamos verdaderamente volvernos al Señor.

Segundo, ese clamor fue un humillarse delante de Dios. En 1ª Pedro 5:6 se nos dice: *«Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo»*. La desesperación del pueblo lo llevó a humillarse delante de Dios. Las Escrituras nos recuerdan que *«Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes»* (Stgo. 4:6). Mientras estemos confiados en la fuerza de nuestro brazo carnal sólo experimentaremos la derrota. ¡Mas si nos humillamos delante del Señor recibiremos gracia!

Tercero, ese clamor fue el reconocimiento de que sólo el Señor podría librarlos. Ellos llegaron al fin de sí mismos. Reconocieron que en ellos mismos no había ninguna posibilidad de vencer al enemigo.

En este proceso de liberación, mientras pongamos la esperanza en nosotros mismos, no reconoceremos que sólo en el Señor tenemos la victoria. Recordemos las benditas palabras del Señor Jesús a sus discípulos: *«Separados de mí nada podéis hacer»* (Jn. 15:5).

¡Este es el primer paso para la liberación, para experimentar la victoria sobre el enemigo: «Clamar al Señor»!

*Tomado con permiso de
<http://esquinadecomunhao.blogspot.com>.
Traducido del portugués.*

* * *



TEMA DE PORTADA

Un llamado al ministerio de la intercesión.

Constituidos sacerdotes

Gonzalo Sepúlveda

«Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, y señoree...».

Desde el primer momento de la creación, el hombre fue hecho para señorear, para reinar.

Luego, cuando el Señor habla a Israel en el Sinaí, les dice: «*Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes y gente santa*» (Ex. 19:6). Con tal propósito llamó a su pueblo. Y más tarde, cuando el propósito del Señor se desarrolla en el Nuevo Testamento, ya no se

dice: «*Me seréis...*», sino que el Espíritu Santo dice claramente a través del apóstol Pedro: «*Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa*» (2:9).

Y en Apocalipsis todo se confirma cuando dice: «*Al que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios su*

Padre» («Nos hizo un reino de sacerdotes») (1:6). Luego en los cielos, en Apocalipsis capítulo 5, delante del trono del Señor, se proclama a gran voz: «*Digno eres, Señor, de abrir el libro y de desatar sus siete sellos, porque tú fuiste inmolado y con tu sangre nos has redimido para Dios, y nos has hecho reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra*». ¡Gloria al nombre del Señor!

Se dice en Las Escrituras que el Señor es Rey de reyes (Ap. 19:16), ¡y esos reyes somos nosotros! Él es el Rey, y quiere que nosotros también reinemos con él. «*Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección, porque ellos serán sacerdotes de Dios, y reinarán con él mil años*» (Ap. 20:6), y más aún: «*...reinarán por los siglos de los siglos*» (22:5).

De tal manera, hermanos, que las circunstancias, las debilidades y aun los fracasos del tiempo presente, no son el fin de nuestra vida. Los tratos, dolores y dificultades, son apenas pequeños paréntesis, pues cuando se cumpla el pleno propósito de nuestro Dios, al final de nuestra carrera, ¡estaremos con él, reinando por la eternidad!

Su Palabra nos llena de esperanza, y podemos soportar las pruebas del día presente, podemos animarnos en el Señor, y dejar atrás toda debilidad.

A veces tomamos la debilidad como una virtud. Y en cierto sentido lo es, porque todos necesitamos ser quebrantados. El apóstol Pablo dice: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte». Lo que debemos experimentar es una debilidad en cuanto a la fuerza natural. Siempre buscaremos

que la gloria sea del Señor; por tanto, la energía y la inteligencia humana deben pasar por la cruz. Pero, en el propósito del Señor, él necesita siervos y siervas llenos del Espíritu Santo, él necesita reyes y sacerdotes.

No se concibe un sacerdote débil, ni un rey débil. Un rey tiene autoridad y poder, y un sacerdote también tiene autoridad y poder en el sentido espiritual. Muchas veces nos conformamos con muy poco, y sólo buscamos al Señor a causa de algún problema que deseamos solucionar. No nos proyectamos para que sea el Señor quien obtenga lo que él quiere de nosotros. Si tal es el caso, corremos el riesgo de llegar a ser personas 'utilitarias'. Es como decir: 'Bueno, busco a Dios porque tengo ésta o aquella necesidad. Estoy buscando al Señor porque quiero sacarle algo, yo quiero ganar algo'.

Hermano, la salud y las bendiciones materiales son añadiduras. Lo más importante es que el Señor reine, que él sea el centro de nuestras vidas, que él gobierne en nosotros.

Entonces, no seamos como Adán, que se extravió del camino. Él fue llamado para que reinara y señoreara; pero él mismo vino a ser esclavo. Ni seamos como Israel, que fueron llamados por Dios para ser un reino de sacerdotes y gente santa, y ellos se fueron tras la idolatría, se enredaron en tradiciones religiosas, y cuando vino el Mesías, su Salvador prometido, no fueron capaces de reconocerle, y terminaron perdiendo el reino (Mt. 21:43).

Hermanos, como iglesia, como pueblo del Señor, como hijos redimi-

dos por la sangre del Cordero, tenemos una honra muy grande: estamos invocando el Nombre que es sobre todo nombre. Usted y yo tenemos un privilegio inmenso, pues nos hemos acercado al Dios vivo y verdadero. Hemos venido a ser íntimos, amados del Señor, y nuestra honra es estar disponibles para su servicio.

Dios quiere ganarte a ti. El Señor quiere tener, en cada uno de nosotros, un rey y un sacerdote, un sacerdote rey. Vivimos en medio de un mundo desesperado. En estos días, nuestro país ha sido conmovido por la violencia que acabó con la vida de un policía. El mundo entero está siendo conmovido. Al Gore, un ex-vicepresidente de los Estados Unidos, autor del libro y del documental «**La verdad incómoda**», acaba de obtener el premio Nobel de la Paz a causa de su trabajo en cuanto a denunciar los terribles efectos del calentamiento global que esta afectando al planeta en su conjunto. Gore denuncia dramáticamente que el hombre está destruyendo la tierra. En este momento

Somos llamados hoy a una línea de batalla. Estamos siendo llamados a vestirnos de las armas de la luz, a pelear las batallas del Señor en los últimos tiempos.

el planeta se está sobrecalentando, se están derritiendo los hielos polares y se esperan cambios climáticos desastrosos para la humanidad. De continuar el actual estado de las cosas, se teme que de aquí a treinta años, muchas zonas del planeta serán prácticamente inhabitables.

El mundo está desesperado, y es bueno que nosotros, como iglesia, tomemos conciencia de nuestra responsabilidad. La iglesia tendrá un rol protagónico en el fin de los tiempos.

Usted y yo somos llamados hoy a una línea de batalla. Estamos siendo llamados a vestirnos de las armas de la luz, a pelear las batallas del Señor en los últimos tiempos. No para formar un movimiento ecológico de defensa de la tierra, ni para levantar pancartas exigiendo cambios sociales a quienes ostentan el poder político.

Nosotros somos llamados a vestir nuestras vestiduras sacerdotales. Porque el propósito del Señor no es sólo tener un pecador salvado. ¡Él necesita un sacerdote! Nos lavó de nuestros pecados, para constituirnos, a ti y a mí, en sacerdotes. Así está escrito.

Hermano, un sacerdote es un hombre que tiene una alta responsabilidad espiritual. Un sacerdote es un hombre, una mujer, que puede hacer cambiar el curso de la historia; es alguien que puede detener la ira de Dios, que puede traer salvación a otros. Un sacerdote es alguien que puede abrirle puerta a uno que está perdido, a un extraviado, a un ignorante. Un sacerdote no puede darse el lujo de cruzarse de brazos observando como el mundo muere.

Esto me recuerda un pasaje dramático del Antiguo Testamento. A

causa del pecado que había en el pueblo, comenzó una mortandad. Moisés suspende su oración y ordena a su hermano: 'Aarón, ¡toma el incensario y vé pronto a la congregación! ¡La mortandad ha comenzado!'. Me imagino la escena. Aarón se apura, corre con el incensario, y se pone entre los vivos y los muertos. ¡Y cesó la mortandad! Hubo prisa, porque si él como sacerdote hubiese actuado con negligencia, mucho pueblo de Dios se habría sumado a los ya muertos. «*Y se puso entre los muertos y los vivos*» (Números 16:45-50). ¡Dios mío, Señor! Se supone, hermanos, que nosotros somos los vivos; nosotros somos los que tenemos la vida eterna, los que tenemos la vida de Cristo.

Hemos recibido al Señor en nuestros corazones; usted tiene un tesoro que aquellos que están muriendo no tienen. ¡Usted tiene la vida! Usted tiene a Cristo, usted tiene el incensario con el fuego del altar y el incienso del Espíritu. ¡Usted y yo somos los que tenemos que correr! ¿Dónde vamos a ir con esta carrera? Al trono de la gracia, donde se alcanza misericordia y se halla gracia para el oportuno socorro (Heb. 4:16)

La función del sacerdote

«*Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados; para que se muestre paciente con los ignorantes y extraviados... Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón*» (Heb. 5:1-4).

Que se nos grave esta palabra:

«...constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere». Usted y yo hemos sido constituidos a favor del resto de los hombres en lo que a Dios se refiere. Entonces, ¿tenemos o no responsabilidad para con esta ciudad, con nuestro país, y con el mundo? Aquellos sacerdotes presentaban sus ofrendas y sacrificios a favor de las personas. ¿Qué presentamos nosotros? El sacrificio perfecto de nuestro Señor Jesucristo. Somos sacerdotes, y venimos ante el Padre en el nombre y por los méritos de nuestro bendito Salvador, quien a su vez es nuestro Sumo Sacerdote. ¡Aleluya!

«...para que se muestre paciente con los ignorantes y extraviados». Una característica de un sacerdote, entonces, es que se muestre paciente con los perdidos. Humanamente hablando, somos expertos en descalificar a los demás. No somos pacientes; la paciencia no es una virtud del hombre. Pero «Cristo en nosotros» sí lo es. Entonces habrá que orar una y otra vez, habrá que clamar una y otra vez, por cuantos están en las tinieblas. Nuestra labor no es condenar, sino interceder. Y lo haremos por todo el vecindario, por toda la ciudad. Hoy saldremos de aquí vestidos como sacerdotes.

«*Y nadie toma para sí esta honra*». Aarón fue llamado a ejercer el sacerdocio. Nosotros fuimos llamados a la comunión con el Hijo de Dios, con alguien mayor que Aarón: Jesús es nuestro gran Sumo Sacerdote. «*Y nadie toma para sí esta honra...*». Hermano, mira cómo te honra el Señor, haciendo de tu persona un sacerdote.

El Señor Jesús no vino a salvar a los ríos de la contaminación; él vino a salvar a los hombres de la contaminación del pecado.

Cuántas veces el enemigo, Satanás el diablo, ha buscado entorpecer nuestro sacerdocio. El susurro del mentiroso es: 'Dios no te oye'. Intenta hacernos creer que oramos al aire y que nuestra oración no va a ningún lugar. Uno de sus mejores triunfos consiste en debilitar nuestra vida de oración, pues sabe del poder que por ella se desata. ¡Levantémonos hoy a proclamar que nuestro Señor Jesucristo *«despojó a los principados y potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz»!* (Col. 2:15).

Toda mentira sea aplastada en el nombre del Señor Jesús. El Señor ha dicho: *«Nadie viene al Padre sino por mí»*. Y cuando tú dices: 'Padre, vengo a ti en el nombre del Señor Jesús', las puertas de los cielos se abren, y Dios oye la oración. El que hizo el oído, ¿no oirá? ¡Te oirá! Un profeta de la antigüedad, sumido en la debilidad, dijo: *«El Dios mío me oirá»* (Miqueas 7:7).

Una intercesión permanente

«Y esto es aún más manifiesto, si a semejanza de Melquisedec se levanta un sacerdote distinto, no constituido conforme a la ley del mandamiento acerca de la descendencia, sino según el poder de una vida indestructible» (Heb. 7:15-16). ¡Qué palabra más hermosa!

Y el único que tiene una vida indestructible, pues la muerte fue inca-

paz de retenerle, es nuestro Señor Jesucristo, y él vive en nuestros corazones. ¡La indestructible y poderosa vida del Señor está en ti y en mí, sosteniéndonos para ejercer nuestro sacerdocio! ¡Descubre esta vida, hermano, está en ti, porque Cristo vive por la fe en nuestros corazones!

«Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos» (v. 25). El sacerdote no tiene otra razón de vivir: *vive siempre para interceder*. ¿Qué vamos a hacer, hermanos, por el resto de nuestra vida? El cielo está esperando oraciones de sus sacerdotes a favor de los hombres, para que se complete el número de los que han de creer en el Señor y para que él obtenga su iglesia gloriosa (Ef. 5:27).

Oremos por nuestros jóvenes, para que sus corazones sean librados del mundo y a la vez cautivados por el Señor. Vivimos rodeados por múltiples distracciones. El mundo está hecho para llamar la atención de tal forma que nos neutraliza. Y todo parece tan bueno y codiciable (Gén. 3:6), pero su fin es muerte. Que el Señor nos socorra a todos, especialmente a nuestros jóvenes.

Nuestra primera prioridad ha de ser la comunión íntima con el Señor. El Señor nos socorra como iglesia. Hermano, ¿dónde tienes tus vestidu-

ras sacerdotales? ¿Están tiradas en el desván? ¡El Señor necesita a sus sacerdotes reyes en acción!

¡Ay, hermano, cuántos cristianos viven quejándose, o distraídos, viviendo sin objetivo! ¿Te has desviado tú del objetivo trazado por el Señor desde Génesis a Apocalipsis? ¿Dónde andas tú? Volvamos a la senda recta trazada por el Señor, porque allí está el gozo, la satisfacción, ahí está la realización, la honra y la gloria nuestra, porque ser un sacerdote es una honra. Es un privilegio tener acceso a Dios. Cualquiera no entra. Son pocos los que logran entrar, ¿se da cuenta de eso? ¡Y usted está entre esos pocos! ¡No prive al resto de los hombres! Muchos pueden hallar gracia ante Dios como resultado de nuestra intercesión.

El profeta Samuel dijo: «...*lejos sea de mí que peque yo contra Jehová cesando de rogar por vosotros*» (1 Samuel 12:23).

Porque no orar es pecado para un sacerdote. Porque su trabajo, su función, es ir delante del trono. Hermano, tú irás, ¡y serás oído!

Dice la Escritura que el Señor entró en el Lugar Santísimo una vez y para siempre, y *obtuvo* eterna redención. Cuando tú vas, obtienes algo. El Señor obtuvo redención eterna; tú y yo vamos a obtener respuestas a favor de otros, y a colaborar con Dios en el cumplimiento de su propósito eterno. «*Habiendo obtenido eterna redención*» (Hebreos 9:12).

Por nosotros

Porque no entró Cristo en un santuario hecho de mano, figura del verdadero,

sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios (Hebreos 9:24).

Si tomamos esta palabra sólo en el sentido de nuestro beneficio y agradecemos al Señor por presentarse por nosotros ante el Padre, tal actitud de lataría *nuestra* niñez espiritual, y entonces nos relajamos en un enfermizo estado de pasividad. Gracias al Señor, pues él ha cumplido su servicio a nuestro favor, ¡pero él quiere que ahora tú también entres, que tú también te presentes por otros!

¿Estamos flojos, estamos anquilosados? Esto ocurre cuando las 'rodillas están paralizadas'. Que el Señor nos reprenda por eso, que el Señor nos *promueva*, y que nos busquemos unos a otros para orar. Siempre hallaremos socorro en el cuerpo de Cristo.

Los sacerdotes no están intercediendo, los sacerdotes tienen el éfod guardado. ¡Y después nos quejamos! ¡Pidamos al Señor que nos socorra poderosamente! Amados hermanos, nosotros deberíamos ser verdaderas antorchas ardientes. Que ocupemos este privilegio que tenemos, esta honra de ser sacerdotes. Seamos un pueblo temeroso de Dios, un pueblo sabio que busca a su Dios y que obtiene respuestas a favor de los hombres ante Su trono.

El Señor nos está diciendo: 'Mira, yo no tengo ningún problema en bendecirte. Yo te puedo sanar, ¿qué me cuesta hacerlo? Puedo darte cosas materiales'. ¡El Señor es dueño de todo el oro del mundo; todas las riquezas son de él! Pero él quiere primero ganar nuestro corazón.

A un niño pequeño, ¿usted le da-

ría todo? Espiritualmente, hermanos, ¿será que hemos estado en un plano de bebés, esperando siempre recibir?

Nosotros somos los que vamos a interceder por este mundo. ¿Qué hará el Señor? No sabemos. No sabemos si el cambio climático se detendrá. Antes, temamos, pues la Escritura dice que «*los cielos pasarán con grande estruendo y los elementos ardiendo serán desechos, y la tierra y las cosas que en ella hay serán quemadas*» (2ª Pedro 3:10).

¿Se conservarán los hermosos glaciares de la Laguna San Rafael, en el sur de Chile? ¿Al Señor le interesan las almas de los hombres! Y Dios va a permitir aflicciones, dolores, y tormentos en la tierra y úlceras tremendas, para que los hombres se humillen delante de él (Ap. 16: 8-11). ¡A nosotros nos interesan las almas!

El Señor Jesús no vino a salvar a los ríos de la contaminación; él vino a salvar a los hombres de la contaminación del pecado. Nos interesan las almas de los hombres. Aunque esta tierra ardiera como un infierno, nos importa que los hombres se salven y se vayan con el Señor, y que Su nombre sea exaltado y glorificado, porque no-

sotros hemos sido constituidos a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere.

Hermanos, si tan sólo esta palabra quedase grabada, no importa que se olviden de todo lo demás que hemos dicho hoy: Tú y yo *hemos sido constituidos sacerdotes, según el poder de una vida indestructible, (la vida de Cristo) a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere.*

Para concluir, recordemos que nuestro servicio sacerdotal es permanente y no tiene fin. Desde que el sumo sacerdote Aarón fue ungido como tal, sirvió en el santuario hasta el último día de su vida, y sólo murió cuando Moisés, por orden divina, le despojó de sus vestiduras sacerdotales. Su vida estaba sostenida por el servicio; sin él, ya no había más razón para vivir (Números 20:22-29). Que así sea por el resto de nuestras vidas en la tierra, y luego, cuando pasemos a tomar nuestro lugar junto a nuestro Señor, seguiremos siendo sus siervos, sus sacerdotes... por toda la eternidad.

¡Bendito sea su santo Nombre!

Síntesis de un mensaje compartido en Temuco, en Octubre de 2007.

* * *

Una doctrina satisfactoria

¿Has oído alguna vez decir a uno de nuestro modernos cristianos activistas lo siguiente? 'No sé cuándo voy a encontrar una doctrina de la vida abundante que me resulte satisfactoria'. En realidad, existe sólo una respuesta a esta clase de búsqueda: fija tus ojos en Jesús y entrégate completamente a él, porque es Dios y Cristo, reductor y Señor: *"Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos"*. ¿Cómo podemos ser tan ignorantes e insensibles como para tratar de encontrar las respuestas espirituales y la vida abundante mirando más allá del único que ha prometido no cambiar jamás?

A. W. Tozer, en Manantiales de lo alto

Una lección básica para creyentes nuevos.

Dios ha provisto en Cristo todos los recursos del cielo para una vida triunfante. Cristo es nuestra herencia, es la herencia de Dios nuestro Padre. Pablo oraba por los creyentes para que «...*el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os de espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que*

él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza» (Ef. 1:17-19).

Lo que soy determina lo que hago

Alguien que se inicia en la vida cristiana, necesita saber lo que tiene, saber con qué cuenta ahora, después

Apropiándonos de nuestra herencia

Roberto Sáez



de su encuentro con el Señor. Lo primero es saber *quién soy*. Antes de conocer al Señor yo era un perdido y ahora que he sido hallado por él soy un hijo, redimido en la casa de Dios. Lo que *soy* determina lo que *hago*. Algunos enfoques del cristianismo ponen el acento en lo que se debe hacer; esto es partir al revés. Lo primero es establecer lo que somos para que después el quehacer sea el producto de lo que se es. «Soy lo que soy por la gracia de Dios», decía Pablo.

Hemos llegado a creer que somos lo que somos por la gracia de Dios, por haberle creído a Dios, porque en definitiva es por lo que él dice que somos, que creemos ser lo que realmente somos. Somos hijos de Dios porque así nos trata Dios. Hijos de Dios son solamente los que habiendo oído su llamado y creen a su palabra, reciben la potestad de ser llamados hijos de Dios; y si hijos, herederos juntamente con Cristo.

He vuelto al corazón del Padre. Ni siquiera sabía que Dios era mi Padre, e ignoraba su riqueza. Me doy cuenta que tengo nuevos hermanos, una nueva familia. ¡En realidad, todo es nuevo para mí! Todos mis hermanos tienen lo mismo – la vida de Cristo, la misma fe. Unos van más adelante, se ven más crecidos, pero todos tienen lo mismo: es la vida cristiana.

Porque soy hijo, soy heredero. Mi Padre me ha dejado un testamento firmado con la sangre de Jesús. En la medida que abro el testamento, me doy cuenta que Dios ha dispuesto una

riqueza inconmensurable para mí y para mis hermanos. Es una riqueza para comenzar a disfrutarla ya. Ahora cuento con una vida que antes no tenía, una fe que no tenía, un poder que me capacita para vencer las debilidades de mi naturaleza. Antes era dominado por mis impulsos, ahora no estoy solo, Cristo está en mí y con él todos los recursos del cielo para ayudarme en mis debilidades.

Descubriendo la vida nueva

Estoy descubriendo el amor de mi Padre, la gracia de mi hermano mayor –Jesucristo– y el poder de su Espíritu. Estoy habitado y al mismo tiempo, inmerso en las personas de la Trinidad, estoy siendo ministrado por la palabra de Dios, para conocer la familia celestial y los hijos de Dios. Todo esto es nuevo para mí.

Aunque vislumbro las riquezas espirituales que mi Padre me ha dejado, no logro asimilarlas, aún hay vestigios de la vida vieja en mí. ¿Qué hacer para disfrutar plenamente la vida cristiana? Viví tanto tiempo en la esfera de una vida terrenal y mundana, que me cuesta asumir la herencia de mi vida nueva.

Renunciando a la vida antigua

Es necesario renunciar a la vida anterior. La vida que heredamos de nuestros padres terrenales es una vida que tiene una herencia pecaminosa carnal, *«sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibiste de nuestros padres, no*

Lo que *soy* determina lo que *hago*.

La tierra de nuestra herencia es Cristo, Cristo es nuestro Canaán. Nos ha sido dado y está en nuestro espíritu, pero desde ahí tiene que trasuntar hacia nuestra alma.

con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación» (1ª Ped. 1:18, 19). La vida terrenal tiene el estigma del pecado y las desgracias ancestrales de quienes vivieron toda una vida separados de Dios. Es una vida que arrastra cadenas. Es preciso cortar con el pasado; tiene que haber un quiebre con la vida anterior.

«Sabiendo...»

Desde el inicio, en la vida cristiana, es muy importante considerar que Dios quiere que *sepamos*. El texto citado arriba dice: «*Sabiendo*». ¿Qué cosa? Que «*fuisteis rescatados*». Si lo sabes, es porque lo creíste y así lo recibiste. Estás rescatado de parte de Dios y no depende de que *te sientas* rescatado sino de que *lo creas*. Toda la verdad y las verdades de Dios tienen que asentarse en el corazón de los creyentes por la fe. No es por intelectualismo ni por sentimentalismo: es por la fe.

El bautismo, una forma de renunciar al pasado

Cuando el pueblo de Israel salió de Egipto, cruzaron el Mar Rojo. Eso fue un verdadero bautismo; estuvieron bajo el mar, inmersos en las aguas, aunque cruzaron en seco. Las aguas sobrepasaron sus cabezas en ambos costados, un portento glorioso. Cuando ellos pasaron, las aguas se cerraron a sus espaldas, dejando definitivamente atrás a sus perseguidores, sus enemigos. Los que no querían dejarles libres para rendirle culto al Señor, quedaron sepultados en el mar, al tiempo que para Israel se cerraron los caminos de retorno para Egipto.

Así también, para los que hemos venido a la vida cristiana, no hay retorno a la vida pasada. El enemigo quiere perseguirnos para impedirnos el disfrute de la vida nueva que hemos emprendido, pero hemos de decirle que nos perdió. Una forma de decirlo es bajando a las aguas del bautismo, testificando que renunciamos al mundo, a la vana manera de vivir que habíamos heredado de nuestros padres. Renunciamos a la esclavitud de Satanás y del pecado.

Bautismo significa *inmersión*. Por lo tanto, me zambullo en la muerte de Cristo, identificándome con él en su muerte. Su muerte es la mía. Asumo que mi vida vieja quedará sepultada; pero de la misma manera, como Cristo resucitó de entre los muertos, así también creo que me resucitó juntamente con él, para andar en una vida completamente nueva. Ahora Cristo será la vida de mi vida.

Una vez que estamos al otro lado

del Mar Rojo, nos encontramos con el desierto. Empezaremos el viaje rumbo a la tierra prometida. Dios ha prometido la tierra por heredad. En el camino habrá dificultades, que representan para los cristianos las pruebas y aflicciones que les esperan en el desierto que es el mundo. «*Las aflicciones del tiempo presente no son comparables a la gloria venidera que ha de manifestarse*» (Romanos 8:18). «*En el mundo tendréis aflicción...*» (Juan 16:33).

Aunque, en el desierto que es este mundo, Dios está siempre con nosotros, la plenitud de su heredad se encuentra en Canaán. La tierra prometida hay que poseerla, hay que conquistarla. Así también la vida cristiana hay que entrar a poseerla para disfrutarla. La tierra de nuestra herencia es Cristo. Cristo es nuestro Canaán. Nos ha sido dado, y está en nuestro espíritu; pero desde ahí tiene que trasuntar hacia nuestra alma. Ese es precisamente el viaje interno, espiritual, que a los cristianos nos corresponde realizar hasta lograr que Cristo sea disfrutado.

El terreno de nuestra alma, lo mismo que Canaán, presenta muchos enemigos a quienes quieran poseer la tierra como heredad. No obstante, con Dios haremos proezas, y a «nuestros enemigos los comeremos como a pan», como dijeron Josué y Caleb cuando vieron a los enemigos en Canaán. Así también hoy en día, necesitamos llenarnos de la fe de Josué y Caleb para conquistar para nuestra alma a Cristo, nuestro Canaán actual.

Ahora pertenecemos a Aquel que nos compró con su sangre. No soy

mío ya, no me pertenezco; soy de Jesús y de la familia celestial.

La vida vieja, que era una mala y vana manera de vivir, además de ser una vida mundana, estaba gobernada por tres características: «...*los deseos de la carne, los deseos de los ojos y a la vanagloria de la vida*» (1ª Juan 2:16).

Los deseos de la carne. La carne es la naturaleza humana con sus virtudes y defectos. Nada que provenga de la carne agrada a Dios, sea bueno o sea malo. El hombre en sí no está habilitado para producir ninguna obra hacia Dios; por esta razón es que Dios no recibe ni se complace con nada que se origine en el hombre. Por lo mismo, Dios otorga la gracia al hombre, para que todos sus impulsos, deseos y motivaciones tengan un nuevo origen, esto es, en la vida cristiana que hemos recibido.

Los deseos de los ojos. El principal problema de los deseos de los ojos tiene que ver con el sexo opuesto. Vivimos en un mundo erotizado. Los pecados de voyeurismo (observador sexual) han llevado a muchos cristianos a naufragar en cuanto a la fe. Los deseos de los ojos también tienen que ver con las cosas que codiciamos. La lámpara del cuerpo es el ojo; es decir, el cuerpo es alumbrado por lo que ven los ojos. Pero si el ojo mira hacia las tinieblas, el cuerpo también se llenará de lo mismo. «*La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas*» (Mateo 6:22, 23).

La vanagloria de la vida. Es cual-

quier motivo que ocupe el lugar que le corresponde a Dios en el corazón del hombre. Puede ser el dinero, el sexo, la fama, la profesión, la familia, lo que sea, si está en el primer lugar en la escala de valores. Eso es la vanagloria de la vida. Todo esto es lo que proviene del mundo, y necesito ser librados de esta vana manera de vivir.

Le invito a declarar una oración de liberación: *«Padre, en el nombre del Señor Jesucristo, rompe mis cadenas que me ataban al pasado. Límpiame en la sangre de Jesús y libérame del enemigo.*

Libera mi conciencia de cargas y pecados. Corta las maldiciones de mis antepasados, pasa por alto los juicios que me tocaban por parte de mis ancestros. Consagro a ti mi espíritu, alma y cuerpo. Me presento a ti como una ofrenda. Recibe la consagración de todos mis miembros. Fui esclavo del pecado, pero ahora me hago esclavo tuyo, para servir a la justicia. Voy a las aguas del bautismo para sellar el fin con mi pasado. Voy para asumir mi muerte conjunta con Cristo, y el inicio a la nueva vida juntamente con Cristo. En el nombre de Jesús, Amén.»

* * *

Como corceles indómitos

Hace muchos años, un estimado amigo mío que regresó del Oriente por tierra, hizo el viaje de Suez a El Cairo en la pesada e incómoda diligencia que entonces se usaba. Los pasajeros, al llegar, tomaban sus puestos; alrededor de una docena de jóvenes caballos salvajes estaban enganchados con cuerdas al vehículo. El conductor tomó asiento y restalló el látigo, los caballos salieron a la carrera, algunos hacia la derecha, otros hacia la izquierda, y otros al frente, haciendo que el coche tomara cierto rumbo y luego se detuviera repentinamente. Esto lanzaba a los que estaban sentados en el asiento del frente sobre las piernas de los que estaban sentados atrás, y luego se producía la operación inversa. Con la ayuda de suficientes árabes que corrían a cada lado para mantener a los animales salvajes avanzando en la dirección correcta, los pasajeros eran sacudidos bruscamente, magullados, trastornados y mareados, hasta llegar a su destino. Cuando llegaban, estaban tan fatigados y adoloridos que no podían tomarse el descanso que tanto necesitaban.

¿No se parece más la Iglesia de Dios en el día de hoy a estos corceles indómitos que a un tiro de caballos de la carroza de Faraón? Y mientras el capricho y la desunión son evidentes en la Iglesia, ¿nos extraña que el mundo todavía esté bajo el maligno, y que las grandes naciones paganas sean escasamente tocadas con el evangelio?

J. Hudson Taylor, en Unión y Comunión

TEMA DE PORTADA

La destrucción y reconstrucción que realiza el Espíritu Santo en los hijos de Dios.

Gracia y verdad (2)

Eliseo Apablaza

Lectura: Juan 1: 14, 16-17.

Como veíamos en nuestro mensaje anterior, el Señor Jesús expresó de manera muy equilibrada la gracia y la verdad. En cada encuentro que él tuvo con las personas, manifestó estos dos aspectos de su maravillosa persona. A veces manifestó primero la gracia, otras veces, la verdad; pero siempre estaban presentes las dos. Aunque, por lo que

dice el versículo 16, la gracia excedía a la verdad.

Veíamos también que la gracia nos perdona, nos levanta, en tanto la verdad nos derriba y nos quebranta.

Cuando Jesús aparece

En el capítulo 1, desde el versículo 35 en adelante, tenemos a Juan el Bautista, que, al ver a Jesús que an-

daba por allí, dijo: «*He aquí el Cordero de Dios*». Y los dos discípulos que estaban con él siguieron a Jesús. Este día Juan perdió a sus dos discípulos. Hasta que apareció Jesús, Juan el Bautista era el gran profeta; todo el mundo corría a escucharlo, recibían su palabra y se bautizaban con su bautismo. Pero el día que el Señor Jesús fue manifestado, Juan comenzó a perder sus discípulos. Entonces, la verdadera estatura espiritual de Juan quedó en evidencia.

Antes que apareciera Jesús, Juan era grande. Después que apareció Jesús, ya no era grande. Antes, era un gran maestro; después que apareció Jesús, Juan pudo ver su verdadera estatura. Cuando aparece Jesús, todos los maestros pierden sus discípulos, porque éstos han de seguir a Jesús. Eso significa que él es la verdad. La verdadera estatura de Juan sólo quedó en evidencia cuando apareció Jesús.

En el capítulo 2 de Juan dice que el Señor fue a unas bodas en Caná. Y cuando estaban en medio de la fiesta, se acabó el vino. Entonces el Señor Jesús convirtió el agua en vino. Y este vino era mejor que el anterior. La segunda parte de la fiesta fue mejor que la primera. ¿Qué sucedió allí en verdad? Simplemente, que la verdad se manifestó; y todo lo que no es verdadero quedó en evidencia. Cuando Jesús viene, toda nuestra fiesta termina, el vino se acaba, porque el verdadero vino iba a ser introducido en la fiesta.

El vino representa el deleite, el gozo. Antes que aparezca Jesús parece que nuestra alegría es completa,

pero cuando aparece el Señor se acaba nuestro vino. Y necesitamos que él nos convierta el agua en vino. Jesús manifestó la irrealidad de aquel vino, y él introduce el vino verdadero, porque Jesús es la verdad.

Más adelante, en el capítulo 2, se nos dice que el Señor fue al templo de Jerusalén. Ese lugar era muy admirado por los judíos, y también por los discípulos. Esa maravilla que había levantado Herodes hacía exclamar a los discípulos: «¡Qué piedras y qué edificios!». Sin embargo, el Señor Jesús, tomando un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos, y ovejas y los bueyes. Esparció las monedas de los cambistas y volcó las mesas, y dijo: «¡Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado!».

Para los judíos el templo era un lugar sagrado; pero cuando el Señor Jesús vino a él, la irrealidad del templo quedó en evidencia. Era sólo una casa de mercado.

Antes de que Jesús aparezca, todo nos parece real, esplendoroso. Pero cuando él se manifiesta, todas las cosas se ubican en su justa posición y estatura. Porque él es la verdad.

Antes de que el Señor se nos comience a manifestar como la verdad, tenemos opiniones erradas acerca de tantas cosas. Y sobre todo acerca de nosotros mismos. Antes parecía que teníamos un cierto grado de humildad, probablemente habíamos leído algunos libros, y a través de ellos, habíamos aprendido que la humildad es una virtud y procurábamos ejercitarnos en ella. Y llegamos a pensar que éramos humildes. Pero cuando

Antes de que el Señor se nos comience a manifestar como la verdad, tenemos opiniones erradas acerca de tantas cosas. Y sobre todo acerca de nosotros mismos.

apareció el Señor, nuestra humildad, que en realidad era un orgullo disfrazado, se deshizo. Y así ocurrió con muchas otras cosas. Porque nosotros vivimos en un mundo que está engañado, que está bajo la potestad del engañador. Las cosas parecen ser reales pero no lo son. Son ilusorias, son aparentes.

En los tiempos del Señor Jesús había tantas cosas ilusorias y aparentes. Un gran maestro que en verdad no era un gran maestro; una fiesta que en verdad no era fiesta; un templo que en verdad no era un lugar sagrado. Los judíos decían que ellos eran hijos de Abraham, y el Señor les dijo que eran hijos del diablo (Juan 8:41-44). Los judíos pensaban que en las Escrituras se encontraba la vida eterna, pero el Señor les dice: *«A vosotros os parece que en ellas tenéis vida eterna, y no queréis venir a mí para que tengáis vida»* (Juan 5:39-40). *«Os parece»*.

¡Cuán errados estaban! Cuántas cosas a nosotros nos parecen reales, verdaderas, y no lo son.

Muchos fracasos nuestros se deben a que nosotros presumíamos de tener algunas cosas, y no las teníamos. Uno de mis mayores fracasos lo tuve pocos días después de que en mi corazón tuve este pensamiento: *«¡Cómo mi hermano puede ser tan profano!»*. A los pocos días, Dios me mostró que yo era más profano que

él. Pero yo no lo sabía. Vivimos envueltos en el autoengaño. Porque nosotros nacimos en medio de irrealidades, apariencias e hipocresías. Pero el Señor está conduciendo a su iglesia por el camino de la gracia y de la verdad, y para que pasemos de la gracia a la verdad.

Porque la gracia no es eterna – en el Apocalipsis no encontramos la gracia. Pero sí encontramos la verdad, encontramos realidad. Porque la gracia es un medio para llevarnos a la realidad de las cosas; para sacarnos de nuestra bajeza, para elevarnos, y para que todo en nosotros, por medio de la gracia, sea real. Para que toda justicia, todo amor, toda paz, toda bondad, toda mansedumbre, toda humildad, sean reales.

¿Por qué necesitamos la gracia? Porque caemos. Porque somos defectuosos. Pero llegará un día que no seremos defectuosos, entonces no necesitaremos la gracia. Seremos pura realidad de Dios en Cristo. Y hacia allá nos va conduciendo el Señor. Y cuando él venga, tendrá una iglesia santa, sin mancha y sin arruga. Sin mezclas. Sin cosas espurias. Auténtica.

Es interesante que al final del capítulo 2 de Juan dice las siguientes palabras: *«Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testi-*

monio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre» (vv. 24-25). Según entiendo, es la única parte de los evangelios en que dice algo así. Él no se fiaba del hombre. Precisamente, la verdad que él manifestó en el evangelio de Juan reveló lo que había en el corazón de los hombres.

Recuerdo una profecía que recibió María, la madre del Señor, cuando Jesús nació. Simeón le dijo: *«He aquí, éste está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha ... para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones»* (Lucas 2:34-35). El Señor apareció para revelar lo escondido, para sacar a luz lo encubierto, lo aparente. Cuando el Señor Jesús apareció, las tinieblas fueron reprendidas, quedaron en evidencia, porque él es la luz.

Probablemente usted se ha llevado más de alguna decepción con usted mismo. Entonces se da cuenta que en verdad no ama al Señor tanto como debiera; que la experiencia de Pedro es también la suya. Pedro niega al Señor, y después, junto al mar, el Señor le dice: «Pedro, ¿tú me amas más que éstos?» – porque Pedro había dicho: «Aunque todos éstos te nieguen, yo no». Entonces Pedro le dice: «Señor, tú sabes que te quiero». Pedro no usa la misma palabra que usa el Señor, usa una de inferior calidad. La segunda vez, el Señor le dice: «Pedro, ¿me amas? Pedro contesta: «Señor tú sabes que te aprecio». La tercera vez el Señor le pregunta: «Pedro. ¿me aprecias?». Y él le dice: «Señor, tú sabes todas las cosas, tú sabes que te aprecio». Es como si le dijese:

«Señor, debo reconocer que no te amo, sólo te aprecio».

¿Dónde está aquel amor incondicional de Pedro? No había tal amor incondicional, pero él no lo sabía. Ese interrogatorio del Señor lo desnuda. Ni le amaba más que los otros, ni siquiera le amaba. Apenas lo apreciaba, lo quería.

Sólo después de eso Pedro pudo ser usado, porque la venda de sus ojos cayó para verse a sí mismo. ¡Cómo necesitamos nosotros vernos a nosotros mismos, para no presumir!

Ninguna realidad espiritual
es generada en nosotros
si no es por el Espíritu.

El otro Consolador

Pero el Señor Jesús se fue; él está a la diestra del Padre. Y la noche anterior a ser entregado, en esa conversación íntima que tiene el Señor con sus discípulos, y que ocupa los capítulos 13 al 17 de Juan, en un momento el Señor les dice: *«Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad»*. Noten cómo se conjugan aquí dos expresiones para referirse al Espíritu Santo: «el otro Consolador» y «el Espíritu de verdad». Y esta doble mención aparece tres veces, una en el capítulo 14, otra en el capítulo 15 y otra en el capítulo 16. Y siempre aparecen juntas las dos, el «Consolador» y el «Espíritu de verdad».

Y si nosotros miramos atentamente podemos ver aquí la misma relación que hay en el Primer Consolador: «gracia» y «verdad». El segundo Consolador, es decir, el Espíritu Santo, consuela, acoge, lo que equivale a la gracia, y también como Espíritu de verdad, conduce a la verdad.

Entonces, en el ministerio terrenal del Señor, los hombres que lo tocaron, encontraron la gracia y la verdad. Luego, cuando se fue, el Espíritu que fue enviado en su lugar cumple exactamente el mismo ministerio: muestra la gracia y la verdad. El papel que jugó el Señor Jesús en su ministerio terrenal, hoy lo cumple con nosotros el Espíritu Santo. Y aún vamos a dar un detalle más. Así como en Juan 1 aparece más veces la palabra «gracia» que la palabra «verdad», así también respecto al Espíritu Santo, aparece más veces como Consolador que como Espíritu de verdad (Ver 14:26). ¡Es muy interesante!

Ahora, nosotros tenemos, a causa de la distorsión acerca del Espíritu Santo en la historia de la Iglesia, especialmente en el siglo XX, prejuicios contra el Espíritu Santo. Y a veces hasta le tememos. Algunos llegan a decir: «Por favor, no nos hable del Espíritu Santo. No toque el tema del 'bautismo del Espíritu Santo'. Porque no queremos llenarnos de escándalos, de desórdenes, de manifestaciones extrañas que no tienen sentido». Por causa de esa distorsión lamentable, estamos perdiendo el ministerio precioso e insustituible del Espíritu Santo.

Aquí en Juan vemos que la princi-

pal labor del Espíritu Santo es consolarnos, y es revelarnos toda la verdad. Primero, la verdad respecto a Dios, al Señor Jesucristo, luego acerca de todas las demás cosas –que aparecen en las demás epístolas y en Apocalipsis– y también la verdad acerca de nosotros. Sin el Espíritu no hay realidad alguna, porque él es el Espíritu de verdad. Nosotros no tenemos realidad de Cristo si no es por el Espíritu Santo. Nadie puede nacer de nuevo si no es por el Espíritu Santo. Nadie tampoco puede llegar a tener el carácter de Cristo si no es por el Espíritu Santo. «De su plenitud tomamos todos»; de la plenitud de Cristo toma el Espíritu y nos la imparte a nosotros.

¿Cómo se forja la humildad en un cristiano? ¿Se forja por sólo leer, por entender el concepto? No, seguramente el Espíritu Santo nos va a conducir por un camino de tropiezos, de aflicciones, de menosprecio, para que se nos sea comunicada la humildad de Cristo. El Señor Jesús por lo que padeció aprendió la obediencia.

Ninguna realidad espiritual es generada en nosotros si no es por el Espíritu, y si no es por medio de ciertas tribulaciones. Eso es doloroso, pero el fruto es genuino. Es realidad, es verdad. La humildad del hombre no es en absoluto confiable. Es paja, aunque luzca hermosa. Hay ateos que son humildes, que son bondadosos, que son filántropos. ¡Todo eso es paja! La única humildad real, verdadera es Cristo en nosotros, por el Espíritu Santo.

Nos llevamos tantas sorpresas

desagradables con respecto a nosotros, y con respecto a otros cristianos. «Parecía que el hermano era más maduro, ¡pero mire lo que hizo!». ¡Oh, parecía! ¿Era realidad? No era realidad; era un parecer. «A vosotros os parece», dijo el Señor (Juan 5:39). «A mí me parece».

El Señor no quiere que seamos cristianos engañados, llenos de pareceres, de opiniones, de supuestos. Es tan doloroso, cuando vemos que algo que parece real, no es real. Es como el oropel. Métralo en el fuego, espere un poquito, y verá que no es oro. La diferencia entre el oro y el oropel, la realidad del uno y la irrealidad del otro, va a quedar en evidencia en el momento de la prueba. ¿Cuándo nosotros seremos desengañados de todo lo falso que tenemos? ¿Será cuando estemos delante del tribunal de Cristo, o cuando estemos en el lecho de muerte, y tengamos que decirle a la esposa, y a los que estén a nuestro lado: ‘Tengo mucho de qué arrepentirme. En realidad, ustedes han creído en alguien que no era’?

Recuerdo una experiencia que nos contó el hermano Devern Fromke. Cuando él era un pastor joven participaba de un ministerio conjunto con otros pastores, sirviendo a los jóvenes. Levantaron grandes edificios, pero un día un gran incendio acabó con todo. Parado frente a las cenizas, él se sintió devastado, e incluso molesto con Dios por no haber defendido Su obra.

Entonces se vio a sí mismo en una larga fila de personas delante del trono de Cristo, esperando el juicio. Muchos tenían sus brazos llenos de ma-

dera, heno y hojarasca – eran todas sus obras. Cuando llegaban delante del Señor, inmediatamente Sus ojos de fuego quemaban todo. Fromke podía reconocer entre ellas a muchas personas conocidas como hombres de Dios con sus obras delante del Señor. Y vio también a algunos que tenían sus manos llenas de oro, plata y piedras preciosas. Y cuando los ojos del Señor se posaban sobre esas obras, brillaban más aún, y veía la sonrisa de aprobación del Señor. Y ellos tuvieron una entrada amplia y generosa. Entonces, el próximo en llegar ante el Señor era él mismo. Pero el Señor cerró las cortinas y dijo: «No todavía». Fromke dijo, con alivio: «Gracias Señor». Entonces el Señor le dio una palabra clave, que fue la motivación de su vida de ahí en adelante. «Que tu construcción sea en vidas y no en edificaciones materiales». Desde entonces él ha intentado edificar el cuerpo de Cristo.

¿Qué les parecería llegar al final de la carrera, y que el Señor con su sola mirada destruya sus obras, y más encima, que ustedes –como dice la Escritura– sean ‘salvos como por fuego’? Porque el tribunal de Cristo no sólo será un juicio sobre nuestras obras, sino también sobre nosotros mismos. Cuando lleguemos a esa instancia, ¿qué presentaremos?, ¿cómo nos presentaremos? ¿Será como cuando usted tiene sed y alguien le ofrece un vaso de bebida, y está tan agitada que se le llena el vaso de espuma? ¡Usted tiene sed de líquido, no de espuma! Pero el vaso está lleno de espuma. ¡Qué terrible! No es espuma lo que el Señor quiere, él quiere realidad.

Alguien ha dicho que en la Biblia aparece sólo dos veces el dedo de Dios escribiendo. Y en estas dos ocasiones, los hombres fueron pesados en una balanza. La primera vez le ocurrió al rey Belsasar (Daniel cap. 5), cuando vio unos dedos escribiendo en la pared, que Daniel interpretó para él: «Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto». Ese mismo día Belsasar murió. Murió y su medida no fue completada. La otra vez fue cuando el Señor escribe en tierra, mientras los judíos trajeron a la mujer sorprendida en adulterio (Juan 8). También esta vez su dedo pesó a los hombres, y también los encontró faltos.

Hay una balanza que está esperando por nosotros, por ti y por mí. En ese momento lo único que llenará la medida va a ser lo que Dios haya producido en nosotros por medio de su Espíritu. Porque es el único Espíritu de verdad. Es el Espíritu de realidad.

El amor y la verdad

Juan fue el último de los apóstoles en partir de esta tierra. Y sus escritos son también los últimos escritos de las Escrituras. Se ha dicho con verdad que Juan es el apóstol de la restauración, así como Pedro es el iniciador y Pablo el de la edificación. Juan es el apóstol para los tiempos finales, es decir, nuestros tiempos. Entonces los escritos de Juan tienen mucha vigencia para nosotros.

Si miramos en forma global los escritos de Juan vemos cómo este asunto de la gracia y la verdad se va desarrollando – pues las Escrituras desarrollan gradualmente las verdades, desde un inicio balbuceante hasta un final perfecto. Entonces este asunto de la gracia y la verdad tenemos que verlo no sólo en el evangelio, sino en todos sus escritos. Si lo hacemos así, nos vamos a llevar una tremenda sorpresa. Veremos que se enfatiza la verdad, y que la gracia se muda en amor. Ahora es «el amor y la verdad».

Ya no hay tanto una relación cielo tierra –que es lo que gracia implica– sino una relación horizontal – el amor. En la relación entre los hombres no se puede hablar de gracia, porque la gracia va desde uno que es superior a otro inferior, pero entre nosotros es en forma horizontal, la gracia transformada en amor. Entonces el amor prueba si antes hubo gracia o no, porque si tú recibiste gracia, esa gracia recibida se transforma en amor. Entonces, está el amor y la verdad.

Y la verdad está allí muy fuerte en las tres epístolas de Juan.

Leamos en 1ª de Juan 1:6: «*Si decimos que tenemos comunión con él y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad*». Aquí se está hablando de la práctica de la verdad. Se fijan que no es un asunto sólo de ser confrontados con nuestra

Este hermano llamado Gayo alcanzó la meta.
Todo en él era realidad.

realidad, sino de si nosotros estamos o no practicando la verdad. Si estamos o no posesionándonos de cierta realidad de Dios en Cristo. Versículo 1: 8: «*Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros*». Versículo 2:4: «*El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él*». Versículo 2:21: «*No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad*». Es como si dijese: «Porque conocéis la verdad, necesitáis practicarla». Una cosa es conocer y otra cosa es andar en la verdad. Aquí el énfasis no es conocer la verdad, sino que es «por causa de que conocéis la verdad, andad en ella». Versículos 3:18-19: «*Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. Y en esto conocemos que somos de la verdad*». No sólo conocer la verdad: somos de la verdad. Es decir, la verdad nos posee, pertenecemos a la verdad. Somos gentes de realidades, no de mero conocimiento.

Vamos ahora a la Segunda y Tercera Epístolas de Juan. En 2ª Juan 4 dice: «*Mucho me regocijé porque he hallado a algunos de tus hijos andando en la verdad*». El andar en la verdad es la práctica de la verdad.

Y en la 3ª de Juan está la culminación. Aquí está la cumbre. Veamos lo que le dice el apóstol a Gayo. «*Pues mucho me regocijé cuando vinieron los hermanos y dieron testimonio de tu verdad, de cómo andas en la verdad*» (v. 3). Oh, esta palabra es maravillosa. «Tu verdad ... la verdad». Es decir, «tu

verdad es la verdad». «Tu realidad es equivalente a la Realidad». ¡Esto es maravilloso! Este hermano llamado Gayo alcanzó la meta. Todo en él era realidad.

Pero hay un segundo ejemplo. Porque estas cosas deben constar con, al menos, dos testigos. El otro es Demetrio. Versículo 12. «*Todos dan testimonio de Demetrio, y aun la verdad misma; y también nosotros damos testimonio, y vosotros sabéis que nuestro testimonio es verdadero*». ¡Oh, bienaventurados Gayo y Demetrio! ¿Irá a ocurrir algo así con nosotros? ¿Llegaremos a esa meta?

El Apocalipsis nos hace temblar cuando leemos las epístolas a las iglesias, porque cada una de ellas comienza con esta frase: «*Yo conozco tus obras*». Es como decir: «Yo conozco tu verdad, tu realidad». Yo conozco cuánto de lo que tú hablas se ha traducido en verdad. Cuánto de lo que tú piensas, dices, sostienes, crees, cuántas cosas *que te parecen* son realidad.

Oremos al Señor para que él nos permita, nos conceda, la gracia que le fue dada a Gayo y a Demetrio de que su verdad es la verdad, y de que la verdad dé testimonio de nosotros.

Demos libertad al Espíritu

No le tengamos temor al Espíritu Santo; al contrario, busquémoslo. Démosle libertad en nuestro corazón. Oh, el Espíritu Santo es precioso; es respetuoso. No tengas temor; nunca te va a herir, nunca te va a atropellar; nunca va a violentar tu personalidad, nunca te va a anular. Nunca te va a escandalizar. El Espíritu Santo es el

otro Consolador, y es el Espíritu de verdad.

Nuestra única esperanza de ser genuinos, de ser reales, auténticos y plenos, completos, cabales en Cristo es por medio del Espíritu Santo. Así que, abrámosle el corazón sin temor.

El Espíritu Santo puede ser ofendido, puede ser apagado, puede ser contristado, puede ser resistido. Es como una paloma muy sensible; basta que usted peque, que lo ignore; entonces él se repliega. Él no toma la iniciativa si no se la da usted. Es tan delicado, pero a la vez es tan poderoso.

Mientras estamos diciendo estas cosas, el Espíritu Santo está tocando la puerta de su corazón, para decir:

¿Puedo intervenir? ¿Te puedo guiar? ¿Te puedo llenar? ¿Quieres tú que te muestre, te consuele? ¿Quieres que te guíe hacia toda la verdad?

El Señor le dijo a Jerusalén: ¡Cuántas veces quise, y tú no quisiste! (Mateo 23:37). Tal vez el Espíritu Santo nos dice lo mismo: ¡Cuántas veces yo quise, pero tú no quisiste! Así que, digámosle al Espíritu Santo que nos dé realidad de Cristo, para no llevarnos una desagradable sorpresa en aquel día. Y para no escandalizar mañana a los pequeños; para no ser motivo de dolor en la iglesia. ¡Cuánto dolor puede traer una irrealidad descubierta tardíamente! ¡Necesitamos realidad de Cristo!

Síntesis de un mensaje impartido en Barbosa, Colombia, en julio de 2007.

* * *

El óleo de alegría

Charles E. Gremmel, un ejecutivo, contó que cierta vez él iba saliendo apurado de la ciudad de Boston para comparecer a un encuentro, cuando sintió la dirección del Espíritu para que parase en un puesto de gasolina. Él frenó el auto en seco y dio la vuelta, entrando en el puesto. '¡Caray! –dijo el bombero– ¡Usted debe estar necesitando combustible con urgencia!'

Gremmel le preguntó: '¿Qué marcas de aceite venden ustedes?'. El hombre mencionó varias marcas. '¿Usted tiene el aceite de la alegría?' –preguntó Gremmel. 'Nunca oí hablar de él' –replicó el bombero. '¡Qué extraño! –dijo Gremmel– Mi Padre es el fabricante'.

A continuación, Gremmel comenzó a dar su testimonio. Él descubrió que el hombre estaba sufriendo por causa de la muerte de su esposa, que durante años había orado a su favor. Aquel día, un nuevo nombre fue escrito en el cielo, porque Gremmel tuvo 'oídos dispuestos' mientras conducía su automóvil.

Wesley L. Duewel, en Deixe Deus Guiá-lo Diariamente

El qué y el cómo

“Lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho” (Juan 12:50b).

El Señor es nuestra vida y también nuestro ejemplo. Él nunca hizo nada desde sí mismo, sino que siempre hizo la voluntad de Dios.

En este versículo queda claro que todo lo recibió del Padre, tanto el mensaje como la forma de decirlo. Es decir, el *qué* (“lo que yo hablo”), y el *cómo* (“lo hablo como el Padre me lo ha dicho”).

Sus palabras eran inspiradas, su mensaje olía al perfume inigualable del cielo, las multitudes se quedaban extasiadas escuchándole. Los pobres fueron consolados, los soberbios fueron confrontados con su pecado. El *qué* del Señor era del cielo, no de la tierra.

Sin embargo, el *cómo* no tenía distinto origen. ¿Cuál era el acento de su hablar; el tono de sus palabras, el énfasis en el modular de cada frase? ¿Cuáles eran sus ademanes? ¿Cómo era su mirada mientras hablaba?

Tales cosas no las registran los evangelios, excepto sus molestias con los fariseos y escribas y los gemidos de su espíritu. Mucho no sabemos al respecto, pero lo que está claro a partir de estas palabras, es que todo lo que Él hizo, lo hizo como el Padre se lo dijo. Es decir, *la manera, la forma de decir*.

Tal impacto producía este *cómo* de Cristo, que los alguaciles decían: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!”.

Entre los predicadores que hemos visto hay tanta diversidad de formas y de estilos, que es fácil ver reflejarse en ellos la personalidad de cada uno. Pero, ¿qué diremos de nuestro Señor? ¿Era simplemente su personalidad la que se reflejaba en la forma de decir sus palabras? ¿Era solamente la herencia de María, su madre?

El *qué* y el *cómo* de las palabras de Jesucristo eran el *qué* y el *cómo* de Dios.

Que el Señor nos ayude para decir las cosas apropiadas y en la forma apropiada, para la gloria de Dios.

LEGADO

Reflexiones en torno a las horas finales del Señor en Getsemaní.

Getsemaní

Conflicto y victoria

F. W. Krummacher
(1796-1868)

Es *noche*. El Señor acaba de dejar Jerusalén con sus Once seguidores más cercanos, completamente consciente de lo que le espera. En medio de una conversación profundamente afectiva él desciende con ellos hasta el oscuro valle de cipreses, donde una vez, durante el reinado de los reyes, el fuego resplandeció, donde las abominaciones de la

idolatría fueron consumidas en honor de Jehová. Aquí él atraviesa el torrente del Cedrón, sobre el cual su antecesor del linaje real, el rey David, cuando huía de su hijo Absalón, pasó descalzo y vestido de cilicio, profundamente humillado por su propia culpa y la de su pueblo.

Conmovero por recuerdos solemnes, y envuelto en la contemplación de tipos y sombras significativos, el Salvador llega a la entrada del huerto de Getsemaní (prensa de aceite) al pie del Monte de los Olivos, donde

antiguos y gigantescos olivos, hasta el día de hoy, muestran al devoto peregrino el verdadero lugar donde el Señor de la Gloria lloró por la miseria humana, oró y agonizó por su redención. Nosotros sabemos que el Señor frecuentemente se retiraba a la soledad de aquel lugar apacible, después del calor y los quehaceres del día, a fin de fortalecerse una vez más para su grande obra, a través de una santa comunión con su Padre celestial. Lucas expresamente observa que él fue «como de costumbre» al Monte de los Olivos, pero sintiéndose como si nunca hubiese entrado en aquel retiro silencioso.

El himno de alabanza, con el cual él había dejado, juntamente con sus discípulos, el amistoso aposento en Jerusalén, ya había concluido hacía rato. La solemnidad del Señor había aumentado, y era evidente que su alma se tornaba cada vez más oprimida. Todos percibían el cambio en los sentimientos del Maestro, por eso los discípulos no encontraron extraño que al llegar a los portones del huerto, les dijese con profunda emoción: «*Sentaos aquí, entre tanto que yo oro*» (Mar. 14:32).

Los discípulos, obedientes a la orden de su Maestro, se sentaron a la entrada de aquel lugar, mientras que él, haciéndose acompañar de Pedro, Juan y Jacobo, sus amigos más cercanos, se dirigió hacia el interior del huerto. Por causa de su futura iglesia, es importante que haya testigos oculares de aquella escena solemne. Él también es impulsado a tomar a los tres discípulos consigo debido al sentimiento puramente humano de nece-

sidad de una comunión afectuosa y reconfortante en el conflicto que se aproxima. ¡Cuán beneficioso es, en tiempos de prueba, ser rodeados de amigos que vigilan y oran con nosotros! No era extraño a Cristo ningún sentimiento humano de necesidad. Él fue hecho en todas las cosas como nosotros, pero sin pecado.

La voz que sonó a través del huerto de Edén clamó: «Adán, ¿dónde estás tú?». Pero Adán se escondió temblando detrás de los árboles del huerto. La misma voz, y con una intención similar, es oída en el huerto de Getsemaní. El postrer Adán, en cambio, no se esconde, sino que se dirige al encuentro del Alto y Sublime Ser que lo convoca delante de él, exclamando resueltamente: «¡Aquí estoy!».

Vamos a seguirlo en dirección a la oscuridad de la noche. ¡Qué admiración nos invade! ¡Los seres que allí encontramos nos resultan muy conocidos, pero cómo ha mudado su apariencia! Todos están envueltos en una misteriosa oscuridad, y la angustia de nuestros corazones aumenta a cada momento ante la visión.

Es el propio Padre eterno que aquí preside el momento. No nos queda sino exclamar con Job delante de él: «*He aquí, Dios es grande y nosotros no le conocemos, ni se puede seguir la huella de sus años*» (Job 36:26). Su único y bienamado Hijo aparece delante de él en una posición que podría derretir de compasión hasta la roca más dura; pero la compasión parece extraña a él, Aquel que no obstante, dice a Sion: «¡Aunque una mujer se olvide su hijo que amaman-

Una y otra vez el Hijo se lanza al seno de su Padre con ardiente súplica; mas su oído espera en vano un favorable amén desde lo Alto.

ta, yo no me olvidaré de ti!». Nosotros somos tentados a irrumpir en un piadoso clamor con David: «¿Ha olvidado Dios el tener misericordia? ¿Ha encerrado con ira sus piedades?» (Salmo 77:9). ¡Observe, pues, qué escena! Una y otra vez el Hijo se lanza al seno de su Padre con ardiente súplica; mas su oído espera en vano un favorable amén desde lo Alto. No hay ni voz, ni respuesta, ni atención; como si el Eterno hubiese, con ira, retraído sus palabras: «*Invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás*» (Salmo 50:15); como si no tuviese más corazón para Aquel que se recostaba en su pecho antes de la fundación del mundo. La copa de horror no pasa del Sufriente afligido; por el contrario, su contenido se torna cada vez más amargo. Más fuertes suenan los clamores del Salvador agonizante, más urgente se torna su oración. Pero el Sublime Dios está en silencio, y el cielo parece trancado con millares de cerraduras. Un santo ángel, en persona, finalmente se aproxima. Pero ¿por qué solamente un ángel en vez de la inmediata y consoladora visión del Padre? ¿No parece casi una ironía que debiese ser enviada una criatura para fortalecer al Creador? ¿Y qué clase de fortalecimiento era ese que solamente fue atendido con un aumento del dolor? Pues nosotros lee-

mos: «*Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra*» (Lucas 22:44).

Ahora vamos a fijar nuestros ojos sobre el Salvador que padece. Difícilmente lo reconoceremos, tan envuelto está en una impenetrable capa de misterio y contradicción agonizantes. Él es el Hombre contemplado en el espíritu por Jeremías y descrito en las palabras: «Su corazón se conmueve y todos sus miembros tiemblan». Él es el Ser desolado que testifica de sí mismo en los Salmos: «*Mas yo soy gusano, y no hombre*» (Sal. 22:6). Él se presentó como el Redentor del mundo, y aún así, ¿quién parece requerir más liberación que él? Él sustenta el sublime título de «Príncipe de Paz», pero, ¿dónde hubo alguien más carente de paz que él? Vea cómo él se apega en un momento a su Padre, y en otro a meros seres humanos para confortar su alma abatida, y no encuentra lo que busca, sino que es obligado a volver desalentado. Sus ojos están llenos de lágrimas, sus labios de clamores, mientras su corazón está aplastado como en un lagar, lo que provoca un sudor como de sangre fluyendo de todas sus venas. ¿Es ese Aquel que una vez fue la fuerza del débil, el consuelo del afligido, el sostén del enfermo, el escudo del combatiente? ¿Es este el Santo de

Israel, quien anteriormente estaba preparado para todo, y que alegremente exclamó: «*El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón*» (Sal. 40:8).

Y ahora contemplemos también a sus discípulos, quienes llenan la medida de estas cosas incomprensibles. Mientras su Maestro está luchando con la muerte en indescriptible agonía, vemos incluso a los más selectos entre el pequeño grupo de discípulos, tirados en el suelo, vencidos por el sueño. Él los despierta, y casi les susurra que vigilen con él por apenas un poco de tiempo. Pero ellos duermen nuevamente, como si él les fuese indiferente, y dejan a su Maestro entregarse a los sufrimientos. Uno de ellos es aquel que dice: «*¡Aunque todos se escandalicen, yo no!*». «*¡Si me fuere necesario morir contigo, no te negaré!*» (Mar. 14:29, 31). Otro es el discípulo amado, el que cierta vez se reclinó en el pecho de Jesús. Y el tercero es aquel que anteriormente respondería afirmativamente, de forma tan resuelta, a la pregunta: «*¿Podéis beber del vaso que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?*». ¡Ved aquí la poca confianza que puede ser puesta en la fidelidad humana!

Pero vamos a contemplar este conflicto misterioso del Getsemaní un poco más de cerca. Jesús, con sus tres discípulos, sólo se había adentrado en el Huerto unos pocos pasos, cuando «*él comenzó* –delante de sus ojos– *a entristecerse y angustiarse en gran manera*» (Mateo 26:37). Con estas palabras, el relato nos da una indicación de que sin precedentes venía

ahora sobre él. Al mismo tiempo sugiere que la aflicción que lo acometió fue voluntariamente soportada por él, luego de la debida preparación. Marcos, según su forma peculiar de describir la escena horrible con más detalles, nos da una idea más clara del sufrimiento del Salvador, diciendo: «*Y comenzó a sentir pavor y angustia*» (Marcos 14:33, Biblia de Jerusalén). Él hace uso de una palabra cuyo origen sugiere una súbita y horripilante alarma delante de un terrible objeto. El evangelista, evidentemente, pretende insinuar de ese modo que la causa del temblor de Jesús debe ser hallada no en lo que puede estar pasando por su alma, sino en apariciones externas que se abalanzaban sobre él; algo se aproximó a él amenazando despedazar sus nervios, y esta visión amenazó congelar la sangre de sus venas.

Inmediatamente después del primer ataque, Jesús retorna a sus tres discípulos, con palabras que lanzan una fuerte luz sobre su más íntimo estado espiritual. Él dice: «*Mi alma está muy triste, hasta la muerte*» (Mar. 14:34). Esto no indica sólo la medida, sino también la naturaleza y clase de sufrimiento. Nosotros leemos en seguida, que «*él estaba en agonía*», o, como otros autores mencionan «*él luchó con la muerte*». Fue en los horrores de ese estado que nuestro Fiador se sintió colocado – no sólo en la posición de un observador, sino también en la misteriosa condición de penetrar en ellos. Pese a lo que los hombres puedan decir, los horrores del Getsemaní nunca podrán ser explicados satisfactoriamente, si no se apo-

Algo se aproximó a él
amenazando despedazar
sus nervios, y esta visión
amenazó congelar la san-
gre de sus venas.

yan en la idea de un Mediador. Una mera representación de la muerte del pecador, no podría haberse apoderado del Santo de Israel de manera tan aplastante. Él entró en un contacto mucho mayor con «el postrer enemigo». Él vació la copa de sus terrores.

Observe ahora que el nivel de intensidad de su sufrimiento aumenta. Con la sincera confesión: «Mi alma está muy triste, hasta la muerte», él se apresura a volver donde sus tres amigos, como Uno que, en su debilidad, acepta incluso el soporte y consolación más superficiales, y se dirige a ellos no ya como un maestro a sus siervos, sino como uno que está oprimido y con necesidad de fortalecimiento, a sus hermanos que tal vez puedan ser capaces de proporcionarle ayuda. «*Quedaos aquí, y velad*», les dice. Él quiere decir: «No me abandonen, vuestra presencia es de aliento para mí». No son ellos, sino él quien debe ser tratado con compasión.

«*Quedaos aquí*». En qué terribles condiciones él debe de haberse hallado, que hasta la visión de esos pobres y defectuosos discípulos parece tan deseable y benéfica para él. «*Velad conmigo*». Esta expresión describe más certeramente el sufrimiento de

su alma. Así, aunque hay la intención de advertir a sus discípulos para que permanezcan vigilantes en esta hora de tentación, él aún clama y ruega al mismo tiempo por la solidaridad y compasión de ellos, y posiblemente hasta incluso por su intercesión.

Él apenas había pronunciado estas palabras a sus discípulos, cuando se retiró y avanzó hacia el interior del Huerto a una distancia de un tiro de piedra. Aquí nosotros lo vemos humillándose hasta el suelo, primero sobre sus rodillas, y luego sobre su rostro. Entonces el clamor suplicante se impone, por primera vez, viniendo de su alma profundamente agitada: «*Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú*» (Mar. 14:36). Sí, él alegremente se hubiera liberado de la copa que le era dado beber, cuyo contenido era tan horrible; pues es un Hombre real que sufre dentro de él, susceptible a todo sentimiento doloroso. Él deseaba que le fuera apartada de él, pero solamente con la condición que le era invariable, que eso debería estar de acuerdo con el consejo de la voluntad del Padre. Él dice: «*Si es posible*» (Mateo 26:39); sin embargo, él no quiso decir esto en un sentido general, pues él ya había dicho: «*Todo es posible para ti*». Mas él piensa sólo en una posibilidad condicional, dentro de los límites del propósito para el cual él había sido manifestado al mundo.

Se puede preguntar: ¿Cómo puede Cristo todavía plantear si la redención de la humanidad puede ser realizada sin la cruz y sin el derramamiento de su sangre? Sin embargo,

ese no era su pensamiento. El argumento del Señor se restringe a los presentes horrores – la copa del Getsemaní. Pero dejemos que esta circunstancia nos recuerde nuevamente que la auto-renuncia del Hijo de Dios consistía esencialmente en su auto-despojamiento, hasta un cierto punto, de sus perfecciones divinas en general y, en particular, de su omnisciencia ilimitada. Como consecuencia, él estuvo en una posición de andar en el mismo camino de fe con nosotros, según la expresión del apóstol, *«por lo que padeció aprendió la obediencia»* (Hebreos 5:8).

La oración del divino Sufriente golpeaba la puerta de la sala de audiencia divina con toda la fuerza del fervor santo y resignación filial, mas ningún eco resonó en sus oídos. El Cielo mantuvo un profundo silencio. El Suplicante, entonces, levantándose del suelo, regresa nuevamente donde sus discípulos, pero los encuentra caídos en un sueño profundo. ¡Qué inconcebible! Él los despierta, y dice a Pedro, en primer lugar: *«Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora?»* (Marcos 14:37). ¡Una pregunta aplastante para el presumido discípulo, justamente aquel cuya boca se había llenado de declaraciones de fidelidad, incluso hasta la muerte! Él, entonces, dirige esta advertencia solemne a los tres: *«Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil»* (Marcos 14:38).

Lo que llevó al Señor de regreso a sus discípulos esta vez, además de la necesidad que él tenía de consolación para su alma turbada, fue su ardiente

afecto por ellos; como él mismo, ellos estaban rodeados por los poderes peligrosos e infernales. «La hora de las tinieblas», a la cual él se refirió como advertencia en una ocasión previa, había llegado finalmente. El príncipe de este mundo entraba en la escena con armadura completa. La estupefacción e inhabilidad misteriosas de los discípulos, manifiesta la influencia nociva de la atmósfera que ellos respiraban. Era, por lo tanto, necesario que ellos reuniesen todos los poderes de sus mentes y espíritu para no sucumbir a la tentación de la incredulidad y apostasía. Las palabras: «El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil» no deben ser entendidas como una disculpa para los que duermen, sino ser consideradas como una razón adicional para la advertencia que él les dirige.

El Señor regresa nuevamente al interior del sombrío huerto, y ora por segunda vez de una forma un poco alterada: *«Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad»* (Mat. 26:42). Uno de los evangelistas menciona que él oró con más vehemencia esta segunda vez. Él no quiere decir que el Señor haya suplicado más importunamente que antes para ser librado, sino que, al contrario, tan luego él percibió, por el silencio de su Padre celestial, que su petición fue rechazada, él se empeñó, con un creciente desprendimiento de energía, a entrar aún más profundamente en la obediencia de la fe. Entre tanto, su pavor interior seguía aumentando.

Después de levantarse de la oración, él buscó a sus discípulos nueva-

mente, pero los halló todavía dormidos –«*durmiendo de tristeza*», como la narración nos informa– «*porque los ojos de ellos estaban cargados de sueño*». Y siendo despertados «*ellos no sabían qué responderle*» (Mar. 14:40).

El Señor se retiró por tercera vez hacia la «soledad», y oró las mismas palabras. Un ángel desciende ahora al Salvador suplicante, y se aproxima a él a fin de «confortarlo». Esta aparición súbita de un ser celestial debe, en sí misma, haber conferido al Señor no poco aliento, luego de su confinamiento mental en la esfera de los hombres pecadores y espíritus perdidos. Probablemente la misión del ángel era de fortalecer su estructura agotada, y reavivar su espíritu desfalleciente, a fin de que en la última y más dolorosa parte del conflicto, por lo menos el cuerpo no sucumbiese. Pues inmediatamente después del retorno del ángel: «*Estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra*» (Luc. 22:44). ¡Qué grandioso! ¿No nos es dada, a través de esto, una percepción reveladora de la naturaleza e importancia de los sufrimientos de Emmanuel, e irradiada una creciente luz sobre el más oscuro y terrible momento de conflicto del Getsemaní?

Vamos a referirnos, una vez más, a aquella oración misteriosa en la cual el mundo queda muchas veces inclinado a tropezar. Se hace difícil hacer concordar el amor del Señor por la humanidad, su sumisión a la voluntad del Padre, su omnisciencia y su previa tranquilidad y resolución en anunciar los sufrimientos que lo

esperaban, con el hecho de que él pudiese desear súbitamente ser libre de esos sufrimientos.

Primeramente, en cuanto a la objeción proveniente de la omnisciencia de nuestro Señor, reiteramos lo que afirmamos anteriormente. La auto-renuncia del Hijo Eterno consistió esencialmente en esto: que durante su jornada en la tierra, él se despojó del uso ilimitado de todos sus atributos divinos, y dejando aquella eternidad que está encima del tiempo y del espacio, él entró en una existencia que está circunscrita al tiempo y al espacio, a fin de que pudiese recorrer el camino de la obediencia de fe, como nosotros mismos, y en él perfeccionarse como nuestra Cabeza, Sumo Sacerdote y Mediador. Como «el siervo de Jehová», cuyo título le es aplicado en el Antiguo Testamento, su función era servir, no dirigir; aprender sumisión, no ordenar; esforzarse y luchar, mas no reinar con orgullosa tranquilidad por encima de la esfera del conflicto. ¿Cómo habría podido esto ser posible para alguien que era igual a Dios, si no existiese esta limitación de sí mismo?

Todos sus conflictos y pruebas habrían sido apenas imaginarios e irreales. Él no cesó en ningún momento de ser realmente Dios, y de estar en la posesión plena de toda la perfección divina, pero él se abstuvo de ejercer todo eso, por cuanto no le fue permitido por su Padre celestial.

Observe, en segundo lugar, que el Señor en el Getsemaní no ora para ser librado de sus inminentes sufrimientos de un modo general, sino solamente por la remoción de los horro-

res que él estaba soportando entonces. ¿Cómo él podría desear alguna cosa contraria al consejo de Dios, Aquel que cuando sus discípulos lo exhortaron a no entregarse así a los sufrimientos los reprendió tan severamente? Él solamente pregunta si es posible que la copa pase de él, y se refiere a aquella copa solamente, cuya amargura y horrores él estaba experimentando en ese momento.

Finalmente, la duda en cuanto a si la urgencia de la oración de Cristo estaba en conformidad con su amor por los pecadores tanto como con su sumisión al consejo del Padre, es completamente carente de fundamento. Él solamente pregunta a su Padre, sin violentar el trabajo de la redención, si esta copa pudiera pasar de él. El tiene en vista sólo esta posibilidad condicional y no reivindica la omnipotencia divina para su liberación. Eso es claramente mostrado por ello que precede a su pregunta: Dice: «Padre, todo es posible para ti», por medio de lo cual él quiere decir: «Yo bien sé que mi conflicto terminará satisfactoriamente para ti, mas ¿podrías desear que acabe sin frustrar la redención de los pecadores? Si no, entonces rechaza mi pedido; yo beberé toda la copa hasta el fin».

Su obediencia al Padre se compara a su amor por él. El lenguaje inmutable de su corazón era: «No mi vo-

luntad, sino la tuya». Tan pronto él se aseguró, por el silencio continuo de su Padre celestial, que el mundo no podría ser redimido de otra forma sino a través del hecho de él vaciar completamente esta copa, él no permitió que el deseo de evitar el sufrimiento fuese oído nuevamente; pero con las palabras: «Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad» (Mateo 26:42), él consumó el gran sacrificio de la resignación voluntaria de su yo sometándose a la voluntad del Padre.

La copa de horror fue vaciada hasta el final. Nuestro Señor se levanta del suelo y se apresura a regresar a sus discípulos. Su comportamiento, disposición y conducta fueron ahora esencialmente diferentes, y demuestran valor y conciencia de la victoria.

Lo contemplamos surgiendo triunfalmente del conflicto, y armado y preparado para todo lo que está por suceder. «¿Todavía estáis durmiendo y descansando?» (Marcos 14:41, Biblia de las Américas). Él comienza a decir con seriedad reprobadora: «Basta ya». Lo que él quiere decir es: «Ustedes no necesitan más vigilar a mi favor; yo no necesito más de la asistencia de ustedes. Mi conflicto terminó».

Pero ¿qué quiere decir la palabra «basta ya»? Qué más quiere decir

El Campeón de Israel va al frente a atacar y vencer,
en nuestro lugar, a la muerte, al infierno, y al diablo,
en sus más fuertes dominios.

sino: «El sueño de ustedes terminará ahora?». Las palabras que siguen inmediatamente requieren esta explicación: «*La hora ha venido; he aquí, el Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores*». Él intenta decir con estas palabras: «El cuerpo ahora está turbado, y vuestra libertad está en peligro, ¿quién podrá dormir bajo tales circunstancias?». Él sabe qué hora ha golpeado. No sin algún grado de aprensión, pero todavía como perfecto maestro de sus sentimientos, él valerosamente se prepara para ser entregado en mano de pecadores, con quienes, por esta expresión, él evidentemente se contrasta como el Santo.

«*Levantaos*», dice al fin, expresión de la resolución valerosa que su lenguaje suspiró. «*¡Vamos*», agrega, «*he aquí, se acerca el que me entrega!*». ¡Qué apelación espontánea es esta! El

Campeón de Israel va al frente a atacar y vencer, en nuestro lugar, a la muerte, al infierno, y al diablo, en sus más fuertes dominios. Vamos nosotros en adoración a doblar nuestras rodillas delante de él y acompañarlo con aléluas.

Así la escena más misteriosa de la que el mundo jamás haya sido testigo pasó delante de nosotros en todas sus circunstancias conmovedoras. En ningún martirio terrestre existe cosa alguna que corresponda, aunque remotamente, al conflicto del Getsemaní. Es obvio, por el contrario, que al considerarlo, nosotros tratamos con sufrimientos que son únicos en su naturaleza. Atribuyamos acciones de gracias, y bendiciones, y alabanzas a él que soportó tan grandes cosas por nosotros.

*Tomado de The Suffering Saviour;
A Maduridade.*

* * *

Amor a los musulmanes

El misionero holandés Hermano Andrés fundador del ministerio *Puertas Abiertas* predicó el amor de Jesús a Hamas, a los talibanes y a clérigos musulmanes en Irán donde el misionero de 79 años fue invitado a aparecer en la televisión nacional iraní. Él personalmente ha bautizado cantidades de musulmanes radicales y nos desafía a seguir sus pasos: "Las puertas están abiertas, sus corazones están abiertos, pero ¿estamos nosotros abiertos?".

"Nosotros hemos creado una imagen enemiga de los musulmanes", cuenta el Hermano Andrés. "Tememos que fundamentalistas adquieran armas nucleares o emigren a Occidente y tomen nuestros vecindarios, imponiendo la ley Sharia". Pero tal vez la verdadera razón porque tememos a los musulmanes es porque no queremos decirles: "Dios te ama". "¿Vemos a miembros de Al-Qaeda o Hamas como potenciales templos del Espíritu Santo? No lo conocerán si no oramos por ellos, y si alguien en quien Cristo more no va a ellos. Yo creo que Dios está llamando a los cristianos a unirse en un nuevo 'jihad' – uno de perdón, amor radical y oración".

Tres claves para el crecimiento espiritual.



El camino del crecimiento espiritual

Antes de considerar las leyes del crecimiento espiritual, es necesario tener una preocupación real por ese crecimiento. Debe haber en nosotros un fuerte sentido de su importancia y necesidad. Debemos comprender de una manera viva que:

1. La medida de nuestra total satisfacción al Señor será la medida de la plenitud de Cristo.

2. La medida de nuestra valoración para otros dependerá entera-

mente de nuestra propia medida espiritual: no meramente de lo que nosotros creemos, pensamos o decimos.

3. La medida de nuestro propio gozo y satisfacción dependerá de la llenura de Cristo que conocemos y vivimos.

Porque estas tres cosas constituyen la naturaleza entera *de*, y *la razón*

T. Austin-Sparks

de, nuestro llamamiento «a la comunión con el Hijo de Dios», el noventa por ciento del Nuevo Testamento se ocupa del crecimiento y madurez de los creyentes.

Del mismo modo que existen leyes definidas de crecimiento en el hombre físico y mental, las hay en el 'hombre interior'. Algunas de ellas son bastante obvias, como la alimentación apropiada y conveniente, el aire puro, el ejercicio regular y la autodisciplina sistemática. Violar o descuidar cualquiera de estas leyes del cuerpo y de la mente detiene el desarrollo, limita la capacidad, y abre la puerta a elementos adversos y destructivos.

Hay leyes correspondientes –contraparte de las ya mencionadas– en la vida espiritual, con efectos similares para bien o para mal en su observancia o descuido. No nos referiremos aquí a estos factores particulares, sino que especificaremos otros tres, aunque relacionados: las leyes del crecimiento espiritual.

El primero de éstos es:

Esa cosa poco atractiva – la obediencia

Naturalmente, a nadie le gusta esa palabra. Es desagradable desde la infancia. Su esencia misma parece implicar la presencia de por lo menos el peligro de la desobediencia, y la aversión natural universal a ella, más que implicar, *demuestra*, la presencia

de un deseo de ser libre de cualquier obligación o ley. Sí, esa rebelión primitiva y ruptura con Dios que fue el principio del pecado real, ha entrado como el veneno de la Serpiente en la sangre misma – el arroyo de la creación entera, y la sola mención de la obediencia revuelve una antipatía secreta, si no el resentimiento.

Tomaría demasiado espacio mostrar cómo, a través del tiempo, la única cosa que ha sido el obstáculo supremo de Dios en la relación del hombre con Él ha sido esta desobediencia inherente como la expresión activa de la incredulidad. Por otro lado, tomaría volúmenes mostrar totalmente cómo cada movimiento en la comunión con Dios en Sus grandes propósitos ha estado basado en la exigencia de una obediencia a la fe; una prueba, un desafío y un conflicto que conducen a una rendición voluntaria a la voluntad divina en alguna dirección general o particular.

Aquí, nuestra única intención es apuntar y enfatizar el hecho de que no hay ninguna posibilidad del más leve verdadero y genuino progreso y crecimiento espiritual más allá del punto de la luz recibida –el Señor mostrando Su mente– si no ha habido una respuesta definitiva en obediencia práctica. El tiempo no cambia esto, y no importa cuán lejos vayamos, o nos imaginemos que el asunto ya es cosa del pasado, cuando por fin surge la cuestión real de la aproba-

El noventa por ciento del Nuevo Testamento se ocupa del crecimiento y madurez de los creyentes.

Hay un reino de obediencia que no es ley sino amor, y el amor transforma lo ingrato en delicia.

ción para un fin particular, nos traerá de nuevo al obstáculo de esa obediencia reservada. Es como la presencia y el funcionamiento secreto de alguna lesión en el sistema físico que se delata cuando una demanda particular aparece años después. Dios no vive en el tiempo. Todo el pasado y el futuro están presentes con Él.

Pero hay un reino de obediencia que no es ley sino amor, y el amor transforma lo ingrato en delicia. De ahí que el apóstol Pablo, cuando requiere una obediencia que haga posible un crecimiento espiritual, plantea el tema en base al amor, y entonces da el ejemplo supremo de la obediencia de amor: «*Que este sentir esté en ustedes, el cual también estaba en Cristo, el cual ... haciéndose obediente*» (Fil. 2:5, 8). Son aquéllos cuyo amor por el Señor los lleva a un veloz accionar en relación a la luz recibida, quienes hacen rápido avance, y son vistos creciendo en belleza delante del Señor. Por otro lado, aquéllos que son desuicados o rebeldes cuando el Señor ha hablado, y tardíos en contestar – de modo práctico – son marcados por reiteradas derrotas, ratos recurrentes de nebulosidad espiritual e incapacidad para enfrentar un llamado de emergencia cuando éste surge. De-

masiado a menudo esta falta de obediencia, o la desobediencia positiva, es debida a su origen en Satanás – el Orgullo.

La segunda cosa en ser mencionada aquí es:

Esa cosa no reconocida – la ajustabilidad

Una de las causas más comunes de la debilidad espiritual es la inmovilidad. Es particularmente común en el ámbito donde la verdad cristiana se ha reducido a una forma, orden, sistema y credo fijos. Las doctrinas de la Cristiandad son tales y tales; son muchas. Las ideas aceptadas y establecidas de servicio y métodos cristianos son demasiadas. Pedro tenía su posición fija acerca de los judíos y los gentiles, y debido a eso estuvo en peligro de desbaratar el propósito más grande de Dios, y presentó al Señor en medio de un verdadero campo de batalla. Él se puso muy resueltamente en una posición irrevocable que cerraba la puerta a la revelación más plena acerca de lo que Dios quiere decir por Su Palabra.

El hecho es que Dios sólo nos da la luz suficiente para lograr que demos el próximo paso, pero cuando ese paso ha sido dado, estamos en camino de apreciar cuánto más amplio era el pensamiento del Señor que lo que Él nos había mostrado. Las primeras expectativas de muchos siervos del Señor en la Biblia, resultantes de algo que el Señor les dijo, fueron más tarde vistas no como la totalidad de lo que Él realmente quiso decir, sino que había algo más, y quizás otra cosa diferente de la que ellos

pensaron originalmente.

¿Puede alguien en realidad discutir que la luz plena muy a menudo significa un derrame de cosas e ideas que *nosotros pensamos* era de Dios?

¿No es verdad que, cuando nosotros *avanzamos*, encontramos que ciertas guías del Señor eran tácticas, para llevarnos a cierto punto donde nosotros solos pudiéramos aprender de una necesidad mayor? Hay muchísimo respecto a este tipo de cosa en relación a ambos: doctrina y práctica, y el servicio –su naturaleza y formas–, y mientras los *principios* divinos no cambiarán por toda la eternidad, la envoltura de esos principios puede variar y puede cambiar con las dispensaciones, las generaciones y las fases de nuestras propias vidas.

En todo esto –mientras *la Verdad* permanece inalterable– la única manera de crecer es ser ajustable y no estático y fijo. ¿Te atan tus tradiciones religiosas de tal manera que no eres libre para moverte con Dios? Si Él ve que esto es así, Él no puede darte la luz necesaria para que te amplíes. Pero si Él ve que, aunque tú puedas estar en una posición *comparativamente* falsa, tu corazón está puesto en Su llenura a toda costa, Él puede presentarte con luz que probará seriamente tu ajustabilidad. Vean el caso de los discípulos de Juan el Bautista transfiriendo su discipulado a Cristo. Vean el caso de Pedro y lo que pasó en casa de Cornelio. También el caso de Apolos en Hechos 18:24-28; como también los discípulos mencionados antes en ese capítulo.

Nuestro tercer principio de crecimiento es:

Ese crítico punto del compromiso

Muy a menudo todo el alud de la obra divina en nuestras vidas –un alud construido tan silenciosa y suavemente como los copos de nieve agregados a los Alpes– sólo espera para moverse con poder aplastante hacia ese final –y todo inclusivo– acto de compromiso. Nosotros esperamos; pensamos, luchamos, contemplamos, analizamos, damos vueltas y vueltas; razonamos y argüimos; reconocemos que no hay nada más que hacer, y aun lo declaramos; incluso llegamos al punto en que la cuestión está resuelta en nuestra convicción y aceptación, y pensamos que hemos pasado la valla, pero nada sucede, nada resulta. ¿Por qué es eso? El Señor sabe más que nosotros acerca de lo engañoso de nuestro corazón.

Un pacto tiene dos partes, y en el Antiguo Testamento se conectaron dos sacrificios con un pacto; una parte representando a Dios, y la otra al oferente; ambas partes del pacto fueron sacrificadas (Ver a Abraham en Génesis 15). ¡Tiene que haber una víctima de algo *en nuestro lado!* En otras palabras, Dios está esperando hasta que hayamos quemado nuestras naves detrás de nosotros. Aun-

Dios está esperando hasta
que hayamos quemado
nuestras naves detrás de
nosotros.

que nos podemos acercar a la orilla de Su voluntad y propósito para nosotros, no habrá nada del lado de Dios mientras nuestros barcos aún quedan en la ribera para que, si las cosas realmente no resultan como nosotros esperamos, todavía podamos retirarnos. Ese barco es una evidencia de la duda o la reserva. Debe ser quemado, para que –cualquiera sea la consecuencia– nosotros no tengamos ninguna alternativa.

El joven creyente no crecerá a menos que él o ella hagan un compromiso en testimonio, permitiendo así que otros sepan dónde ellos están establecidos. La ley tiene un buen lugar en cada fase de desarrollo y progreso. Si gobierna la *política*, o el temor, o consideraciones como *de qué manera* tal

paso afectará a nuestras perspectivas, o cualquier otra que choca con lo que nosotros sabemos en lo más profundo de nuestros corazones es la manera indicada para nosotros –para *nosotros*–, esas cosas son barcos o puentes que representan una falsa política de ‘seguridad ante todo’. Como cuando los corderos que balaban fueron preservados por Saúl, el dedo de Dios apuntará a ellos y dirá: ‘¿Qué significan esos barcos?’. Dios esperará por la rendición plena y final sin reservas, y rehusar sólo tendrá como consecuencia verse envuelto en la confusión, o convertirse en un inadaptado, habiendo perdido lo primero y mejor de Dios, o perdiéndolo todo.

*Traducido de
«A Witness and A Testimony», Vol. 24-1, 1946.*

* * *

Ellos no lo oyen

Algunos años atrás un amigo mío contemplaba el panorama desde la cima de una montaña en el estado de Carolina del Norte. Los caminos en aquellos días tenían muchísimas curvas y resultaba difícil ver lo que había por delante. El hombre en la montaña vio a dos automóviles que, desde direcciones opuestas, se dirigían uno hacia el otro. Se dio cuenta que no podían verse. Apareció un tercer vehículo que empezó a sobrepasar uno de los dos automóviles, a pesar de no contar con la visibilidad suficiente para ver al otro vehículo que se aproximaba por la curva. Mi amigo gritó para advertir el peligro, pero los conductores no podían oírlo, y se produjo un choque fatal. El hombre en la montaña lo vio todo.

Así es como Dios nos ve en su omnisciencia. Ve lo que ha sucedido, lo que sucede y lo que sucederá. En las Sagradas Escrituras Dios nos advierte repetidamente que nos esperan dificultades, problemas, sufrimientos y juicio. Y también repetidamente ignoramos sus advertencias.

Billy Graham, en Hasta el Armagedón

Citas Escogidas

No es tonto aquel que renuncia a aquello que no puede mantener, para ganar aquello que no puede perder.

Jim Elliot

La mies está tan alta, que no podemos ver las cercas.

George Beverly Shea

Hablarles a los hombres de parte de Dios es una cosa grande, pero hablarle a Dios a favor de los hombres es aún mayor.

E. M. Bounds

Puedes dar sin amar, pero no puedes amar sin dar.

Amy Carmichael

Dios ama a cada uno de nosotros como si no hubiera ningún otro a quien amar.

Agustín de Hipona

Los dones que no se ejercen son como los suaves perfumes que dormitan en los cálices de las flores.

C. H. Spurgeon

Nadie puede hacer todo solo, sin hacer un caos de todo.

Richard Wurmbrand

Quien no permite que Dios trabaje en él, no puede trabajar para Dios.

Watchman Nee

La oración es la manera en que se nutre la vida de Dios dentro de nosotros.

Oswald Chambers

Las flores dejan parte de su fragancia en la mano que las entrega.

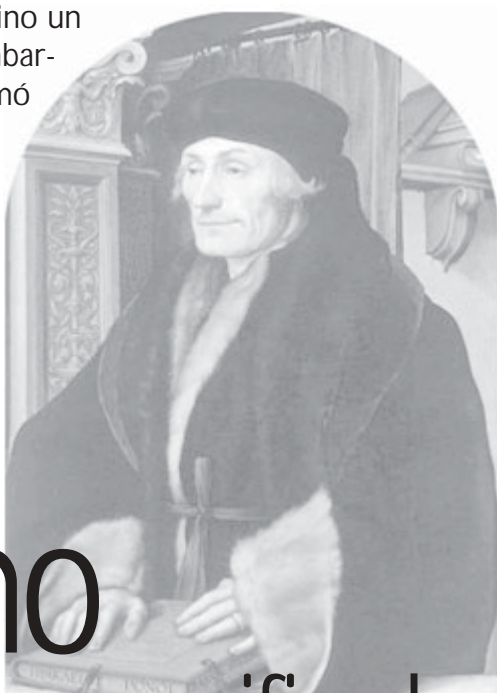
Anónimo

Cada vez que usted hace algo para su hijo que él puede hacer por sí mismo, usted está formando un lisiado emocional.

Howard G. Hendricks

* * *

No fue un reformador, sino un hombre de letras. Sin embargo, el espíritu que le animó durante los turbulentos días de la Reforma es un ejemplo para la posteridad.



Erasmus

precursor y pacificador

(2ª Parte)

Erasmus de Rotterdam nació en 1466, hijo ilegítimo de un seminarista y su ama de llaves. Su primera educación la recibió de los «hermanos de la vida común», con un énfasis en la vida interior. Sacerdote sin vocación, a los 26 años se comienza a relacionar con altas personalidades de la Iglesia y la cultura, dedicándose con pasión a los estudios clásicos. Tempranamente se hace famoso gracias a su obra «Adagios», y se hace célebre con la publicación de «Elogio de la Locura», a los 43 años de edad. En esta obra, Erasmo logra realizar ácidas críticas a la Iglesia establecida, mediante un artificio literario, que le exime de recibir condena por ellas. Sin embargo, lo que más influyó para el surgimiento de la Reforma fue la publicación, en 1516, de su Nuevo Testamento en griego y latín, conocido como «Textus Receptus», el cual es la base de todas las traducciones del mismo a las lenguas modernas. Gracias a sus altas dotes intelectuales, a su refinamiento y diplomacia, Erasmo se gana el favor de intelectuales, reyes y prelados. Se hace amigo de todos, pero no se compromete con nadie.

Erasmus y Lutero

Como se ha dicho, la publicación bilingüe del Nuevo Testamento en griego y latín, sirvió a Lutero y a los reformistas para un estudio más objetivo de las Escrituras. Lutero admiraba a Erasmo, y cuando Lutero publicó sus 95 tesis, Erasmo pudo percibir claramente la valentía y temeridad del joven agustino. «Todos los buenos aman la sinceridad de Lutero», dijo. «Lutero ha censurado muchas cosas de modo excelente, pero es una lástima que no lo haya hecho con mayor mesura. Me parece que se alcanza más con la modestia que con la violencia. Así sometió Cristo al mundo».

Lo que preocupaba a Erasmo no eran las tesis de Lutero, sino el tono de la elocuencia, el acento ampuloso y exagerado que aparece en todo lo que escribía y hacía Lutero. Dado su carácter pacífico y prudente, Erasmo hubiera preferido una discusión académica, circunscrita al círculo de las gentes instruidas. En cambio Lutero, que era puro corazón y vehemencia, hacía las cosas de manera muy diferente. Erasmo pensaba que el hombre espiritual sólo debía formular claramente las verdades, para que éstas sean las que hagan el trabajo, y no tener que sacar la espada para defenderlas.

Desde el principio, Lutero se esforzó por ganarse el apoyo de Erasmo. Por sugerencia de Melancthon, le escribió el 28 de

marzo de 1519, una carta muy encomiástica; pero la respuesta de Erasmo no fue la que aquél esperaba. En su parte final, Erasmo contestó: «En cuanto cabe, me mantengo neutral para mejor poder fomentar las ciencias que de nuevo comienzan a florecer, y creo que se alcanzará más con una reserva hábil que con una intervención violenta». Y acto seguido aconseja a Lutero que guarde moderación.

Lutero transformó los planteamientos de Erasmo en un ataque contra el papado. Como dicen los teólogos católicos: «Erasmo puso los huevos que empolló Lutero». (A lo que Erasmo habría de responder con la no menos conocida ironía: «Sí, pero yo esperaba un pollo de otra clase»). Donde uno abrió prudentemente la puerta, el otro se precipitó con toda impetuosidad; y el mismo Erasmo tuvo que confesar, dirigiéndose a Zuinglio: «Todo lo que exige Lutero, también lo había enseñado yo, sólo que no con tanta violencia, ni con aquel lenguaje que está siempre buscando los extremos».

Lo que los separaba, a juicio de Erasmo, era el método. Ambos formularon el mismo diagnóstico: que la Iglesia se encontraba en peligro de muerte, que perecía internamente a causa de sus venalidades. Pero mientras Erasmo prescribe un lento y progresivo tratamiento, Lutero se lanza a realizar un corte sangriento. Erasmo afirmaba: «Mi firme decisión es de

Desde el principio, Lutero se esforzó por ganarse el apoyo de Erasmo.

dejar más bien que me despedacen miembro a miembro que favorecer la discordia, especialmente en cosas de fe».

Existía, con todo, una diferencia más profunda. El gran abismo que los separó definitivamente fue su visión de lo que realmente necesitaba ser reformado: Para Erasmo eran la moral y la conducta depravada y escandalosa del clero; para Lutero, era la teología misma, que hacía depender la salvación de los méritos humanos y no de la «sola» gracia.

Al parecer, en este punto, la razón estaba del lado de Lutero. La Cristianidad no solo había trastocado la moral del cristianismo, sino también su misma esencia. Por supuesto, el monergismo¹ extremo de Lutero en este aspecto, como se explica más adelante, terminó por alejar al 'humanista' Erasmo de sus planteamientos, quien, como todo buen renacentista, no podía tolerar una visión tan negativa de la condición humana.

Erasmo, el pacifista

Erasmo prevé que la pelea que está librando Lutero puede traer consecuencias religiosas y sociales impredecibles, y trata vanamente de evitarlo.

En medio de todo un ambiente enfervorizado, Erasmo representa la razón y la prudencia. Armado solamente de su pluma, defiende la uni-

dad de Europa y la unidad de la Iglesia contra lo que él considera es la ruina y el aniquilamiento.

Erasmo inicia, entonces, su misión de mediador con el intento de apaciguar a Lutero. «No siempre debe ser dicha toda la verdad. Depende mucho del modo como se la diga». Intenta hacerle ver que él está enseñando el evangelio de manera poco evangélica. «Desearía que Lutero, durante algún tiempo, se abstuviera de toda discusión, y se dedicara a las cuestiones evangélicas de un modo puro y sin mezcla de otra cosa alguna. Tendría mayor éxito». Erasmo temía que las cuestiones teológicas, discutidas a gritos delante de las muchedumbres inquietas y acostumbradas a las pendencias, podría producir una rebelión social sangrienta.

Pero tal como Erasmo aconseja a Lutero la prudencia y la moderación, escribe al papa y los obispos para aconsejar también. Les dice que tal vez se haya procedido con excesiva dureza al enviar a Lutero la bula de excomunión; que en Lutero hay que reconocer siempre un hombre totalmente honrado, cuya conducta en general es loable. «No todo error es por ello una herejía. Ha escrito muchas cosas más bien precipitadamente que con mala intención».

Erasmo era un convencido pacifista. No menos de cinco escritos compuso contra la guerra en un tiempo de continuas luchas. Uno de sus adagios dice: «Sólo es dulce la guerra para quienes no la han experimentado». Sus denuncias eran categóricas: «Se ha llegado a tal punto, que pasa

¹ Doctrina que enseña la operación exclusiva de la voluntad divina en la salvación, sin participación de la voluntad humana, vale decir, de modo irresistible; en oposición al *sinergismo*, en el que la voluntad humana ya coopera, asiente o se somete a la voluntad divina (siempre socorrida, ayudada, o capacitada por la gracia), o bien la resiste.

Erasmus era un convencido pacifista. No menos de cinco escritos compuso contra la guerra en un tiempo de continuas luchas.

por bestial, necio y anticristiano el que se hable contra la guerra». Erasmo reprocha fuertemente a la Iglesia por haber renunciado a la paz: «¿No se avergüenzan los teólogos y maestros de la vida cristiana de ser los principales incitadores, promotores y fomentadores de aquello que nuestro Señor Jesucristo odió tanto y de modo tan grande?» – exclama con ira. «¿Cómo pueden reunirse el báculo episcopal y la espada, la mitra y el casco, el evangelio y el escudo?

¿Cómo es posible predicar a Cristo y la guerra, con la misma trompeta proclamar a Dios y al demonio?». Para Erasmo, el ‘eclesiástico belicoso’ no es otra cosa que una contradicción a la Palabra de Dios.

Pero ni Lutero ni Roma escuchan la voz del pacificador. Los ánimos estaban encendidos, y nada los podría apagar. Mucha sangre habría de derramarse, puesto que cada uno de los bandos olvidó completamente las más profundas enseñanzas del evangelio. Cuando los argumentos no bastaron, la espada comenzó a hablar.

Erasmus vive días difíciles. No puede defender con sincero corazón a la iglesia del papa, ya que él, en esta lucha, fue el primero en censurar sus abusos y exigió su renovación; pero tampoco puede alinearse con los protestantes, porque no llevan al mundo la idea de su Cristo de paz, sino que se han convertido en rudos

fanáticos. «Ellos se alzan como los únicos interpretes de la verdad. En otro tiempo, el evangelio volvía dulces a los bárbaros, bienhechores a los bandidos, pacíficos a los pendencieros, bendecidores a los maldicientes. Pero éstos ahora, exaltados y sin control, cometen toda clase de atropellos y hablan mal de la autoridad. Veo nuevos hipócritas, nuevos tiranos, pero ni una chispa de espíritu evangélico».

Todos pretenden ganar a Erasmo para su causa, pero él no se casa con ninguno. Tampoco los desecha; antes bien, escribe cartas pacifistas a uno y otro lado. Justifica así su postura: «No puedo hacer otra cosa sino odiar la discordia y amar la paz y la comprensión entre las gentes, pues he reconocido cuán oscuro son los asuntos humanos. Sé cuánto más fácil es provocar el desorden que apaciguarlo. Y como no confío, para todas las cosas, en mi propia razón, prefiero absterme de enjuiciar, con plena convicción, el modo de ser espiritual de otra persona. Mi deseo sería el de que todos reunidos combatieran por la victoria de la causa cristiana y del evangelio de la paz, sin violencias, y sólo en el sentido de la verdad y de la razón, en forma que nos pusiéramos de acuerdo ... Pero si alguien desea enredarme en la confusión, no me tendrá consigo como guía ni como compañero».

En una carta dirigida a un fanático amigo, que es rechazado por ambos partidos, y que busca su apoyo, le dice: «En muchos libros, en muchas cartas y en muchas discusiones he declarado inflexiblemente que no quiero verme mezclado en ningún asunto partidista ... amo la libertad; no quiero ni puedo servir jamás a un partido».

Pero, el no tomar partido fue una jugada peligrosa, porque se sabe que los indecisos son atacados por igual por cualquiera de los bandos en pugna, o por ambos a la vez.

Una discusión teológica

Las presiones eran tan grandes sobre Erasmo, que en 1524 se decide a escribir una obra que trata un tema meramente académico pero en el que muestra su controversia con el luteranismo: *De libero arbitrio* (*Sobre el libre*

así. En uno de sus libros publicado en 1524, él declara no tener «gusto alguno por establecer afirmaciones inmovibles», que siempre se inclina personalmente hacia la duda, aunque gustoso, acepta someterse a las Sagradas Escrituras y a la Iglesia. Por otra parte –continúa– en las Sagradas Escrituras estos conceptos están expresados de un modo misterioso y que no puede ser profundizado por completo; por ello, encuentra también peligroso negar, tan en absoluto como lo hace Lutero, la libertad de la voluntad humana.

Esto no significa, según Erasmo, que la afirmación de Lutero sea totalmente falsa, pero tiene reparos hacia la afirmación de que todas las buenas obras que haga el hombre no produzcan fruto alguno ante Dios y sean superfluas. Si, como quiere Lutero, todo se somete únicamente a la misericor-

Decepcionado y triste, Erasmo está cansado de la vida.
«Mis enemigos aumentan, mis amigos desaparecen».

albedrío). Lutero era un recalcitrante agustiniano en lo referente a la predestinación. Para Lutero, la voluntad del hombre permanece siempre cautiva de la voluntad de Dios. No le atribuye ningún gramo de libertad, pues todo lo que realiza ha sido previsto por Dios; por medio de ninguna obra, de ningún arrepentimiento, puede el hombre alzar su voluntad y libertarse de esa trabazón: únicamente la gracia de Dios es capaz de dirigir al hombre al buen camino.

Erasmo no pensaba exactamente

así. ¿qué sentido tendría aún para los hombres el realizar el bien? Se debería dejar siquiera al hombre la ilusión de su libre voluntad, a fin de que no se desespere y no se le aparezca Dios como cruel e injusto. Y agregaba: «Me adhiero a la opinión de aquellos que entregan algunas cosas a la voluntad libre, pero la mayor parte a la divina misericordia, pues no debemos tratar de desviarnos del Escila del orgullo para ser arrojados contra el Caribdis del fatalismo». Erasmo pensaba que la responsabili-

dad personal es necesaria para que el hombre no se convierta en un ser negligente e impío.

La verdad es que Lutero llegó a una postura casi antinomianista² con su afirmación, «simultáneamente justo y pecador» al explicar la doctrina de la justificación. El planteamiento de Lutero, sin ser errado, era incompleto, y derivó fácilmente en una especie de nominalismo exterior y sin realidad entre algunos de sus seguidores. La solución que propuso Erasmo era una especie de compromiso intermedio entre el catolicismo y el protestantismo de sus días. La voluntad está corrompida, pero no completamente, de manera que aún quedan rastros de libre arbitrio en el hombre. La gracia de Dios libera al libre arbitrio, para que este coopere con ella. Decía Erasmo a los luteranos: «Concordemos en que somos justificados por la fe, esto es, que los corazones de los fieles son justificados por la fe, con tal de que reconozcamos que las obras de caridad son esenciales para la salvación».

Ahora bien, se debe reconocer que Lutero había captado algo de la esencia del evangelio que tal vez Erasmo nunca llegó a captar. Su grito «sola fe, sola gracia y sola Escritura», no era un simple desacuerdo sobre 'pormenores', sino un asunto que tocaba la médula misma de la fe. Quizás no se pueda simpatizar con la ve-

² Término acuñado por el mismo Lutero para definir los planteamientos de Juan Agrícola, quien enseñaba que la gracia liberaba a los creyentes tanto de la obligación, como de la responsabilidad de guardar la ley moral de Dios. Por cierto estas ideas existían desde antes de Lutero y su tiempo.

hencia extrema con que Lutero defendió sus puntos de vista, pero sí con su ardor por defender la esencia del evangelio, que para él había sido la luz misma de la revelación divina después de la oscuridad.

Pero, Lutero no habría de perdonar tal desacuerdo de Erasmo, y desde ahí en adelante lanza fuertes diatribas contra él. Lo califica de «hombre astuto y pérfido que se ha mofado juntamente de Dios y de la religión», y que «día y noche está inventando palabras ambiguas, y cuando se piensa que ha dicho mucho, no ha dicho nada». Con furia, les dice a sus amigos a la mesa: «Dejo consignado en mi testamento, y os tomo a todos como testigos, que tengo a Erasmo por el mayor enemigo de Cristo, tal como en mil años jamás hubo otro alguno».

Huyendo del furor de las pasiones

Erasmo, entre tanto, busca la tranquilidad para dedicarse a sus labores académicas. Sin embargo, aún Basilea es alcanzada por la furiosa ola. La muchedumbre asalta las capillas y quita las imágenes. Erasmo se ve obligado a emigrar otra vez.

Su próximo destino será Friburgo, en Austria. «Por lo que veo mi destino es ser lapidado por las dos partes en disputa, mientras yo pongo todo mi empeño en aconsejar a ambas partes», decía. En Friburgo, los amigos le reciben con un palacio dispuesto, pero elige vivir en una casita pequeña junto a un convento de frailes, para trabajar allí en silencio y morir en paz.

La historia no podía crear un sím-

bolo más grandioso para este hombre de consensos, que en ninguna parte es aceptado porque no acepta inscribirse en ningún bando: de Lovaina tuvo que huir porque la ciudad era demasiado católica; de Basilea, porque llegó a ser demasiado protestante.

Desde su casa en Friburgo, Erasmo contempla a la distancia cómo la violencia aumenta cada día. Entre Roma, Zurich y Wittenberg se guerrea bárbaramente; entre Alemania, Francia y Francia e Italia y España se suceden infatigablemente las campañas militares, como errantes tempestades; el nombre de Cristo ha llegado a ser grito de guerra y penión para acciones militares.

Ya no tiene sentido seguir siendo un mediador y reconciliador en una época así. La humanidad culta, hermanada por la fe y la cultura, es un sueño que se rompe definitivamente para Erasmo. Nadie aspira a comprender a otro, las doctrinas se lanzan a la cara del enemigo como si fueran estiletes.

Su propia figura ha caído en el descrédito. En París queman a su amigo y traductor; en Inglaterra sus amigos Tomás Moro y John Fisher caen bajo la guillotina. Cuando Erasmo recibe la noticia, balbucea débilmente: «Es como si yo hubiese muerto con ellos». Zuinglio, con quien ha intercambiado cartas y palabras amables, había sido muerto a mazazos en Kappel; Tomas Münzer fue martirizado horriblemente. A los anabaptistas se les arranca la lengua, a los predicadores se les despedaza con tenazas al rojo, y los queman amarrados al

poste de los herejes; queman los libros, queman las ciudades.

Decepcionado y triste, Erasmo está cansado de la vida. «Mis enemigos aumentan, mis amigos desaparecen». Entonces surge de sus labios la súplica «que Dios me llame por fin hacia sí fuera de este mundo lleno de furor».

No obstante, Erasmo continuó en Friburgo con su incansable actividad literaria, llegando a concluir su obra más importante de este período: el «Eclesiastés» (o 'Qohelet', llamado 'El Predicador'), paráfrasis del libro bíblico del mismo nombre, en la cual el autor afirma que la labor de predicar es el único oficio verdaderamente importante de la fe católica. Este concepto, curiosamente, es típicamente protestante.

Por motivos que los historiadores no han logrado desentrañar, Erasmo se desplazó poco después de la publicación de este libro a la ciudad de Basilea una vez más. Hacia seis años que había partido, y de inmediato se amalgamó a la perfección con un grupo de teólogos (anteriormente católicos) que ahora analizaban pormenorizadamente la doctrina luterana.

Esto marcó aún más distancia con el catolicismo, que Erasmo mantendría hasta su muerte. De hecho, todas las obras de Erasmo fueron censuradas e incluidas en el «Índice de Obras Prohibidas» por el Concilio de Trento.

Erasmo murió en Basilea en 1536. Al morir, el humanista que toda la vida ha hablado y escrito en latín, olvida súbitamente esta lengua habitual, y balbucea en su lengua materna: 'Lieve God', aprendido de niño

Casi involuntariamente, jugó un papel muy importante en la Reforma Protestante y más aún, en la llamada Reforma Radical de los Anabaptistas.

en su patria. La primera y la última palabra de su vida tienen idéntico acento holandés.

Su legado

La venerable figura de Erasmo como cristiano y como intelectual, que debió haber tenido una amplia aceptación y reconocimiento de todos, fue vilipendiada por los principales actores de su tiempo, a causa de la turbulencia de las pasiones desatadas en aquellos días. Recibió un pago injusto por parte de aquellos mismos a quienes intentó ayudar. Sin embargo, nosotros, ubicados bastantes siglos después, podemos ver en Erasmo lo que ellos no vieron. Ver en él a un precursor, no sólo de la Reforma, sino de la unidad de la Iglesia. Un hombre que tuvo una actitud de integración, más que de división; de comunión más que de separación; de enfatizar lo esencial por sobre lo secundario; de valorar al otro antes que juzgarlo.

Por eso, casi involuntariamente, jugó un papel muy importante en la Reforma Protestante y más aún, en la llamada Reforma Radical de los Anabaptistas, quienes recogieron algunas de sus principales enseñanzas. Baltasar Hubmaier, unos de sus líderes, rechazó la persecución de 'herejes' y las guerras religiosas, como también la doctrina de la justificación

casi nominalista de Lutero, pues para él, como para todos los anabaptistas, la verdadera justificación conduce a una vida visiblemente transformada.

Esta visión, que mantiene las ideas de Erasmo con respecto al libre albedrío, pero rechaza los resabios del catolicismo y sus obras meritorias, habría de influir profundamente en el desarrollo posterior, especialmente de las llamadas iglesias no conformistas, el pietismo, y los metodistas wesleyanos, anticipando casi en cien años el pensamiento de Jacobo Arminio. Aquí yace en parte la importancia de Erasmo en el camino de restauración de la iglesia, pues ayudó a equilibrar la visión extrema del protestantismo, para el cual Agustín de Hipona era el epítome del pensamiento cristiano.

Evidentemente, los actores de los hechos que llenaron el siglo XVI y siguientes, en aquellas terribles guerras religiosas, no interpretaron el espíritu del Evangelio. La historia ha ofrecido el púlpito a unos y otros para avergonzarse y pedir perdón por los excesos cometidos. Al mirar hacia atrás sin apasionamientos, Erasmo se nos aparece como un hombre que interpretó mejor que nadie el espíritu pacifista del verdadero evangelio.

FIN

La parte de la historia de la iglesia que no ha sido debidamente contada.

(2ª Parte)

Los anabaptistas y las raíces del Evangelio

Rodrigo Abarca

Michael Sattler

Otro hermano destacado entre los anabaptistas fue Michael Sattler. Su trágica carrera acabó en 1527, tras la conferencia de los hermanos en Beden, donde ayudó a redactar los siete puntos en común de la práctica anabaptista. No se trataba de un credo o confesión de fe vinculante, pues los hermanos creían que la iglesia está unida solamente en Cristo:

* Sólo deberían ser bautizados aquellos que han experimentado la obra regeneradora de Cristo.

* La expresión local de la iglesia es una compañía de gente regenerada, cuya vida diaria se vive de acuerdo con la fe que profesan. Su devoción está simbolizada en su participación conjunta en la cena del Señor, por medio de la cual recuerdan la obra redentora de Cristo.

* La disciplina debe ser ejercitada

dentro de las iglesias, y la disciplina final es la excomunión.

* El pueblo de Dios debería vivir una vida de separación del pecado, del mundo, y del sometimiento a la carne, o cualquier cosa que pudiera comprometer su fe. Esto incluye una separación de los ritos de las facciones romana, luterana y zwingliana.

* Los oficios de una iglesia local deben ser apartados por la iglesia y es su responsabilidad la edificación de los creyentes por medio de la enseñanza de la Palabra de Dios.

* Los creyentes no deberían recurrir a la fuerza, sea en defensa propia o en una guerra ordenada por el estado.

* Los creyentes no debieran prestar ningún juramento, ni tampoco recurrir a la ley.

Parece increíble que estas ideas fuesen consideradas como heréticas entre los protestantes y suscitaran una cruel y amarga persecución. En 1527 Sattler fue arrestado en Rottenburgo y sentenciado a sufrir una muerte 'ejemplar' por sus captores católicos: *«Michael Sattler será entregado al verdugo, el cual le cortará en la plaza primeramente la lengua, luego le atará a un carrozón y allí con unas tenazas al rojo vivo le desgarrará el cuerpo dos veces, haciendo lo mismo yendo hacia el lugar de la ejecución durante cinco veces. En el lugar designado, quemarán su cuerpo hasta reducirlo a cenizas, por ser un archihereje»*. La senten-

cia fue cumplida fielmente, mientras que su esposa fue ahogada junto a otros hermanos.

La Tragedia de Munster

Quizá el episodio que más contribuyó a desprestigiar la causa anabaptista fue la llamada «tragedia de Munster». Como se ha mencionado antes, durante el siglo XVI diferentes grupos de personas fueron llamados anabaptistas. En medio de ellos existían algunos líderes exaltados, que propugnaban métodos violentos de acción, completamente opuestos a las enseñanzas pacíficas de los hermanos, y que, además, anunciaban el establecimiento inminente y material del reino de Dios en la tierra.

Las difícil condición en que vivía la gente más pobre y la gran cantidad de abusos cometidos por los poderosos y los príncipes contra ellos, atrajeron a muchas de estas personas simples y crédulas hacia aquellos profetas exaltados. Por otro lado, algunos hermanos, que habían sufrido enormemente a manos de sus captores y perseguidores, fueron arrastrados tras sus promesas de justicia y vindicación. Así se preparó el escenario para la tragedia de Munster.

En 1537, dos de estos predicadores exaltados, Jan Mattys y John de Leyden, llegaron hasta la ciudad de Munster, proclamando que la Nueva

La sentencia fue cumplida fielmente, mientras que su esposa fue ahogada junto a otros hermanos.

Jerusalén sería establecida en ese lugar. Allí ya existía una congregación protestante que estaba bajo la conducción de Bernard Rothmann, un pastor amable y pacífico, que, sin embargo, cayó rápidamente bajo la influencia de los nuevos profetas. También hasta Munster, habían llegado además, muchos refugiados, pues el príncipe gobernante, Felipe, la había declarado una ciudad de refugio. Y entre ellos habían verdaderos creyentes y otros tantos descontentos y fanáticos.

En medio de esa multitud heterogénea, ejercieron su influencia ambos predicadores, exaltando los ánimos en contra de los magistrados de la ciudad, a quienes pronto depusieron, para colocar otros completamente controlados por Matthys. Desde allí se dedicaron a decretar leyes extremas bajo la influencia de algunas supuestas 'inspiraciones proféticas'. Así, se ordenó limpiar la ciudad de incrédulos y bautizar a todos sus habitantes por la fuerza. Entretanto, el obispo de Munster había sitiado la ciudad con sus tropas.

Entonces, Matthys, creyendo ser guiado por una 'revelación', atacó súbitamente las tropas del obispo y resultó muerto. Lo sucedió Leyden, quien reforzó el control y el extremismo, obligando a todos a vivir en comunidad de bienes e instituyendo la poligamia. Tomó como esposa a la viuda de Matthys y, con la cual se hizo coronar como rey y reina de la ciudad. Sin embargo, y finalmente, las tropas del obispo quebraron la dura resistencia de los defensores y penetraron en la ciudad asesinando a

todos sus oponentes. Leyden fue torturado y ejecutado en el mismo sitio donde se había coronado rey.

En verdad, los exaltados de Munster tenían muy poco que ver con los pacíficos hermanos representados por Hubmeyer, Manz, Grebel, Denck, Sattler y otros. No obstante, los acontecimientos que protagonizaron contribuyeron a crear, entre la gente de su tiempo, una imagen negativa de los hermanos anabaptistas, pues se creía que todos eran parte del mismo movimiento. Esto dio pie para que sus perseguidores aprovecharan el episodio, justificando todavía más la represión de los hermanos y aumentando la 'propaganda' en su contra.

Crecimiento y persecuciones

Los hermanos se esparcieron rápidamente por Europa, siempre perseguidos y obligados a huir de un lado a otro. A través de toda Austria se levantaron numerosas congregaciones, como también en Alemania, Holanda y Moravia. En el Tirol y Gorz, cientos de hermanos fueron quemados en la hoguera, decapitados o ahogados. En Salzburgo, donde una congregación completa de setenta personas, fue condenada a muerte, una joven creyente provocó un gran sentimiento de compasión entre la multitud reunida para presenciar la ejecución, debido a su juventud y belleza. Todos pidieron a gritos que fuera perdonada, sin embargo no se hizo excepción. Los ejecutores la colocaron bajo el peso de un inmenso abrevadero para caballos hasta que murió. Luego retiraron su cuerpo y lo arrojaron a las

llamas. Así selló su heroico testimonio por Cristo.

Pero, ella fue sólo una más entre los miles de mártires anabaptistas. Entre tanto, muchos hermanos encontraron refugio en Moravia, donde fundaron varias comunidades en las que mantenían un régimen de comunidad de bienes, forma de vida que fue adoptada debido, en parte, a la gran cantidad de viudas y huérfanos que debían cuidar a causa de su elevado número de mártires; pero también, porque deseaban sinceramente seguir el ejemplo de la iglesia en Jerusalén, registrado en el libro de los Hechos.

Menno Simon

En consecuencia, el episodio de Munster exacerbó por todas partes la persecución contra los hermanos. Muchas congregaciones fueron acusadas, sin prueba alguna, de estar en complicidad con los líderes de Munster, y perseguidas con mayor violencia y crueldad aún. A tal punto que, en Alemania, Holanda y otros lugares, el movimiento casi se extinguió. Entonces surgió la figura de Menno Simon, quien ayudó a las menguadas y esparcidas congregaciones a reorganizarse y enfrentar la adversidad.

Menno, que viajó incansablemente, animando y fortaleciendo a los hermanos por todas partes, había sido previamente un sacerdote católico. Después de un tiempo de estudiar las Escrituras, asistió al heroico martirio de un creyente anabaptista llamado Sicke Snyder, quien fue decapitado por negar el bautismo de infan-

tes. Quedó tan conmovido por su entereza y fe, que decidió unirse a la causa anabaptista.

Desde ese momento trabajó infatigablemente entre los hermanos. Y combatió ardientemente contra la errónea identificación de los hermanos con la «secta de Munster» En su

A ellos se debe la recuperación de la verdad de la iglesia como constituida por asambleas formadas exclusivamente por creyentes regenerados.

autobiografía nos dice que, *«Luego irrumpió la secta de Munster; con la que muchos corazones piadosos, también entre nosotros, fueron engañados. Mi alma estaba en una gran inquietud, porque notaba que eran celosos, pero doctrinalmente errados. Con mi pequeño don, a través de la predicación y la enseñanza, me opuse al error, tanto como pude...»*.

Y después, en otro escrito, *«Nadie puede de verdad acusarme de concordar con la enseñanza de Munster; por el contrario, durante diecisiete años, hasta el día presente, me he opuesto y luchado en su contra, privada y públicamente, con la voz o la pluma. Nunca reconoceremos como hermanos y hermanas a aquellos que, como el pueblo de Munster, rehúsan la cruz de Cristo, desprecian la palabra de Dios y practican las pasiones terrenales»*.

Trabajó estableciendo y confortando a las iglesias en Holanda con tanto éxito que, en 1543 el Emperador lo declaró fuera de la ley y puso un precio a su cabeza. Obligado, dejó el país, y se las arregló para escapar de sus captores durante los próximos veinticinco años sin ser aprehendido, enseñando y ayudando a las iglesias. Finalmente se estableció en Fresenburg, donde continuó trabajando y escribiendo en defensa de las creencias anabaptistas hasta que algunos de sus escritos llegaron a manos de las autoridades de varios países. Esto ayudó a aliviar un poco la persecución y la animadversión contra los hermanos, quienes consiguieron algún grado de libertad de culto.

Menno Simon murió de muerte natural en 1559. No obstante, debido a su gran influencia entre los hermanos anabaptistas, las congregaciones en las que trabajó comenzaron a llamarse, posteriormente, 'menonitas', algo con lo que, probablemente, él mismo no hubiese estado de acuerdo.

Legado

El valiente testimonio de los hermanos anabaptistas dejó una herencia invaluable para los creyentes que vinieron después. A ellos se debe la recuperación de la verdad de la iglesia como constituida por asambleas formadas exclusivamente por creyentes regenerados, separadas del mundo e independientes del estado, parti-cipativas y abiertas a la comunión con todos los que son de Cristo,

en la sencillez de la enseñanza del evangelio. Regaron la semilla de la libertad cristiana con la sangre de sus mártires. En siglos posteriores otros creyentes tomarían la bandera de la causa anabaptista y la llevarían más adelante, en las así llamadas iglesias 'no conformistas' e 'independientes'.

Además, su determinado pacifismo se levantó en medio de la intolerancia y fanatismo de su tiempo, como un impercedero testimonio de cuál puede y debe ser siempre el verdadero espíritu del evangelio, cualesquiera que sean los tiempos, las épocas y las circunstancias.

Por último, al enfatizar la necesidad de una vida de santificación práctica y real, ayudaron a equilibrar los excesos de la enseñanza de la «justificación por la fe» entre los protestantes, que en muchos casos tendía a hacer de esta el único elemento de la salvación, olvidando la regeneración y los frutos de santificación como parte de una vida verdaderamente salva.

Es difícil no ver en la amarga y cruel persecución que tiñó de sangre su historia, el odio y la hostilidad del príncipe de este mundo, que está determinado a estorbar el testimonio de Cristo en esta tierra; pero también, la persistente fidelidad de Dios, que siempre se ha reservado un testimonio fiel y ha conducido a su pueblo aún a través de las noches más largas y oscuras. Como está escrito: *«Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida»*.

* * *

Cantares

A. T. Pierson

Palabra clave: Amado

Versículo clave: 7:3.

En esta «canción matrimonial», el misterio de Cristo y la Iglesia parece ser tipificado por un diálogo entre el novio y la novia (compare con Ef. 5:25-32). El cuadragésimo quinto Salmo, «cántico de amor», trata brevemente del mismo tema, de la misma manera, y es la clave para el libro de Cantares. El matrimonio es la figura favorita por la cual los profetas y los apóstoles representan la relación de Jehová con Su pueblo (compare con Is. 62:5, Jer. 3; Ez. 16)..

Las partes de este diálogo nupcial, o canto antifonal, son Salomón, príncipe de Paz, y la Sulamita, «la que busca la Paz», nombres que corresponderían a Julio y Julia, o Francisco y Francisca. Sulamita no es sólo femenino, es colectivo, pues la iglesia es un cuerpo colectivo. Por eso la frecuencia de uso del plural «nosotros» como en 1:4. Aunque morena por la exposición del sol tropical, ella es bella a sus ojos, por eso él la llama su amor. Ella fue hecha para él, y el corazón de ella no descansa, como una paloma errante, hasta descansar en él.

Las transiciones del diálogo pueden ser seguidas por el cambio de los nombres, y por el sentido. La interpretación tipológica es la única natural y satisfactoria. El amor matrimonial es un tipo de la afectuosa, íntima, confidencial y exclusiva unión entre Cristo y aquellos que creen. El pensamiento constante y el

elogio de la novia para con el novio sugieren la devoción del discípulo a su Señor, mientras que el tierno amor del novio sugiere la gracia inefable del Señor, que amó a la Iglesia y se dio a sí mismo por ella, que la santifica y purifica, nutre y protege, y finalmente se la presenta a sí mismo. Un estudio más acabado puede encontrar en este poema las etapas sucesivas del crecimiento del creyente en conocimiento, amor y alegría, desde el primer gozo en Jesús, en el beso reconciliatorio, hasta el éxtasis de saber que él se agrada del discípulo.

El orden y sucesión de los libros es sugerente. En Eclesiastés, el hombre encuentra su alma muy grande para que el mundo pueda alimentar y saciar, todo es vanidad, no hay provecho bajo el sol. En Cantares, el hombre, mirando más allá del sol, halla en Dios no sólo aquello que llena su alma, sino también

algo que no puede ser contenido. El mar llena la taza, pero la taza no puede contener el mar. Y de la *vani-dad* llegamos a la *verdad*.

Sería útil no usar la antigua división en capítulos y dividir este diálogo en 6 secciones, comenzando respectivamente en 1:2; 2:7; 3:6; 5:2; 6:10 y 8:5.

DIVISIONES:

- 1) Cant. 1:1. Título.
- 2) Cant. 1:2- 5:1. La novia en la cámara del Rey, la visita de él, el sueño de ella, el matrimonio real.
- 3) Cant. 5:2-8:14. La esposa del Rey, la búsqueda y el encuentro, el regreso a casa, etc.

Ojos azules

Cuando Amy Carmichael era muy pequeña, su madre le enseñó que Dios siempre contesta nuestras oraciones, así que una noche antes de dormir, le pidió a Dios que cambiara el color de sus ojos de café a azul. Estaba tan segura de que Dios escucharía su oración, que la mañana siguiente saltó de la cama y corrió al espejo para admirar sus ojos azules. Pero para su horror, sus ojos seguían cafés. Se encontró desanimada y temporalmente desilusionada de Dios.

Muchos años después, se dedicó a rescatar a niñas que vivían como esclavas y prostitutas en los templos paganos en la India. Debido a que los extranjeros estaban prohibidos en los templos, antes de entrar para tratar de comprar algunas chicas de los sacerdotes del templo, Amy se vestía con el sari tradicional y pintaba su piel con café para pasar por una mujer de la India. Un día, mirándose al espejo mientras se pintaba la cara con café espeso, recordó su oración infantil acerca de los ojos azules. Con un sobresalto, se dio cuenta que si Dios hubiera contestado aquella oración, ella nunca hubiera podido entrar a los templos a rescatar a las chicas que tanto amaba. (¡Esto pasó mucho antes que hubiera lentes de contacto de colores!). Dios sabía que ella necesitaría ojos cafés para poder cumplir la misión que ahora significaba mucho más para ella que el color de sus ojos.

Debemos aprender que a Dios no podemos ordenarle nada. Hay veces que, en Su soberanía, la contestación a nuestras oraciones tarda, para nuestro propio bien o simplemente responde a ella con un No. Esta puede no ser la respuesta deseada, pero siempre será la mejor.

Aunque las Sagradas Escrituras son un relato literal e histórico, con todo, por debajo de la narración, hay un significado espiritual más profundo.

Símbolos y tipos del Antiguo Testamento



A. B. Simpson

El árbol del conocimiento, o el primer pecado

El relato implica que éste era un árbol literal; el nombre que se le aplica es posible que proceda de alguna propiedad en el que estimulara o impartiera sabiduría prohibida, pero más probablemente debido a que, al comer de él, y con ello entrar en una condición de pecado, el hombre en su propia experiencia, obtenía el secreto del conocimiento del mal y la diferencia entre el bien y el mal.

Sugiere la importante lección de que los principales ataques de Satán contra nosotros van dirigidos contra nuestro entendimiento, y que estamos en el peligro principalmente de caer debido a nuestro intelecto.

El árbol simbólico del mal es un árbol del conocimiento; el símbolo del bien es el árbol de la vida. La promesa que nos hace el diablo es de sabiduría superior; el don del Señor es de vida eterna. La jactanciosa sabiduría del mundo es necesidad para Dios; el principal obstáculo a una fe simple

es el espíritu de raciocinio humano y de confianza excesiva en nuestras propias ideas y juicios. Por tanto, si un hombre quiere aprender de Dios: «Hágase necio, para que pueda ser sabio».

Rowland Hill solía decir que la mayor necesidad de muchos hombres era que se les amputara el cuerpo a nivel del cuello de la camisa. Antes de que se nos pueda enseñar verdaderamente a ser guiados por el Espíritu es necesario que primero se nos corte la cabeza y que se nos ponga otra nueva en Cristo. Sin Cristo el árbol del conocimiento es una maldición.

El proceso de conocimiento divino es primero vida, «y la vida era la luz de los hombres». El conocimiento del mal ha de ser temido de modo especial. La inocencia consiste esencialmente en la ignorancia del mal, y tan pronto como nos demos cuenta de ello, con toda seguridad, vamos a renunciar a ese fruto prohibido y llegar a la idea escritural, sabia, respecto a lo que es bueno, simple, respecto a lo que es malo.

El proceso del pecado y la tentación en la mente de Eva, en conexión con el árbol prohibido, es también instructivo, visto desde el lado del tentador. Primero vemos que el diablo apeló a su naturaleza inferior y estimuló sus apetitos físicos. Vemos

que el árbol era «bueno para comer». Este es el «deseo de la carne» que menciona Juan como el primer estadio del deseo pecaminoso. Luego viene el que era «agradable a los ojos», esto es, el estadio estético, el contacto de la tentación con la naturaleza física, representando las incitaciones que afectan a nuestros gustos, sensibilidad, intelecto y naturaleza emocional.

Y, finalmente, llega a sus sensibilidades más espirituales: el árbol se le aparece como «codiciable para alcanzar sabiduría», lo que representa la tentación espiritual con que el adversario todavía asalta nuestra naturaleza más elevada, y con la cual Juan termina su terceto de malos deseos, a saber: la concupiscencia de la carne, la codicia de los ojos y el orgullo de la vida. Estos tres estadios de tentación los vemos en la vida del mismo Jesús, en el conflicto en el desierto, en el cual él venció de modo tan glorioso, en tanto que Eva cayó, y en donde Cristo nos dejó el secreto y la garantía de la victoria.

La lección más solemne que nos viene de este símbolo del pecado es el hecho de que, en sí mismo, el acto de Eva era, al parecer, completamente trivial. No había duda en su carácter inherente de pecado que lo hiciera parecer espantoso. El comer una simple fruta era algo que tenía que pare-

Si podemos obedecer a Dios en lo que parece una bagatela, damos muestras de un espíritu de obediencia puro y simple.

cer incapaz de dar lugar a consecuencias serias. Si hubiera sido un acto blasfemo, sangriento o de violencia explosiva estaríamos preparados para esperar de él consecuencias desastrosas, pero que una cosa tan trivial como saborear una simple fruta hubiera de ser el pivote sobre el que girara el destino del mundo es algo que nos deja atónitos.

Pero aquí se halla la misma esencia del principio moral y la delgada línea que separa el bien y el mal a mayor distancia que los polos uno del otro; es decir, que el bien es bien, y el mal es mal no de modo graduable según las circunstancias o consecuencias, sino de modo absoluto, debido al principio; y cuanto menos importantes son las circunstancias, más énfasis se hace sobre el principio.

Cuando hacemos algo o nos abstemos de hacerlo debido a los resultados adversos que se siguen de ello, estamos obrando por motivos distintos del principio en sí; pero cuando la cosa no es importante en sí, hasta el punto de quedar desligada de otras cuestiones, y el acto es ejecutado simplemente porque nos ha sido ordenado, entonces es de modo manifiesto un acto más perfecto de absoluta obediencia.

Las grandes pruebas de la obediencia, pues, con frecuencia consisten en cosas muy pequeñas. Si podemos obedecer a Dios en lo que parece una bagatela, damos muestras de un espíritu de obediencia puro y simple, y cuando le obedecemos en un pequeño detalle, que incluso es posible que no entendamos, y cuyas consecuencias no captamos, nuestra obediencia es más perfecta y agradable para él.

Por tanto, hallamos que Saúl perdió su reinado debido a un pequeño acto de desobediencia, y un profeta de Israel perdió su vida simplemente porque fue a dormir a la casa de un amigo, en contra de lo que se le había mandado; en tanto que, por otra parte, el pacto de Abraham fue establecido mediante un acto de obediencia estricta a una orden que parecía incomprendible. Eva echó a perder el mundo debido a un pequeño acto de desobediencia y los asuntos, en nuestras vidas, giran asimismo alrededor de puntas tan precisas y minúsculas como las joyas sobre las que dan vuelta las ruedecitas de nuestros relojes. En esta triste figura, la raíz del pecado es la duda; el árbol, la desobediencia, y el fruto, la muerte.

* * *

Oraciones no contestadas

Debe ser extraño para los que ya están en el cielo y que han visto el hermoso final del Señor, que siquiera dudemos de lo que el Amor permite, o que llamemos a una oración 'no contestada' cuando la respuesta no es la que esperamos; como dice un canto de niños: ¿Acaso no es NO una respuesta? Y cuando sucede un accidente fatal, me pregunto: ¿Acaso no es EL CIELO una respuesta?

Amy Carmichael



Viendo a Cristo en su amor

Stephen Kaung

La carta de Pablo a Filemón es muy especial. Es la más breve de todas las cartas escritas por Pablo. Es diferente de todas las demás porque las otras cartas en su mayoría fueron dirigidas a iglesias localizadas en diferentes lugares. Algunas de ellas fueron escritas a individuos, como por ejemplo Timoteo y Tito, y son llamadas cartas pastorales. Aunque hayan sido escritas a individuos, ellas tratan asuntos de la vida de la iglesia.

Pero la carta de Pablo a Filemón fue escrita para una persona específica y no trata de asuntos de la iglesia ni de cuestiones doctrinales. Es una carta sobre cosas personales, y aun así se encuentra en la Biblia. Su valor es mucho mayor del que acostumbramos pensar. Me gustaría citar la opinión de dos personas con respecto al valor de esta carta.

La primera de ellas es Martín Lutero: «Esta carta muestra un bello y noble ejemplo de amor cristiano. En

ella podemos ver cómo san Pablo se entrega a sí mismo a favor del pobre Onésimo y ruega con todas sus fuerzas por su causa ante su señor, como si él, Pablo, fuese el propio Onésimo y hubiese actuado mal para con Filemón. Así como Cristo hizo a favor nuestro delante de Dios el Padre, así también actuó san Pablo para con Filemón. En mi opinión, todos nosotros somos Onésimos».

Por otra parte, Calvino dice: «Pablo, en la carta a Filemón, trata de un tema que en cualquier otra circunstancia, sería trivial y corriente; sin embargo, a causa del modo en que Pablo abordó este asunto en su carta, somos elevados a las alturas, a Dios mismo. Pablo, al rogar con tanta modestia a favor de un hombre que ocupaba una posición tan baja en la sociedad, se humilló de tal forma que difícilmente en otro lugar se puede percibir con tanta vida y realidad la dulzura de su espíritu».

La carta de Pablo a Filemón puede ser analizada desde tres puntos de vista diferentes. Podemos estudiarla como una carta personal que contiene un hecho histórico. Podemos considerarla también como una carta que aborda un problema social de modo muy especial. Y finalmente, podemos considerarla desde el punto de vista espiritual, lo que significa ver a Cristo en su indescriptible y maravilloso amor.

El punto de vista personal de Pablo

Esta epístola a Filemón fue escrita por el apóstol Pablo cuando él estaba preso en Roma. En ese mismo periodo, Pablo escribió varias cartas:

Efesios, Colosenses y esta carta a Filemón. La carta a Filemón fue enviada a Colosas junto con la carta a los colosenses.

En Colosas había un esclavo que había defraudado a su amo. No sabemos exactamente lo que había acontecido. Es probable, sin embargo, que él le haya robado a su amo y luego haya huido hacia Roma. Entre Colosas y Roma había una gran distancia, y siendo Roma una metrópoli sería muy difícil que su amo lo encontrara. Así, él huyó a Roma pensando que a partir de aquel momento estaría para siempre libre de su amo y podría hacer lo que quisiese sin ninguna restricción.

No sabemos exactamente lo que ocurrió, pero de alguna forma ese esclavo vino a encontrarse con el apóstol Pablo, el cual en aquella época estaba preso en Roma. Es importante recordar que en su primer apresamiento Pablo vivía en una casa arrendada por él mismo y podía recibir a todo aquel que quisiera visitarlo.

De alguna manera, por tanto, Onésimo encontró a Pablo. Es posible que él ya conociese a Pablo cuando éste visitara Éfeso tres años antes. Es bastante probable que Filemón, el amo de Onésimo, se haya convertido al Señor cuando se encontró con el apóstol Pablo en Éfeso. Onésimo, siendo un esclavo de confianza, debe haber estado en Éfeso con Filemón, y de esa forma vino a conocer a Pablo.

Es posible que mientras Onésimo estaba refugiado en Roma, su conciencia haya comenzado a incomodarlo. Tal vez él había gastado todo su dinero o estuviese enfrentando

problemas, de modo que buscó a Pablo imaginando que éste, de alguna manera, podría ayudarlo. Algunos estudiosos de la palabra dicen que tal vez Epafras, que era un siervo del Señor en Colosas, estuviese visitando a Pablo en Roma cuando encontró a Onésimo en la calle y lo llevó hasta Pablo.

En realidad, no es tan importante cómo ocurrió ese encuentro; lo importante es que, de alguna forma Onésimo, que era un esclavo fugitivo, un ladrón, entró en contacto con el apóstol Pablo y fue llevado al Señor. Onésimo recibió salvación verdadera y permaneció en Roma sirviendo a Pablo. Como esclavo de Filemón, Onésimo estaba acostumbrado a servir, mas ahora él servía a Pablo por amor. Pablo se refiere a Onésimo en su carta a los colosenses diciendo: «*Onésimo, amado y fiel hermano*». Él servía a Pablo con fidelidad.

Cuando Pablo estaba en prisión, él necesitaba de alguien que le ayudase, que le sirviese, y es evidente que el servicio de Onésimo fue de gran provecho para Pablo; pero Pablo sentía que no era correcto que Onésimo permaneciese con él. Pablo sintió que, a pesar de que Dios ya había perdonado todos los pecados de Onésimo, aún había algo por restituir o restaurar. Onésimo necesitaba reconciliarse con su amo. Pablo sabía que si se lo pedía, Filemón estaría de acuerdo en dejar que Onésimo se quedase en Roma para ayudarlo, pero Pablo no quería presionar a Filemón de ninguna manera. Finalmente, él decidió enviar a Onésimo de vuelta a Filemón, su amo.

En la carta a Filemón, Pablo va a decir que Filemón es un hombre muy amado. Su amor para con Dios y para con todos los santos era ampliamente conocido. Él era un hermano lleno de amor, de compasión y hospitalidad para con todas las personas. El propio nombre Filemón significa amistad. Él tenía una hermosa familia, y su esposa Apia, cuyo nombre es una expresión de ternura, era solidaria con su marido en esa actitud de amor y hospitalidad.

Filemón y Apia tenían también un hijo precioso, Arquipo, que servía al Señor en Colosas. Esta era una familia maravillosa y la iglesia en Colosas, que no era muy grande, se reunía en casa de Filemón. Onésimo debe haber oído el evangelio innumerables veces mientras servía a aquel hombre tan amoroso y, sin embargo, por increíble que parezca, él no se había convertido. Su corazón era duro, hasta el extremo de estafar a su amo, una persona tan bondadosa, y huir de allí. Mas Dios, en su maravillosa providencia, trajo a ese esclavo la salvación, y él se volvió al Señor. Después de eso, Pablo decidió enviar a Onésimo de vuelta a Colosas.

La esclavitud

De acuerdo con las costumbres romanas de la época, las personas poseían esclavos. Cuando los romanos conquistaban las naciones, aquellos que eran conquistados eran hechos esclavos, y muchas veces ocurría que en una gran familia había centenas de esclavos haciendo toda clase de labores. A los ojos de los romanos, un esclavo no tenía ningún derecho.

Quando pensamos en las maldades practicadas en la sociedad, reconocemos que la esclavitud, entre todas las perversidades de la sociedad, es la más baja.

Ellos eran propiedad de sus amos, como si fuesen animales, y la ley con relación a los esclavos era muy severa. El amo podía azotar a un esclavo y aun matarlo, pues el esclavo era considerado su propiedad.

La situación del esclavo era aún peor en el caso de que éste huyese y fuese recapturado. Él podía ser muerto o marcado con un fierro al rojo vivo. Ese era el sistema de esclavitud en vigor en el mundo antiguo, y enviar a un esclavo de vuelta a su amo era algo peligroso.

El retorno de Onésimo a Filemón

Si Onésimo regresaba a Filemón, su amo a quien él había defraudado, Filemón tendría todo el derecho de castigarlo o aun matarlo. Sin embargo, Pablo sentía que lo más correcto era enviar a Onésimo de vuelta. De esa forma, Onésimo fue enviado a Filemón.

Pablo aprovechó para enviar a Onésimo de vuelta cuando Tíquico llevó la carta a los Efesios y la carta a los Colosenses. Él envió a Onésimo con Tíquico, el cual prepararía la vuelta de Onésimo y no sólo eso, Pablo envió al mismo tiempo una carta a Filemón. Aunque esta sea una carta bastante breve, fue escrita con tal espíritu de amor, con tal humildad y tacto, con tanta ternura, que cuando

Filemón la recibió, él no tenía otra alternativa sino hacer aquello que le fuera solicitado.

Aunque Filemón fuese un hijo de Pablo en la fe, Pablo no le dijo lo que debería hacer ni le dio ninguna orden. Él debía su propia vida a Pablo, mas Pablo dice: 'No te voy a dar orden alguna exigiendo que me obedezcas, mas voy a suplicarte a favor de este mi hijo, que fue engendrado en prisiones. Si él te causó algún perjuicio, como así lo hizo, carga todo en mi cuenta. Yo, Pablo, te lo pagaré'. Esa era la petición que Pablo firmó y envió a Filemón. Él estaba diciendo: 'Estoy enviándote a Onésimo de vuelta, no como un esclavo, sino más que eso, como un hermano amado. Recíbelo como me recibirías a mí mismo'.

Hermanos, Pablo usó esa carta para abrir el camino al retorno de Onésimo. No sabemos con exactitud lo que aconteció después de eso, pero estoy cierto que cuando Filemón recibió aquella carta él hizo más de aquello que Pablo le había solicitado. No sólo recibió a Onésimo como un hermano amado en Cristo, sino es bien probable que también lo haya libertado. Ya no trató más a Onésimo como un esclavo, sino como un hermano amado en el Señor, y Onésimo le fue de mucho provecho.

Hasta ahora hemos visto esta carta desde el punto de vista personal o a partir del contexto histórico, y vemos que es maravillosa. No obstante, si analizamos la carta en forma más profunda, percibiremos que ella trata, en cierto sentido, un problema social que no es abordado con mucha frecuencia en otras porciones del Nuevo Testamento.

La esclavitud era una institución social en aquella época; pero nosotros sabemos que eso no es algo que procede de Dios, porque él creó a todos los hombres a partir de una sola familia. En lo que respecta a la raza humana, somos todos una familia, somos todos hermanos y hermanas. No debería haber tales diferencias de posición social entre los hombres; sin embargo, a causa del pecado en este mundo, la institución de la esclavitud vino gradualmente a existir y podía ser hallada en todas partes del mundo antiguo.

La maldad practicada en la sociedad

¿Cómo trataría esa cuestión la fe cristiana? Cuando pensamos en las maldades practicadas en la sociedad, reconocemos que la esclavitud, entre todas las perversidades de la sociedad, es la más baja. ¿Cómo debería ser tratada esa cuestión cuando viniese el evangelio de Jesucristo? ¿Cuál sería la respuesta del evangelio?

En esta pequeña carta de Pablo, él no ataca el problema de la esclavitud en forma directa. Él no intentó decirle a Filemón que estaba errado al poseer esclavos. Tampoco alentó a Onésimo a levantarse y rebelarse contra tales males del sistema social

vigente. La esclavitud era una institución profundamente enraizada en la sociedad, y cualquiera medida directa contra ella provocaría odio; habría derramamiento de sangre, habría revolución. La sociedad entraría en colapso. Ese no es el espíritu del Evangelio. Por tanto, Pablo abordó ese mal social a partir de un punto de vista más elevado.

Normalmente las personas pensaban que los esclavos eran los más despreciables entre todos los seres humanos. Y de cierta manera es comprensible que algunos pensarán así. Por lo general, los esclavos eran muy maltratados y sabían que no tenían derecho alguno; por esa razón, ellos tenían odio contra todas las personas y estaban en contra de todos. Entre ellos se desarrollaba la mentalidad de que debían robar e intentar por sí mismos mejorar de alguna forma sus condiciones de vida, pues sabían que nadie se interesaría por su causa. Así, gradualmente, los esclavos se iban transformando en los más bajos y despreciables de todos los seres humanos.

Aquél esclavo, Onésimo, no era una excepción. Él estaba bajo las órdenes de un amo tan bondadoso, pero aun así se rebeló contra él y lo defraudó. Después de eso huyó. ¿Qué se puede hacer con alguien que actúa de esa forma? ¡Dios tiene una solución maravillosa! Él va a salvar a ese esclavo. Y eso ocurrió.

Onésimo fue salvo y entonces, obviamente, se transformó en un hermano en el Señor. Él recibió nueva vida; fue transformado. Aunque exteriormente él aún fuese un esclavo y

un fugitivo, interiormente era una nueva criatura, y con esa nueva vida empezó a servir a Pablo. Él debía supuestamente estar sirviendo a Filemón, pero no lo hizo como debía. No tenía obligación de servir a Pablo, y sin embargo le sirvió en forma voluntaria con pureza de corazón. Una enorme mudanza había ocurrido en la vida de Onésimo. Desde el punto de vista humano, él todavía era un esclavo, un fugitivo, un ladrón mas a los ojos de Dios él era ahora un amado hermano en Cristo Jesús.

Pablo envió a Onésimo de vuelta a Filemón. Filemón era un hermano en el Señor y ahora también un colaborador de Pablo. Él servía junto con Pablo. Él no era un colaborador de Pablo en el sentido de viajar con el apóstol y predicar el evangelio con él, pero cualquiera que en el reino de Dios esté de alguna forma involucrado en la difusión del evangelio de Jesucristo es considerado un colaborador.

Es posible que Filemón fuese un comerciante. Probablemente era un hombre de recursos, porque tenía una casa lo suficientemente grande como para que en ella se reuniese la iglesia y también podía practicar la hospitalidad con muchas personas. Él alegraba el corazón de muchos santos. En ese sentido, por tanto, Filemón trabajaba con Pablo y Pablo lo consideraba un amado hermano y su colaborador.

No obstante, el sistema social de aquella época admitía que las personas tuviesen esclavos y, siendo así, Filemón los tenía. Onésimo estaba siendo enviado de vuelta a Filemón,

el cual era un hermano en el Señor y tal vez asimismo un hermano responsable en la iglesia local. Onésimo era un esclavo fugitivo que estaba retornando, pero también un hermano en el Señor. ¿Cómo resolver tal situación? ¿Qué hacer?

Al leer la carta de Pablo a Filemón, no encontramos a Pablo diciendo de modo alguno que él estaba mandando a Onésimo de vuelta para que Filemón lo emancipara. Al parecer, la palabra emancipación ya estaba en los labios de Pablo, pero él en ningún momento llega a pronunciarla. Él dice apenas: «...*recíbele como a mí mismo*». ‘Recíbele, porque él es parte de mí, es mi propio corazón; recíbele no como un esclavo, sino como un hermano en el Señor’.

¿Cómo recibiría Filemón a Pablo? Es cierto que si Pablo estuviese llegando, y no Onésimo, Filemón lo habría recibido con hospitalidad, le habría proporcionado hospedaje, le habría servido y lo habría recibido como un invitado de honor, un amado hermano en el Señor, aun como su padre en Cristo. Pablo dice: «...*recíbele como a mí mismo*». ¿Qué podría hacer Filemón después de tal petición? ¿Miraría a Onésimo diciéndole: ‘Tú me has causado mucho mal, me engañaste; sin embargo porque Pablo ha intercedido a tu favor no tomaré en cuenta el mal que me hiciste, pero seguirás siendo mi esclavo’?

¿Haría Filemón una cosa así? Aunque Onésimo fuese exteriormente un esclavo, interiormente era un hermano. ¿Cómo lo trataría entonces Filemón? Sin duda alguna, Filemón no sólo perdonaría todas las faltas de

Onésimo, sino que también lo recibiría como un querido hermano en el Señor. Él haría mucho más que liberar a aquel esclavo, él recibiría a aquel hermano en su propio corazón. Es así cómo las Escrituras resuelven los problemas que ocurren debido a una estructura social perversa.

Él haría mucho más que liberar a aquel esclavo, él recibiría a aquel hermano en su propio corazón.

La carta a Filemón fue enviada juntamente con la carta a los Colosenses, y cuando leemos Colosenses nos sorprende constatar que Pablo menciona en aquella carta la relación entre esclavos y amos. Pablo reconoce la existencia de esa institución humana tan cruel y perversa. Entre todos los relacionamientos humanos, no hay otro cuyos interlocutores estén más distantes entre sí, mas en Col. 3:22-25 Pablo dice: *«Servos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales, no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios. Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís. Mas el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hiciere, porque no hay acepción de personas.»*

En lugar de atacar directamente a

la esclavitud como institución, Pablo menciona la relación de un esclavo con su amo, pero él eleva esa relación a la presencia de Dios y la transforma. Él dice: 'Esclavos, obedezcan a sus amos en todo. Aunque sean esclavos, recuerden que ustedes, en verdad, están sirviendo al Señor. Por tanto, cuando estén sirviendo a sus amos no piensen en esa relación física, sino trasciéndanla, transfórmenla, eleven esa relación a una posición sublime; consideren esto como una cuestión de temor al Señor. En la medida que ustedes sirvan a sus amos como quien sirve a Dios mismo, serán recompensados'.

En seguida, Pablo dice lo mismo con respecto a los amos: *«Amos, haced lo que es justo y recto con vuestros siervos, sabiendo que también vosotros tenéis un Amo en los cielos»* (Col. 4:1). Él también lleva la relación del amo con su esclavo a la presencia de Dios y dice: 'Ustedes son amos, pero no olviden que ustedes también tienen un Amo en los cielos. Ustedes son esclavos delante de Dios, y a causa de eso deben tratar a sus esclavos de manera justa'.

En el primer siglo, cuando fue predicado el Evangelio, un enorme número de esclavos se hicieron cristianos. Probablemente había más esclavos que hombres libres transformándose en cristianos, pues había muchos más esclavos en el mundo. Cuando los esclavos viniesen al Señor se podría suscitar un problema, pues la fe cristiana estaba en oposición directa a esta institución humana maligna. ¿Cómo podría ser resuelto este dilema?

«¿Fuiste llamado siendo esclavo? No te dé cuidado; pero también, si puedes hacerte libre, procúralo más» (1ª Cor. 7:21). Si alguien era esclavo cuando fue llamado al reino de Dios y recibió la salvación, Pablo dice: 'No te preocupes con eso. No dejes que eso te perturbe como si lo fuese todo'. «Porque el que en el Señor fue llamado siendo esclavo, liberto es del Señor» (1ª Cor. 7:22).

¿Por qué la condición de esclavo no debe ser motivo de preocupación? Porque aun siendo un esclavo, tú eres un hombre libre en el Señor. El Señor te libtó. Exteriormente estás preso, interiormente eres libre. Tu esclavitud exterior es temporal, mas tu libertad en el Señor es eterna. ¿Por qué preocuparte en considerar estos hechos? Tú tienes algo mucho mejor. De la misma forma el hombre que al ser llamado era libre, al llegar al Señor, se transforma en un esclavo de Cristo. Si eres un hombre libre, no olvides que eres un esclavo en el Señor; estás cautivo a Cristo, debes servir a Cristo como un esclavo, un esclavo por amor. En verdad, entonces no hay diferencia. Si tú eras libre, te vuelves esclavo; si eras esclavo, te vuelves libre.

Amados hermanos, aquí la palabra de Dios confronta un problema social no a través de un ataque frontal, lo cual crearía odio y derramamiento de sangre. Al contrario, la estrategia que nos muestra la Palabra tiene como objetivo ajustar la relación interiormente, haciéndola noble y pura, llevándola a la presencia de Dios para que venga a la luz el verdadero significado de la relación. Es

decir, el modo en que Dios resuelve el problema es totalmente diferente.

Además de eso, las Escrituras nos dan un principio más elevado al decir que en Cristo no hay esclavo ni libre pues él, Cristo, es todo en todos (Col. 3:11). Cuando el amo y el esclavo vienen juntos a la mesa del Señor, ellos se sientan lado a lado y hacen memoria del Señor como hermanos y hermanas en Cristo. Así la esclavitud, como institución humana, es completamente abolida; se vuelve imposible mantener tal sistema. De esa forma es tratada toda la cuestión relacionada con los problemas sociales crueles y perversos, y en esta carta vemos una aplicación práctica de esa estrategia divina.

Cuando Filemón recibió a Onésimo, su relación había sufrido un cambio, y podemos estar seguros de que desde ese momento ellos no fueron más amo y esclavo, sino amados hermanos en Cristo Jesús.

El Señor Jesús y los problemas sociales

Cuando nuestro Señor Jesús estaba en la tierra, él vivió bajo el gobierno del imperio romano, y el pueblo judío, en cierto sentido, nunca reconoció al gobierno romano. Entre los judíos había un grupo de hombres llamados zelotes, los cuales intentaban derribar al gobierno romano por medio de la violencia. Cuando el Señor estaba en la tierra, los judíos tenían la expectativa de que, si él era el Mesías, él derrumbaría el imperio romano, libertaría a Israel del yugo de Roma y haría de la nación de Israel la principal de entre todas las naciones.

Pero Cristo no hizo eso. Al contrario, él mismo se sujetó a la autoridad. Él denunció la maldad presente en su generación, denunció la hipocresía de los escribas y fariseos, limpió el templo del dinero proveniente de los cambistas y mercaderes; pero mientras estuvo en la tierra, él no cambió el sistema social de su época. Al contrario, él predicó el evangelio del amor; hizo de las personas una nueva creación y de esa forma las transformó, trayendo el reino de Dios.

¿Se preocupa el Señor con los problemas sociales? Es evidente que sí. Él alimentó a centenares de personas, sanó a los enfermos, amó a los niños, se compadeció de las multitudes; mas su ocupación nunca fue exterior o mundana. Él siempre trató esas cuestiones del punto de vista de lo interior, del punto de vista celestial. Él trajo vida a las personas y está construyendo su reino, el reino del amor.

Es necesario comprender que el fundamento de todas las cosas es espiritual. Es la vida lo que importa; la realidad interior es el fundamento de todas las cosas. Si intentamos resolver los problemas exteriormente en tanto la situación interior permanece inalterada, nada se ha resuelto. Nuestro Señor Jesús vino y ofreció una nueva vida, una nueva naturaleza, un camino celestial. Él vino como el Cordero que fue inmolado por los pecados del mundo, para que nosotros pudiésemos transformarnos en una nueva creación. Las cosas viejas ya pasaron, todas han sido hechas nuevas y todas las cosas son de Dios.

Pero nosotros sabemos que él vendrá de nuevo, y esta vez él vendrá como León de Judá. Entonces será la ocasión en que él tratará directamente con todos los problemas sociales y económicos. Él juzgará al mundo. En su primera venida, él vino a salvar al mundo; en su segunda venida, vendrá a juzgar al mundo. Siendo así, ¿cuál debería ser nuestra actitud para con los problemas e instituciones sociales y políticas?

La teología de la liberación no es cristianismo, es humanismo. Los caminos de Dios son más altos que los caminos del hombre. El camino de Dios consiste primeramente en tratar con la vida interior, y cuando esta vida es transformada descubrimos que también todo alrededor ha sido transformado, y que es de ese modo que serán abordados y resueltos los problemas sociales.

¿No percibes tú que esa es la mejor manera? ¿No te parece que de esa forma las soluciones son definitivas? ¿No te parece que ese principio está en concordancia con los principios de Cristo, con el principio del amor? Lee, entonces, cuidadosamente esta carta. Medita delante del Señor y nota como en esa pequeña carta podemos vislumbrar el método por el cual Dios trata con los problemas sociales y políticos.

El indescriptible y maravilloso amor de Dios en Cristo Jesús

No deseo seguir hablando sobre la solución de los problemas sociales, pues no quiero predicar un evangelio social. No obstante, quiero invitarles a analizar la carta a Filemón desde

un punto de vista más elevado, pues en ella no tenemos meramente el punto de vista personal y social, sino que podemos ver en Filemón el indescriptible y maravilloso amor de Cristo.

Esta carta ilustra, aunque de modo infinitamente menor, aquello que Dios hizo con nosotros en Cristo Jesús. El valor de ella se asemeja al valor del libro de Rut en el Antiguo Testamento. Nos revela un cuadro mucho más sublime del amor de Dios para con nosotros en Cristo Jesús. Es evidente, no obstante, que al intentar entrever el significado espiritual de esta carta podemos querer incluir en nuestra interpretación todos los detalles. Sin embargo, necesitamos adoptar un enfoque más general y de esa forma descubrimos en esta carta un bello cuadro del amor de Dios para con nosotros en Cristo Jesús.

Podemos decir que, en un grado infinitamente menor, de modo incompleto e imperfecto, Filemón representa a Dios. Él es un hombre rico y tiene muchos esclavos. Filemón es un hombre lleno de amor, bondadoso y hospitalario. Nuestro Dios es rico; él posee todo el universo, es dueño de todas las cosas. Nosotros fuimos creados por él, y por ello, somos sus esclavos. Mas el hombre olvidó su posición. Olvidó que fue creado para satisfacer a Dios.

Onésimo debía, supuestamente, servir a Filemón, ser útil a Filemón.

El mismo nombre *Onésimo* significa *útil*. Pero él se tornó tan inútil. ¿No éramos eso nosotros? Como seres creados por Dios, nosotros deberíamos vivir para su satisfacción, deberíamos servirle, deberíamos serle útiles. Sin embargo, nosotros pensamos que, como seres humanos, estamos aquí sólo para buscar nuestro propio provecho, robar a Dios y vivir para nuestro propio beneficio, y es eso lo que el hombre ha hecho. Todos nosotros le robamos a Dios y luego huimos de él.

¿Tú crees que nuestro Dios es un Dios airado? D. L. Moody, el famoso evangelista americano, cuando era joven, predicaba el evangelio como si Dios fuese un Dios lleno de ira, persiguiendo a los pecadores a fin de castigarlos. Pero en cierta ocasión un hermano inglés llamado Harry Moorehouse vino a visitar la iglesia de Moody en Chicago. Moody no prestó mucha atención a aquel joven, y aun dudaba que éste tuviese algo de Dios para transmitir.

Cierto día, Moody tuvo que ausentarse, y resolvió darle una oportunidad. Entonces encargó a sus diáconos que le diesen una oportunidad a ese joven para ver lo que éste haría. Una semana más tarde, al regresar de su viaje, Moody preguntó a su esposa qué había sucedido, y ella le dijo: 'Ah, todas las personas han venido a la iglesia trayendo sus Biblias'. 'Pero, ¿qué predicó al fin?',

La teología de la liberación no es cristianismo,
es humanismo.

preguntó Moody. 'Oh', dijo ella, 'durante todos estos días no predicó otra cosa sino Juan 3:16: «...*porque de tal manera amó Dios al mundo*»'.

Después que Moody escuchó a Moorehouse, él cambió de manera radical todo su modo de pensar. A partir de entonces, él nunca más predicó presentando a Dios como un Dios airado persiguiendo a los pecadores. Siempre predicó a Dios como un Padre amoroso buscando incansablemente rescatar a sus hijos pródigos.

Amados hermanos, nuestro Dios no es un Dios de ira. Él tendría todo el derecho de estar airado con nosotros; pero no es así, él nos ama. No pensemos que Dios en el Antiguo Testamento es un Dios airado y que en el Nuevo Testamento él es un Dios amoroso. De ninguna manera. Él es el mismo ayer, hoy y por los siglos. Cuando él se reveló a sí mismo a Moisés en el monte, ¿qué dijo Moisés? «*Jehová, Jehová, fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado*» (Éx. 34:6-7).

Nuestro Dios es un Dios justo, pero al mismo tiempo él es amor. Nosotros actuamos mal con él, huimos de él. Somos los seres más despreciables en toda la creación suya. Somos peores que un cachorro, menores que una pulga; pero aun así Dios, en su abundante misericordia, nos salvó. ¿Cómo él hizo eso?

Pablo estaba preso y, en medio de su aflicción, él engendró a Onésimo. Pero Cristo, el cual era Dios, se vació a sí mismo. Asumió la forma de hombre, tomo la forma de un esclavo, a fin de servir al propósito de Dios. Se humilló a sí mismo y se entregó para ser crucificado. En su aflicción, él nos engendró; por su sangre, nos salvó. Él nos envió de vuelta a Dios, ya no como esclavos fugitivos, sino como miembros de su familia, como si estuviese diciendo al Padre: 'Recíbeles como a mí mismo'. Damos gracias a Dios por recibirnos de esa manera.

Pablo dice: «*Porque quizá para esto se apartó de ti por algún tiempo, para que le recibieses para siempre*» (Flm. 1:15). ¿No es eso verdadero con nosotros hoy? Es como si el Hijo dijese al Padre: 'Tú los perdiste por un poco de tiempo, pero ahora ellos te pertenecen para siempre'. Nosotros, que antes no le éramos útiles, somos aquellos de quienes el Señor mismo dice son útiles al Padre. Cuando nos volvemos al Padre, ¿no somos estreñidos por su amor a tal punto que nos entregamos plenamente a él para servirle, ser propiedad suya para siempre y serle útiles?

Antes éramos siervos inútiles, mas ahora le somos útiles. Eso es lo que la carta de Pablo a Filemón nos revela. Oh, que podamos ver a Cristo, que podamos ver cómo se dispuso él a sufrir, a morir en la cruz del Calvario, simplemente para traernos de vuelta a Dios el Padre.

* * *

Las especificaciones del tabernáculo

Hace algún tiempo pedí a un arquitecto que me hiciera el plano de una casa, cerca del Seminario de Forth Worth. Dibujó los planos de cuatro pisos; la perspectiva de dos lados, la del frente y la del fondo también; después una larga lista de especificaciones en cuanto a materiales, diciendo cómo debía usarse aquel material, las notas de la madera, de los ladrillos y de la piedra. Todo detalle fue escrito allí.

Pues bien, cuando hice el arreglo con el contratista para que la construyera según los planos y especificaciones, si se hubiera apartado en lo más mínimo de lo que había dejado escrito el arquitecto podía haberle exigido responsabilidades.

Hago estas observaciones para corregir algunas ideas equivocadas. Hay individuos que insisten en seguir estrictamente los planes y especificaciones de Dios para el tabernáculo y el templo, y niegan que haya hecho planes y especificaciones para su sucesor, la iglesia, y sostienen que importa poco lo que se hace en una iglesia, y que pueden hacer las cosas según el orden que les convenga.

Es una de las señales más espantosas de los tiempos, que haya tanto descuido con respecto a las instrucciones positivas de Dios. Es mil veces más importante que la iglesia continúe estrictamente siguiendo los planes y especificaciones de Dios, de lo que era para este tabernáculo, y, sin embargo, no hubo la variación de la octava parte de una pulgada en las medidas de este tabernáculo.

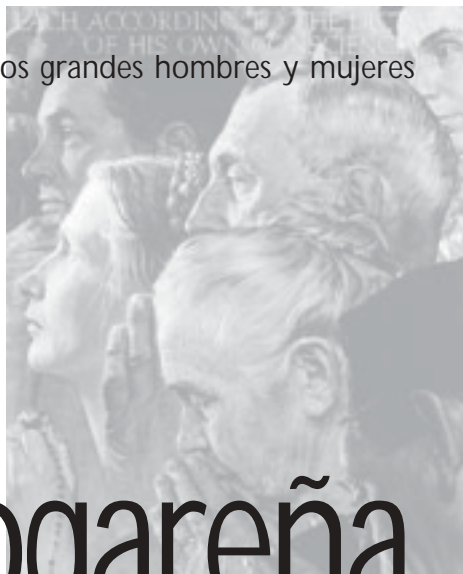
Debe reconocerse que Dios es un Dios de orden y no de confusión. Se nos dice aquí acerca de ciertas mesas y cómo debían hacerse, de lo que había que poner sobre ellas, justamente cómo habían de ser colocadas y exactamente cómo habían de usarse. Hay individuos que toman la mesa de la iglesia fuera de sus puertas y llaman a cualquiera para que participe de la Cena; cosa que no osarían hacer en su casa. Así como nosotros tenemos el derecho de poner lo que queramos en nuestra mesa, debemos dejar a Dios que nos diga lo que hay que poner en su mesa. Por esto nadie debe inventar cien cosas para añadirlas a lo que Dios ha ordenado.

B. H. Carroll

* * *

¿Cómo fueron los hogares de los grandes hombres y mujeres de Dios del pasado?

Dennis Kenaston



La vida hogareña de Amy Carmichael

Los padres de Amy ¹

Guillermo y Catalina se casaron alrededor del año 1865. Los dos tenían el privilegio de ser hijos de hogares piadosos. El fuego del avivamiento en 1859 trajo alientos nuevos del Espíritu Santo a las vidas de ellos. Uno nunca puede ser el mismo después de estar en medio de una visitación del Espíritu

Santo. Cuando Dios se manifiesta y se escucha su voz claramente, son como los días en los cielos, estando en la tierra.

Miles de almas entraron en el reino de Dios, y los padres de Amy estaban en medio de todo esto. El fuego del avivamiento también trajo vida nueva y libertad a las reuniones formales de la Iglesia Presbiteriana de Irlanda. Igualmente, el nuevo predicador estaba en medio del avivamiento. Todas estas circunstancias fueron ordenadas por Dios, obrando juntos para proveer muchas corrientes de aguas, para que la joven Amy

¹ Amy Carmichael (1867-1951) fue una misionera irlandesa en Japón y la India, donde desarrolló un ministerio entre las niñas consagradas a los dioses paganos, durante 56 años. Sus últimos 20 años los pasó inválida, lo que le permitió escribir alrededor de 40 libros.

creciera bien en medio de ellos.

La familia de Guillermo, y también la de Catalina, se pueden caracterizar por sus generaciones pasadas. Se encuentran señales de piedad y consagración en ambos linajes.

Guillermo fue conocido por todos en su pueblecito de Millisle por su honestidad, integridad, misericordia, y su corazón dispuesto a compartir. Quizás es difícil imaginarse que una familia se quedara en un mismo lugar por cien años, pero así fue con los Carmichael. El papá de Amy fue un molinero – moliendo trigo u otros granos, elaborando harina como hicieron sus antepasados durante cien años.

Había un cimiento piadoso bajo ambos linajes de los padres de Amy. Fueron a las reuniones los domingos, guardaban como santo el día del Señor, y otros principios fueron guardados igualmente. Y luego vino el avivamiento. Todos y todo estuvieron levantados en nuevas alturas de amor y dedicación. ¡Gloria a Dios por estos tiempos vivificantes y refrescantes de la presencia de Dios! Aunque era pequeño el pueblecito, y se puede decir que la iglesia fue muy insignificante, habían reuniones semanales que animaban más el alma hacia Dios a causa del avivamiento: clases bíblicas entre semana, reuniones evangelísticas los domingos por la tarde, y la reunión de todos los do-

mingos por la mañana se llenaban de vida; y pocos faltaban de asistentes.

El poder de la sana enseñanza.

El papá de Amy fue un hombre de La Palabra. Cada día toda la familia era llamada a un tiempo de adoración a través del repique de una campana. Guillermo se sentaba con una Biblia abierta en sus manos, leyéndola y explicándola. Estos ejercicios son los que moldean la mente y el corazón de un niño. Cuando están pequeños, sus mentes están claras y abiertas; y el memorizar ocurre casi inconsciente para ellos. El Catecismo Corto se usó con consistencia en el hogar, pues Guillermo procuraba que la familia estuviera sana en cuanto a las doctrinas de su iglesia. Al estudiar a estos santos del pasado, me conmueve una y otra vez cómo el papá entendió bien su responsabilidad de guiar a su familia con la Palabra. Hoy en día, temo que hayamos dado este trabajo al predicador; y esto se da solamente una o dos veces a la semana.

Al padre de Amy también le gustaban los sermones escritos de Charles Spurgeon. En aquel tiempo, se publicaban cada semana. Guillermo llevaba a su familia de paseo los domingos por las tardes, los sentaba bajo un árbol frondoso, y les leía el último sermón.

El alma de Amy estuvo cargada en cuanto a la pureza y las almas de estas jóvenes, y trabajó para salvarles de la ruina y la destrucción.

El poder de la firme disciplina

Nadie tuvo que interpretar lo que quería el papá, ni dónde estaban los límites en el hogar de los Carmichael. Lo blanco era blanco; lo negro era negro. Hubo pocos tiempos con áreas grises. Muchos hoy sienten que esto es demasiado estricto y que puede ser contraproducente. Sin embargo, vemos que esto trajo una sensación de amor y seguridad en la vida de este hogar. Lo que decía el padre o la madre siempre era respaldado con castigo si se desobedecía. Se usaban cinco formas de correcciones, según la gravedad de la falta.

– Pararse en la esquina del cuarto, ante la pared.

– Perder el privilegio de ir afuera y jugar.

– Recibir castigo con la vara.

– Recibir pequeños golpes en la mano con una regla de madera.

– Beber algo con sabor desagradable.

En todas estas correcciones, se enseñó al niño a recibir el castigo con respeto, y dar gracias por él después. Al estudiar esta área de la enseñanza a los niños, parece que Catalina se dio a la tarea de corregir a los niños también. El papá se iba al molino cada mañana y no regresaba hasta la noche.

El poder del amor de una madre

Siempre nos da gozo el ver un hogar bien balanceado, en el cual el padre y la madre se ocupan en criar a los hijos. El hogar de los Carmichael fue así. Esta madre irlandesa tuvo un corazón ocupado en criar una simiente piadosa para el Señor. Llena de

amor tierno y firmeza es la mejor manera de describirla. No dejó de hacerlo correcto en sus hijos. Si necesitaban castigos con la vara, se los dio inmediatamente; si necesitaban beber la bebida de sabor desagradable, les hizo tomarlo. Me gusta esta firmeza. Se necesitan madres así hoy. Está bien que para estar firme sea preciso tener una cara cejjunta a veces. Eso establecerá su autoridad.

Por otra parte, esta madre irlandesa fue una madre tierna y amante. Se sentó con los niños y les explicó cosas difíciles cuando ellos eran pequeños. Les cantaba todo el día, poniéndoles canciones en su memorias que quedaron en ellos toda la vida. Catalina inspiró a Amy a orar con fe a sus tres años de edad, pidiéndole a Dios que cambiara el color de sus ojos café. Esta mamá amada sentaba muchas veces a sus niños en sus rodillas, diciéndoles y mostrándoles que Jesús les amaba. ¡Oh, las impresiones de la niñez, puestas por el amor de la madre! Es difícil medir este tipo de influencia.

El poder de la escuela en el hogar

La historia no nos dice por qué había que enseñar a los niños en el hogar. Parece que era muy común en aquellos días. Aunque no vemos el porqué, muy claramente brillan los buenos resultados de esto en la vida de Amy. Fue enseñada por su madre y una colaboradora; una joven que se quedaba en el hogar para enseñar a los niños. Una de estas profesoras impresionó profundamente a los niños. Se llamaba Elenora Milne. Fue como una hermana mayor en el ho-

gar, y todos la amaban. Era una joven muy espiritual, llenó a los niños con muchas historias de misioneros y mártires. Los niños prestaron mucha atención mientras ella contaba de la India y las muchas necesidades en aquel país. La poesía, la historia, y la geografía se vivificaron en los niños mientras escuchaban a esta profesora, andando con ellos a la orilla del mar.

El papá y la mamá participaron mucho de la escuela en el hogar. Guillermo anduvo con los niños por «paseos de descubrimiento», en que los niños aprendieron de la naturaleza y la ciencia. ¡Cuánto esperaban los niños tales tiempos! Se compraron libros; todos los que pudieran (por supuesto, solamente de buen contenido) en aquellos días. Los niños leyeron, y también otros les leyeron a ellos. Se compraron juguetes; los que fueron una ayuda práctica para los niños. Los juguetes más estimados para Amy fueron los de la creación de Dios – animales para criar y cuidar. El papá les compró un microscopio para poder ver más de la creación y el orden alrededor. Los padres trataban de llenar a los niños con todo lo que era bueno, hermoso, y recto. A la vez, trataban de cuidarles de todo lo que *no* era bueno, hermoso, o recto.

El poder de los ejercicios piadosos

Al estudiar las historias de cómo Dios moldea a Sus siervos, aun antes de ser convertidos, estoy maravillado de Su providencia. Fijémonos en unas de ellas.

– Amy fue destinada a cumplir un llamamiento de servir a los pobres en

la India. Su mamá no sabía nada de esto. Sin embargo, Dios moldeaba a Amy por medio de las manos de su madre; sin saberlo ella. Amy tenía recuerdos de cuando era joven, de la costumbre de regalar comida a los pobres. Su mamá cocinaba sopa para los ancianos y los pobres. Amy y su hermano tuvieron la oportunidad de llevar esta sopa al pueblecito y regalarla a los necesitados. ¿Sería coincidencia que en el futuro Amy serviría así en la India? ¡No creo!

– Amy fue la mayor de siete hijos. Por esto, tuvo que cuidar a sus hermanos menores cuando se enfermaban. En ella se desarrollaron habilidades de cuidar y consolar con mansedumbre. Tan buena era ella que muchas veces los enfermos pedían que ella les cuidara en sus enfermedades. A sus 17 años, su querido papá falleció inesperadamente después de unas pérdidas financieras. La familia estuvo en la pobreza, y Amy llegó a ser como una segunda madre para los menores. ¿Otra coincidencia? No creo. Dios moldeaba una vasija. Hay que ayudar a nuestros hijos a ver como Dios ve.

– A sus 12 años, su papá se mudó a Belfast, Irlanda, para negociar. Él fue un hombre muy piadoso e influyente. Muchos predicadores y líderes de iglesias visitaban su hogar. ¿Quién se sentó y escuchó a estos hombres charlar de doctrinas, de almas, de los hechos de los misioneros, y de edificar el reino de Dios?

– A sus 17 años, empezó Amy a juntar a los niños de la ciudad los domingos por las tardes para enseñarles de la Biblia. Su corazón se exten-

dió hacia los pobres. Empezó a formar una asociación que se llamó «La Antorcha de la Mañana». Todos los que quisieron ser parte de ésta tuvieron que estar dispuestos a levantarse temprano cada día para estudiar la Biblia y orar. Luego, los sábados se reunían y compartían lo que habían aprendido, o confesaban sus faltas de la semana. También empezó una clase semanal para las niñas trabajadoras de la ciudad. Éstas eran trabajadoras jóvenes de las fábricas. El alma de Amy estuvo cargada en cuanto a la pureza y las almas de estas jóvenes, y trabajó para salvarles de la ruina y la destrucción. La clase creció hasta incluir 500 niñas.

¿Qué nos dice todo esto a nosotros? Dios usó todo esto para hacer de Amy una sierva especial. Amy no lo sabía en el principio. Tampoco sus padres lo entendieron. Lo que quiero notar es sencillo. Todavía Dios sigue moldeando a sus siervos de la misma manera. Ahora mismo tenemos algunos de estos siervos en nuestros hogares, bajo nuestra custodia.

Estemos atentos, y no demasiado preocupados, cuando vengan las oportunidades para enseñar a nuestros hijos sobre las experiencias de la vida. Algunos se preocupan demasiado por los jóvenes que sirven en las ciudades donde viven los pecadores. Estas escenas lamentables y miserables fueron las cosas que pusieron carga en el corazón de Amy por las almas perdidas. ¿Qué habría pasado si nunca hubiera visto estas horribles escenas?

Una vida como la de Jesús

¿Cuál fue el resultado de estos refrescantes ríos de avivamiento que fluyeron en medio del hogar donde crecía Amy? ¿Qué tipo de sauce creció en el hogar de los Carmichael? ¡Uno hermoso! De hecho fue un «árbol plantado junto a corrientes de aguas que da su fruto en tiempo, y su hoja no cae, y todo lo que hace prosperará» (Sal. 1:3). Amy sirvió a su amado Jesús en Irlanda durante sus 27 años. Luego fue a Japón durante 4 años, sirviendo como misionera y aprendiendo en la escuela de Cristo. A sus 31 años fue a la India, donde empezó la obra más conocida de su vida. Nunca volvió a Irlanda. Murió en la India a los 84 años.

¿Cómo podemos medir sus frutos? Una casa de huérfanos para las niñas prostituidas en los templos paganos. También iglesias, predicadores jóvenes, una vida escondida de oración durante los últimos 20 años de su vida (en ese tiempo padeció una enfermedad que le impedía hacer mucho trabajo material), y los libros escritos por ella (hay varios). Muchos siguen bebiendo de los ríos de agua viva que fluyeron de su vida.

Padres amados, ahora nos toca criar vasijas para el Señor. Estemos sedientos de esta agua de vida, y que estemos igualmente llenos hasta rebosar. Paguemos el precio para dejar fluir estas aguas en medio de nuestros hogares. Confiemos a Dios por los árboles plantados juntos a las corrientes de aguas.

(Adaptado y publicado con autorización)
<http://www.elcristianismoprimitivo.com>

Consecuencias de la desobediencia de un padre.



Decisiones fallidas

Marcelo Díaz

El libro de Jueces es un libro triste. Triste, porque se perdió la visión de avanzar de generación en generación. Cuando el pueblo de Dios salió de Egipto, dio vueltas muchos años por el desierto. Y a la muerte de Moisés, Josué continuó entrando y poseyendo la tierra que Dios había prometido. Sin embargo, con la muerte de Josué el pueblo perdió la visión. Dice la Escritura:

«Porque ya Josué había despedido al pueblo, y los hijos de Israel se habían ido cada uno a su heredad para poseerla. Y el

pueblo había servido a Jehová todo el tiempo de Josué, y todo el tiempo de los ancianos que sobrevivieron a Josué, los cuales habían visto todas las grandes obras de Jehová, que él había hecho por Israel. Pero murió Josué hijo de Nun, siervo de Jehová, siendo de ciento diez años. Y lo sepultaron en su heredad en Timnat-sera, en el monte de Efraín, al norte del monte de Gaas. Y toda aquella generación también fue reunida a sus padres. Y se levantó después de ellos otra

generación que no conocía a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel» (Jueces 2:6-10).

Así comienza la historia del libro de Jueces. En este libro se nos muestra la tarea inconclusa del pueblo de Dios. Porque las siguientes generaciones no avanzaron en la batalla de tomar toda la tierra que Dios les había entregado, y en consecuencia el pueblo se acomodó. Cada uno se fue a su heredad. Cambiaron las armas por herramientas, y comenzaron a trabajar la tierra. Se volvieron sedentarios, y olvidaron aquello que Dios les llamó a poseer. Mientras tanto los hijos comenzaron a crecer y vieron a sus padres en la comodidad. ¿Y qué reciben los hijos cuando ven la comodidad de los padres? Un evangelio cómodo. Luego, la tendencia natural será repetir los mismos patrones de conducta que la generación anterior.

Mucho de lo que son y serán nuestros jóvenes depende de nosotros. Si un hijo ve a su padre sin compromiso con lo espiritual, la tendencia natural para ese hijo será la misma. Los jóvenes ven y repiten.

Destaquemos dos cuestiones que agudizan el hecho. La primera, es que la segunda y tercera generación tienen en cierta manera mayor dificultad que la primera para creer. Pues no saben el costo de lo alcanzado, no conocen los portentos de Dios para introducirnos a la tierra. En la Biblia se registra que la primera ge-

neración vio caer el maná, vio que se abrió el mar Rojo y todos los milagros de Dios. No así las siguientes generaciones, que corrieron y cayeron en la tentación de asentarse y menospreciar lo alcanzado pues no conocieron el costo que debieron pagar sus padres. Entonces, de alguna manera a nuestros hijos les ocurre lo mismo. Claro, pues se crían en un ambiente más resguardado, de mayor protección, habiendo ya alcanzado algunas promesas, gozan de un ambiente sano en el cual pueden desarrollarse. Entonces, muchos no sienten la necesidad de un Salvador, pues en sus razonamientos, no han pecado. ¿De qué me voy a arrepentir, si no he hecho nada malo?. Tal es el dilema de un muchacho que se ha criado en el evangelio. Nosotros, los que venimos de afuera, vimos al Señor, vimos su gloria, supimos de nuestro pecado, nos arrepentimos y entramos a Cristo. Pero algunos de ellos no entienden nada de esto.

La segunda, es el conflicto de relacionarse con los hermanos, que en muchos casos es fastidioso, pues se les critica. Los demás sienten que estos muchachos en nuestras reuniones sólo pierden el tiempo, y se les mira mal, porque parece que no despiertan a la fe. En consecuencia, tenemos jóvenes con enormes obstáculos para continuar la tarea, para llegar a poseer toda la tierra que tienen por delante.

¿Qué reciben los hijos cuando ven la comodidad de los padres? Un evangelio cómodo.

Hermanos, hay que acoger a nuestros jóvenes, recibirlos. Estimularlos a la fe. No importa que vengan influenciados con ciertas modas, recibámoslos, abracémoslos. Porque son nuestros hijos, nuestros jóvenes. Ellos van a continuar. Nosotros nos iremos, ellos quedarán. Hay mucho aún por poseer.

Otro aspecto de la generación del libro de Jueces, es que fue ciega e incrédula, pues dejaron de ver lo que no se ve. En 2ª Corintios 4:18 se nos dice: «...*No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas*». ¿Qué ocurre cuando alguien deja de ver lo que no se ve? Comienza a ver lo que se ve; entonces se acomoda y pone su corazón en todo lo que se ve, y se olvida de lo que no se ve. Y se pierde la esencia de la vida – la meta. Recuerden Moisés se sostuvo como viendo al Invisible. Esto es esencial en una generación: Que los jóvenes puedan ver lo que no se ve. Cuando un joven logra percibir eso, ver al Señor, nunca más se olvidará de lo que vieron sus ojos. Por eso el esfuerzo de un padre debe estar en transmitir por todos los medios la fe, así facilitar la revelación del Hijo de Dios en sus hijos.

Observemos el último versículo del libro de Jueces que revela en su magnitud la decadencia espiritual de esa generación. A mi juicio, es donde más se nos muestra la condición de una generación que deja de ver lo que no se ve. «*En estos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía*» (Jueces 21:25). Cuando esto ocurre, emerge el «buen criterio», las

buenas opiniones, el ‘mejor razonamiento’, la ‘buena’ intención; en consecuencia, escasea el temor de Dios, y todo lo nuestro –aún cuando pudiese ser muy bueno–, surge en reemplazo de la buena voluntad de Dios. En esto consiste la tragedia del hombre.

La responsabilidad de un padre

En medio de ese ambiente de decadencia espiritual, de comodidad, de ceguera y falta de temor de Dios, nace el libro de Rut. Dice en el comienzo:

«Aconteció en los días que gobernaban los jueces, que hubo hambre en la tierra. Y un varón de Belén de Judá fue a morar en los campos de Moab, él y su mujer, y dos hijos suyos. El nombre de aquel varón era Elimelec, y el de su mujer, Noemí; y los nombres de sus hijos eran Mahlón y Quelión, efraeos de Belén de Judá. Llegaron, pues, a los campos de Moab, y se quedaron allí. Y murió Elimelec, marido de Noemí, y quedó ella con sus dos hijos, los cuales tomaron para sí mujeres moabitas; el nombre de una era Orfa, y el nombre de la otra, Rut; y habitaron allí unos diez años. Y murieron también los dos, Mahlón y Quelión, quedando así la mujer desamparada de sus dos hijos y de su marido» (Rut 1:1-5).

Aquí se inicia una historia que tiene un comienzo tan triste como el libro de los Jueces. Un varón toma una decisión equivocada y con esto traspasa muerte a su familia.

¿Recuerdan la parábola llamada del hijo pródigo? Cuando este hijo hubo malgastado todo dijo: ‘¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo, siendo el hijo, estoy muerto de hambre!’.

Pues bien, así también este varón llamado Elimelec, padre de familia, se fue de Belén –que significa casa del pan–, a otras regiones, las tierras de Moab, un pueblo reconocido como enemigos del pueblo de Dios. Dejó «la casa del pan», la casa del Padre, para iniciar un camino arduo y pedregoso. Como dice el proverbio: *«Hay camino que al hombre le parece derecho, pero su fin es camino de muerte»* (Prov. 14:12).

¡Elimelec se equivocó! Tomó una mala decisión, y con eso afectó a su esposa y a sus hijos.

Este varón, padre de familia, puesto por Dios allí para llevar el conocimiento del Señor, para resguardar la casa y llevarla bajo la sujeción a Jesucristo, se fue de la casa del pan, de allí donde hay provisión, donde está la bendición de Dios, a una tierra enemiga. Puso sus ojos en las cosas temporales, y se fue buscando mejores perspectivas.

Hoy es frecuente ver que algunos con mucha facilidad toman decisiones sin temor de Dios, y deliberadamente aceptan ofertas que les proyectan humanamente en lo laboral, académico, económico, social, sin considerar el consejo de Dios y el testimonio del cuerpo de Cristo. Sin siquiera consultar al Señor, buscan nuevas proyecciones. Como dice el versículo: *«...cada uno hacía lo que bien le parecía»*. Este lema suele ser el comienzo de aquellos que terminan en una gran tragedia.

Elimelec pensó que era lo mejor para sí y su familia. Él esperaba tener mejor bienestar, mejor posición económica y social. Pero perdería lo fun-

damental – perdería a Cristo. Su esposa le acompañó, sus hijos también, y se fue toda la familia concertada con un solo objetivo. Sin embargo, las consecuencias fueron nefastas, pues al cabo de un tiempo murió él y sus dos hijos.

¿Cuántas decisiones has tomado en tu vida? ¿Y en cuántas de ellas has traído muerte a tu familia? Toda decisión tiene consecuencia – tarde o temprano, la vida o la muerte afectará a los tuyos por tu decisión.

Por eso, cada padre tiene el imperativo del Espíritu de estar en el temor de Dios, consultando, inquiriendo, buscando, clamando. ¡Oh, Señor, revélanos tu voluntad! ¡Si no nos muestras tus caminos no nos moveremos; si no te revelas moriremos! Es nuestra tarea traer todas las cosas al Señor y compartirlas con el cuerpo de Cristo, y así, en la sabiduría corporativa, recibir dirección y gracia para agradecer al Señor. Este es nuestro llamado.

Noemí quedó viuda, con dos jóvenes mujeres viudas a cuestas. ¡Y qué tragedia significaba en ese tiempo ser viuda! Desamparada socialmente, sin varón, sin cobertura, sin derechos sociales. La mujer judía quedaba en la más completa indefensión social, condenada a vivir de la limosna, errante y pobre.

Hermanos, pregunto de nuevo: ¿Cuántas decisiones tuyas han traído muerte a tu casa? En el transcurso del servicio, me he encontrado con muchos jóvenes que sobrellevan amargos dolores por la conducta irresponsable de sus padres. Uno, como papá, no se da cuenta, pero los muchachos

muchas veces tienen verdaderos nudos internos a causa de nuestras malas decisiones. La incapacidad de un joven de avanzar en lo de Cristo, muchas veces tiene estrecha relación con las decisiones de sus padres.

Debemos ser francos en esto: hemos dañado a nuestras casas, muchas decisiones nuestras no han sido acertadas, y no hemos aportado vida a nuestro hogar. En consecuencia nuestras mujeres, deprimidas por nuestra actitud, han sentido la angustia del abandono y la incompreensión. Hoy hablo a los varones de la casa. ¡Hermanos! En esto somos responsables delante del Señor.

A mí no me sirve una mujer que nunca me diga nada, que casi no hable. A mí me sirve una mujer que me estorbe en la equivocación. Que me diga: '¡Pero eso no es del Señor, eso no está bien, eso no nos ha mandado el Señor!'. Necesito que me moleste y me incomode en todo aquello que está lejos de la voluntad de Cristo. Es probable que no es lo que yo quisiera escuchar. Eso a mí no me va a gustar; al contrario, me va a incomodar grandemente. Pero esta acción nos puede salvar. No puedo pretender que tengo toda la luz de Dios, y que la mujer que Dios puso a mi lado sólo es una compañía.

¿Cuántas decisiones tuyas han traído muerte a tu casa?

La responsabilidad de la esposa y los hijos

Por otra parte las mujeres también tienen una responsabilidad que cumplir. Dice la Biblia: «*Y un varón de Belén de Judá fue a morar en los campos de Moab, él y su mujer, y dos hijos suyos*». Es decir, la mujer consintió en tal decisión y ambos, junto a sus hijos, participaron a la ruina. Las mujeres son muy importantes en el reino de Dios, y a veces equivocan el sentido. Porque el Señor las ha puesto para ser ayuda idónea en lo de Cristo, y no han sido fieles en su responsabilidad, han entendido mal la sujeción, pensando que la sujeción es casi negación, anulación, casi no ser nada.

Eso no es la sujeción. Yo necesito a mi lado una mujer que me ayude en lo de Cristo, y que me estorbe en aquello que está mal. Tal mujer nece-

¡Cuánto de Cristo perdemos cuando las hermanas se disminuyen, se niegan y se anulan! ¡Cuánto pierde la iglesia cuando las mujeres se aíslan y se esconden! Mucho de Dios perdemos cuando las mujeres no asumen su posición.

Las esposas están puestas por el Señor, para edificar la familia y para colaborar, construir con su esposo en una misma dirección. Dice el proverbio: «*La mujer sabia edifica la casa, mas la necia con sus manos la destruye*» (Proverbios 14:1). Una esposa en el reino de Dios no puede ser pasiva. Las hermanas tienen una noble tarea, y una de sus funciones es estorbar todo lo que no es de Cristo. A nosotros los maridos no nos gusta, pero nos hace bien. Esto nos permitirá humillarnos, ponernos delante del Señor una y otra vez, buscar sincera-

¡Cuánto de Cristo perdemos cuando las hermanas se disminuyen, se niegan y se anulan! Mucho de Dios perdemos cuando las mujeres no asumen su posición.

mente su rostro para decidir en su voluntad lo que es bueno y agradable a sus ojos.

No ayuda a un marido el siguiente diálogo: Él dice: '¿Qué te parece si hacemos esto? Ella responde: 'Sí... Está bien'. El marido continúa diciendo: 'No, vamos a hacer esto otro'. Ella vuelve a responder: 'Sí, está bien'. Luego él vuelve a decir: 'No, vamos a cambiar, haremos aquello'. Y ella: 'Sí, está bien'. Pregunta: ¿Qué ayuda es esta? ... ¡Ninguna!

Hermana, cuando usted ve que su esposo va a pecar con tal actitud, con tal indecisión... ¡moléstelo! Es su responsabilidad. El seguir a Cristo, es seguirlo en la familia. Todos tenemos el mismo llamamiento. Con amor y respeto, la pareja es el agente más efectivo en la posesión de la buena tierra.

También dice el versículo: «...y sus dos hijos». Los hijos tienen su responsabilidad en el reino de Dios, pues pueden estorbar en lo que no es del Señor. Por supuesto, lo harán con respeto. ¡Cuántas veces hemos sido seriamente cuestionados por la fe genuina y sincera de un pequeño! Dios nos habla a través de los hijos. Un hijo tiene todo el derecho, en el Señor, de acercarse a su padre y demandar consecuencia, rectitud, honestidad. 'Padre, madre, no está bien esto que ustedes están decidiendo'.

¡Cuánto nos habla esto, cuando un hijo en fidelidad al Señor logra vencer la vergüenza y el temor, y en amor les habla a sus padres para corrección! Padres, debemos ser sensibles y humildes para recibir corrección del Señor aún de parte de nuestros hijos.

Pero, ¿qué ocurre cuando en un hogar nadie asume con responsabilidad el llamado de Dios? Entonces llega la muerte y ésta pasa a todos. Llega la destrucción, la pobreza, la angustia y el dolor.

La misericordia del Señor

Sin embargo, ¡bendito es el Señor, pues su misericordia es para siempre! Los padres hemos cometido muchos errores; aunque hemos tratado de hacerlo bien, nos hemos equivocado muchas veces. A menudo, hemos actuado en ignorancia; otras veces tozudamente.

Sin embargo, la misericordia de Dios no queda inmóvil frente a un corazón contrito y humillado. Porque la historia nos cuenta que de esta situación tan trágica de la casa de Elimelec, Dios se proveyó descendencia. Dios en su omnisciencia, con una decisión tan equivocada de un padre, encontró fe en una mujer extranjera: Rut la moabita, que vuelve junto con Noemí, su suegra, de los campos de Moab a la ciudad de Belén (Rut 1:6,

19). Rut halla refugio en Dios. Y Dios Padre, que es rico en misericordia, encuentra en ella un vientre dispuesto a recibir su descendencia. En su soberanía, él introduce a una mujer que viene de un pueblo maldito, excluida de la congregación de Israel, en el pueblo de Dios, para cumplir su propósito eterno. Rut se unió a Booz y tuvieron hijos, ¡y de esa descendencia vino nuestro bendito Señor Jesucristo! (Rut 4:20-21).

Hermanos, consideremos la misericordia del Señor, que es capaz de sacar luz de una decisión errada y oscura, cuando hay arrepentimiento. Dijo el hijo pródigo de la parábola: ¡Oh, volveré a la casa de mi padre y le pediré perdón! *«Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros»*. ¿Y qué hizo el padre? Se echó sobre su cuello y le besó, le vistió, pulso calzado en sus pies e hizo fiesta. Cuando un hombre se arrepiente, la misericordia de Dios le cubre, y aun de la peor decisión puede obtener vida. ¡Qué maravilloso, qué precioso es el Señor!

Y así fue. Usted lee la genealogía de Mateo y de Lucas, y allí está escrito el nombre de Rut. Su hijo se llamó Obed, y éste es padre de Isaí, padre de David, de quien viene Jesucristo.

Pidiéndose perdón

Quisiera que terminemos con un acto de amor por nuestros hijos. Vamos a tomarlos, los vamos a abrazar y les vamos a pedir perdón por nuestras equivocaciones. Busque a su hijo, tómelo, abrácelo, y dígame: 'Perdón hijo por mis errores, por mis equivocaciones. Yo te amo. Tú eres mi hijo, tú eres mi hija, y tú vas a continuar la tarea'. Hay mucho de Cristo por conocer.

Jóvenes, vayan donde sus padres y abrácenlos. También pídanles perdón por sus rebeliones, por sus obstinaciones, por sus malas palabras y actitudes. Cada uno con sus padres, cada uno con sus hijos. Reconcíliese con su hijo, abrácelo, ámelo; dígame que lo necesita.

Exaltad al Señor.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Temuco, en julio de 2007.

* * *

Llenos de años

En el Antiguo Testamento leemos acerca de patriarcas que murieron «llenos de años». Esto significa que vivieron la totalidad de los días que Dios les había dispuesto. Sea nuestra vida larga o corta, Dios no quiere que perezcamos como los pecadores, antes de que nuestros días se hayan cumplido. Nuestros años serán suficientes para llevar a cabo lo que a los ojos de Dios sea nuestra tarea.

Watchman Nee, Aguas refrescantes



Preguntas que los jóvenes suelen hacer

¿Por qué mis padres no me comprenden?

¿ Sabes? Un padre siempre va a querer lo mejor para sus hijos, a menos que sea una persona muy desquiciada. Si tu padre te ha tratado mal, tal vez sea porque él no conoce al Señor. Si es así, él mismo tiene problemas mayores. Si tu padre te abandonó, es porque él mismo

cayó en desgracia. Pero lo normal es que tu padre reaccione a favor de ti.

Es necesario comprender a los padres. No mires tú el regaño del papá. No mires tú esas reacciones negativas. Piensa que ellos te tuvieron en sus brazos, te han cuidado, alimentado. Ellos trabajan por ti. Ellos se preocupan de que tengas ropa, casa, comida, que tengas una profesión. Ellos quieren lo mejor para ti.

La gran mayoría de los padres se han sacrificado por sus hijos. ¡De cuántas cosas ellos se abstienen! No se compran ropa muy a menudo.

Hemos sabido de esposos que tienen problemas con las esposas, porque ellos quieren que ellas se compren ropa ¡pero ellas no quieren por darle al hijo o a la hija la preferencia! «El hijo primero», o «la hija primero». Ellas prefieren usar los zapatos viejos, o la ropa vieja. Prefieren comprarse ropa barata, porque hay que comprarle al hijo o a la hija lo mejor.

Muchos padres quizás están fracasando. Les ha costado controlar a sus hijos, les ha costado educarlos bien. Y tienen su esperanza en que sus hijos puedan encontrar el camino, que amen al Señor.

«¿He intentado yo comprender a mis padres?». Filipenses 2:4 dice: «No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros.» – Yo soy hijo y lo quiero todo–; pero pongámonos en el lugar del papá. Él tiene que ordenar el presupuesto, tiene que gobernar su casa, él tiene que ordenarlo todo. Él tiene una responsabilidad, y más encima si no soy el único hijo ... Pongámonos en su lugar.

Él tiene que enfrentar uno y mil problemas. A veces tendrá más problemas que tú. Él también es hombre y es débil, y pasa por grandes tristezas. Pongámonos en su lugar. Comprendámoslo cuando anda malhumorado. Algo malo le habrá ocurrido. Habrá sufrido o estará sufriendo también.

Pongámonos en su lugar.

¿Por qué debo aceptar la disciplina?

Hebreos 12:7-11 dice: «Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos ... Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados».

La disciplina sólo desde el punto de vista del hijo puede parecer dura. Es la reacción natural propia. Pero ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Es un derecho y un deber del papá hacerlo. Porque si el papá nos diera todo lo que le pedimos, nos hace un daño. Muchas veces el papá está obligado a decir ¡no!. Si no lo hiciera, sería un pésimo padre. Incluso, un hijo sabio debiera decir: «Papá, no gastes tanto en mí. Es suficiente».

La disciplina es una demostración de amor. «Te amo tanto, hijo, que no quiero que seas de esa manera. Te amo tanto, que no te puedo permitir esta rabieta».

¡Qué tristeza da cuando un niño le hace el 'show' al papá, y el papá... nada. Ya se acostumbró. Y después, para el que niño no haga el 'show', hay que darle lo que quiere.

Hay muchos padres que lamentablemente han fracasado en la educación de sus hijos... y no es por disciplinar; al contrario ... es por no haber disciplinado a tiempo.

Y los niñitos son adolescentes (y

mayores aun), y todavía tienen berrenches, y los papitos tienen que ceder, y los hijos tienen el control sobre sus padres.

Ocupemos nuestro lugar. El papá es papá; el hijo es hijo. No mandes tú, hijo, porque eso invierte el orden: el papá tiene que mandar, y el hijo tiene que obedecer.

¿Por qué no me dan más libertad?

Lucas 16:10 dice: *«El que es fiel en lo poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto».*

Supón que tu madre te manda a hacer la cama y tú no la haces, ella bien te podría decir:

«Hijo, ¿cómo voy a confiar en ti, si te mando a hacer la cama y no la haces? ¿Cómo voy a confiar que, sin que yo te vea, tú vas a hacer lo que te

digo? Vas a estar lejos de mí. Si te mando a hacer algo pequeño y no lo haces. ¿Cómo voy a confiar en ti?».

El que es fiel en lo poco, es fiel también en lo mucho. Si tú obedeces en lo poco, los papás van a tener confianza en forma progresiva para ir confiando más. En algo tan simple como hacer la cama u ordenar tu pieza o levantarte a la hora que se te pide, y cumplir con las tareas del colegio. Al ser fiel en lo poco vas ganando «puntaje».

La libertad es un asunto que se va ganando con la madurez, con la responsabilidad con que se asumen los compromisos presentes.

La edad es un factor importante a la hora de reclamar libertad, porque con la edad viene la madurez.

Nadie puede exigir más libertad si no hace buen uso de la que tiene en sus manos. En realidad, la libertad que obtengas no depende de tus padres, sino de ti.

* * *

Una tentación peligrosa

En el hombre se forman dos grandes impulsos. El primero es su necesidad de una relación con Dios, y el segundo su necesidad de una relación con el sexo opuesto. Hay una tentación especial ligada a este impulso sexual. ¿Cuántas jóvenes hay que son creyentes fieles hasta que llegan a cierta edad y sienten con todo su ser, aun sin analizarlo, la necesidad del matrimonio y luego terminan casándose con un hombre no creyente? ¿Y cuántos hombres hay que son fieles hasta que sienten el impulso masculino y abandonan su fidelidad a Dios al casarse con una mujer que les lleva a ambos a problemas espirituales por el resto de sus vidas? Observo a estos hombres y mujeres que pasan por esto, y lloro por ellos, porque en cierta forma no hay agonía mayor que enamorarse y luego darse cuenta que uno debe decir no a este impulso natural, porque conduce, en ese caso particular, a un quebrantamiento de nuestra mayor relación: nuestra relación con Dios.

Francis A. Schaeffer, Génesis en el tiempo y en el espacio.

Tres peticiones

(25) *Abatida hasta el polvo está mi alma; vivifícame según tu palabra.*

(26) *Te he manifestado mis caminos, y me has respondido; enséñame tus estatutos.*

(28) *Se deshace mi alma de ansiedad; susténtame según tu palabra.*

(Salmo 119)

He aquí tres versículos que tienen una estrecha relación. Tres circunstancias difíciles en la vida del creyente, en que es socorrido por la Palabra de Dios. Primero, en la más absoluta postración; luego, en el caminar de la fe, y por último, en un momento de ansiedad. En los tres casos se expone una situación de apremio y, en seguida, hay un ruego muy enfático referido al Señor, para que sea respondido por la Palabra.

La primera instancia es de *fracaso total*. El creyente está abatido hasta el polvo; no hay fuerzas para permanecer en pie. En esa circunstancia se requiere de la vida, y entonces el clamor es «*vivifícame*». La respuesta viene: «*y me has respondido*».

Luego, venido ya el primer socorro, el creyente queda en pie. Pero viene una segunda instancia. Los caminos propios son inútiles, sólo llevan al fracaso. *Es necesario ser enseñado por Dios acerca de sus propios caminos*. Está en pie, pero está aún en angustia porque no sabe caminar. ¿Hacia dónde ir? ¿Qué hacer? Por eso pide el sustento. El problema ahora se centra en el camino, y él sabe que la única manera de apartarse del camino de la mentira y seguir el camino de la verdad es que el Señor le ensanche su corazón. Así podrá no sólo caminar, sino correr por el camino de los mandamientos de Dios.

Finalmente, vemos que en este caminar hay problemas. Surge la prueba, y *la ansiedad embarga el alma*. ¿Qué se puede hacer? Sólo el Señor puede sustentar al creyente con su Palabra.

Es de notar el paralelismo que hay en estos tres versículos: tres necesidades y tres socorros de Dios por medio de su Palabra.

¡Oh, Señor, *vivifícame, enséñame y susténtame* por tu Palabra!

* * *

¿De Dios o de los hombres?

Gamaliel era respetado entre los judíos. Maestro de maestros entre los fariseos de Jerusalén. Como ante Job, “los príncipes detenían sus palabras; ponían la mano sobre su boca” cuando él hablaba.

Ahora tenía delante de él un gran problema: los apóstoles de Jesucristo estaban inquietando a sus pares con sanidades y prodigios en el nombre de Uno a quien habían dado muerte. ¿Qué hacer?

Gamaliel trajo un poco de cordura a esos ánimos exaltados: “Apartaos de estos hombres. Si esta obra es de los hombres, se desvanecerá; si es de Dios, no la podréis destruir”.

Lo único que importa, en realidad es eso. Conocer cuál es la procedencia de una determinada obra. La procedencia determina su fin. Si procede del hombre, perecerá con el hombre. Si es de Dios, permanecerá.

Todo hijo de Dios se encuentra muchas veces ante este dilema. ¿Es esto de Dios o es del hombre? Y puede preguntarlo respecto a lo de otros o de sí mismo. Sea como fuere, no le conviene invertir sus esfuerzos en una causa perdida.

Hay muchos bancos en quiebra hoy en el mundo, y no conviene poner los ahorros en un banco que va a cerrar.

Para que una obra sea de Dios ha de comenzar en Dios, ha de ser sostenida por Dios y debe concluir en Dios. Para que esto pueda ser hecho, es preciso que Dios cuente con instrumentos que no busquen hacer su propia voluntad, ni busquen su propia gloria.

“El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca; pero el que busca la gloria del que le envió, éste es verdadero, y no hay en él injusticia” (Juan 7:18).

Tal vez el principal problema de Dios a la hora de emprender una obra es hallar los hombres adecuados. Hombres que estén limpios de toda motivación extraña, personalista. Hombres que puedan decir: “No sé nada, no puedo hacer nada, sino lo que tú me digas y como tú lo digas”.

¿Está usted entre ellos?

* * *



¿Tuvo el universo un comienzo impersonal?

Francis A. Schaeffer

La noción de que todo comenzó con un algo impersonal es el consenso o asentimiento del mundo occidental en el siglo XX. Es también el consenso de casi todo el pensamiento oriental. Casualmente, si nos adentramos hacia atrás lo suficiente, llegamos a una fuente impersonal. Es la opinión de lo que una vez llamé *ciencia ultramoderna*, y está integrado en la noción de la uniformidad de las causas naturales en un sistema

cerrado. También es el concepto de mucha teología moderna si uno se adentra retrospectivamente lo suficiente.

No obstante, un comienzo impersonal suscita dos problemas abrumadores que ni el Oriente ni el hombre moderno se han atrevido a plantearse. Primero, no hay explicación verdadera para el hecho de que el mundo externo no sólo existe sino que tiene una forma específica. El estudio

científico, a pesar del frecuente intento de reducir el concepto del condicionamiento personal al área del condicionamiento químico y psicológico, demuestra que el universo tiene una forma definida. Se puede ir de lo particular a una unidad mayor, de leyes menores a más y más generales o súperleyes. En otras palabras, cuando miro al Ser que es el universo externo, resulta obvio que no es precisamente un puñado de guijarros arrojados ahí afuera. Lo que está ahí tiene forma. Si afirmamos la existencia de lo impersonal como comienzo del universo, sencillamente no tenemos explicación para esta clase de situación.

Segundo, y más importante, si comenzamos con un universo impersonal, no hay explicación para la personalidad. En un sentido muy real, la pregunta más importante para todas las generaciones – pero mucho más para el hombre moderno – es: «¿Quién soy yo?». Porque cuando me miro, yo, y veo a mi alrededor a otros hombres también, una cosa inmediatamente es obvia: el hombre tiene una «hombredad» (calidad de hombre, lo específicamente humano). Se encuentra doquiera se halle un hombre, no sólo en los hombres que viven hoy, sino a través de la historia. La suposición de un comienzo impersonal nunca puede explicar adecuadamente los seres personales que vemos a nuestro alrededor, y cuando los

hombres tratan de explicar al hombre sobre la base de un origen impersonal, lo específicamente humano desaparece pronto.

En suma, un comienzo impersonal ni explica ni la forma del universo ni la personalidad del hombre. Por tanto, no ofrece una base para entender las relaciones humanas, la formación de sociedades justas o el quehacer de cualquier tipo de esfuerzo cultural. No es sólo el universitario quien necesita comprender estas interrogantes. El agricultor, el obrero, el campesino, todo aquel que se mueve y piensa, necesita conocer. A medida que miro y veo que algo está ahí, necesito saber qué hacer con ello. La respuesta impersonal no explica, a ningún nivel ni en ningún lugar ni en ninguna época de la historia, estos dos factores básicos: el universo y su forma, y la «hombredad» del hombre. Esto es así ya se exprese en los términos religiosos del panteísmo o en términos científicos modernos.

La tradición judeo-cristiana empieza con la respuesta opuesta. Y es sobre ésta que toda nuestra cultura occidental se ha edificado. El universo tuvo un comienzo personal, un comienzo personal en el mandato de la Trinidad. Antes de «*En el principio ...*» lo personal ya estaba ahí. Amor, pensamiento y comunicación existieron antes de la creación de los cielos y la tierra.

El hombre moderno está profun-

Un comienzo impersonal ni explica ni la forma del universo ni la personalidad del hombre.

damente atormentado por la pregunta: «¿De dónde vienen el amor y la comunicación?». Muchos artistas que se expresan sinceramente en sus cuadros, que pintan mensajes sombríos sobre lienzos; muchos cantantes, muchos poetas y dramaturgos nos cuentan lo sombrío del hecho de que, mientras todo depende del amor y la comunicación, ellos no saben de don-

de provienen éstos ni lo que significan.

La respuesta bíblica es de signo totalmente contrario: algo estaba ahí antes de la creación. Dios estaba ahí; el amor y la comunicación estaba ahí; y, por tanto, aun antes de Génesis 1:1, el amor y la comunicación son intrínsecos a lo que siempre ha sido.

Tomado de Muerte en la ciudad.

* * *

“Si se convierte, avíseme”

En cierta ocasión, cuando D. L. Moody era aún joven en la obra de Dios, visitó cierta ciudad de Illinois, Estados Unidos. Un juez de aquella ciudad era escéptico. La esposa de este juez imploró a Moody que visitara a su esposo, pero Moody respondió:

– Yo no puedo hablar con su esposo. Yo no soy nada sino un joven cristiano sin educación y sin experiencia, y su esposo es un escéptico educado.

Pero la señora insistió, y Moody fue a ver al juez. Los empleados de la oficina se sonrieron cuando vieron al joven viajero de Chicago entrar en la oficina del juez para hablarle. La conversación duró poco tiempo. Moody dijo:

– Señor Juez: yo no puedo hablar con usted. Usted es un escéptico educado, y yo no tengo erudición, pero deseo decirle sencillamente que si algún día usted se convirtiera, suplico atentamente que me avise.

– Sí, joven, si alguna vez me convirtiera, le avisaré – contestó el Juez.

Así terminó la conversación. Los empleados se sonrieron más cuando salió el entusiasta joven cristiano, pero el Juez fue convertido dentro del año. Cuando Moody visitó otra vez la ciudad, suplicó al juez que narrara cómo fue, y éste dijo:

– Cierta noche, mientras mi esposa estuvo en un culto de oración, empecé a sentirme intranquilo y angustiado. No me pude imaginar lo que me pasaba, pero al fin me acosté antes que mi esposa regresara a casa. Toda aquella noche no pude dormir. Me levanté temprano, no me desayuné y fui a mi oficina. Dije a los empleados que no trabajaríamos aquel día y me encerré en mi oficina privada. Me sentía más inquieto y al fin me arrodillé y pedí a Dios, por el amor de Cristo, que perdonara mis pecados, y luego hallé paz.

R. A. Torrey, Cómo orar

Lo que descubrí cuando levanté el velo en mi mundo.



Fui una hija del Islam

Rockie

Nací en Jordania en una familia musulmana, y me llamaron Ruqaya, como una de las hijas del profeta Mahoma. Mi tío, que se había trasladado a Chicago, le habló a mi padre sobre las maravillosas oportunidades que había en los Estados Unidos, así que nos vinimos aquí cuando yo tenía ocho años. Él trabajaba con entusiasmo para mantener a su familia, pero le preocupaba que nosotros llegáramos a ser ‘cristianos’. Así que, mientras mis hermanos y yo íbamos a una escuela pública durante la semana, debíamos participar en los estudios islámicos los fines de semana. Los únicos amigos que yo tenía

eran los chicos musulmanes que asistían a esos estudios conmigo.

A medida que yo crecía, mi padre se intranquilizaba más y más con la posibilidad de que yo me ‘americanizase’. De tal manera que cuando cumplí los 14 años él decidió que yo regresara a Jordania para vivir con mi abuela. Yo no me afligí por la idea de vivir tan alejada de mi familia, y cuando llegué a Jordania, amé a su pueblo, su cultura y el Islam, y me sentí feliz allí.

Más del 90 por ciento de los musulmanes pertenecen a la secta sunita. Los sunies siguen estricta-

mente el Corán y el Hadiz (los dichos de Mahoma). Puesto que mi familia era sunita, yo oraba cinco veces al día, ayunaba durante el mes de Ramadán, leía diariamente el Corán, usaba el velo (cubriendo mi cuerpo y mostrando sólo mi rostro, mis manos y mis pies), y trataba de imitar al profeta Mahoma en todos los sentidos. Pero no importa lo que yo hiciera por Alá, yo sentía que necesitaba hacer más para evitar su ira; necesitaba ganar su favor a fin de poder ir al cielo.

Pasé tres años en Jordania, pero extrañaba mucho a mi familia, y le pregunté a mi padre si podía volver a vivir con ellos en los Estados Unidos. Una vez que volví, dejé de llevar cabeza cubierta porque no quería parecer un 'bicho raro', pero aún me mantuve firme en mis oraciones y en mi fe. Y era feliz, hasta que mi padre decidió que era tiempo de casarme.

La cultura árabe no permite a los hombres y mujeres buscar su pareja. Cuando un hombre encuentra a una mujer 'conveniente', es normalmente a través de conexiones familiares. El hombre y su familia visitan la casa de la joven para reunirse con la familia de ella. A la pareja se le permite hablarse, pero sólo en presencia de todos. Después de varias visitas similares, ambos deciden si quieren casarse. En el Islam, una mujer tiene el derecho a negarse, pero en la cultura, la familia normalmente presiona a la

muchacha para aceptar. En la cultura y en la religión, una mujer puede casarse con su primo. Así que, cuando cumplí 23 años, mi papá me presionó para que me casara con un primo que vivía en Jordania. Yo estaba en contra de la idea y ciertamente no quería pasar el resto de mi vida unida a alguien a quien no amaba, pero sentía que no podía ir contra los deseos de mi progenitor. Antes que yo viajara, mi padre voló a Jordania para preparar la boda. El resto de mi familia no podía darse el lujo de volar a Jordania, así que mi padre sería el único miembro cercano de la familia en la ceremonia.

Una semana después, mi hermano mayor me llevó al aeropuerto para asegurarse que yo tomaba el avión. Debido a las fuertes medidas de seguridad imperantes en los vuelos internacionales, él no podía llevarme hasta la puerta de embarque, así que me dejó en el terminal y se fue a casa.

Un acto de valor

Mientras yo esperaba por mi vuelo, pensaba en mi futuro. ¡No quería casarme con mi primo! Pero si no lo hacía, deshonraría a mi familia. En la cultura árabe, cuando una mujer deshonra a los suyos –o si aun se sospecha que lo ha hecho– ella merece la muerte. Yo sabía que si dejaba el aeropuerto y huía, mi familia me buscaría para matarme por deshonrarlos. Pero mientras más pensaba en lo mi-

Tomé mi equipaje y escapé al hotel más cercano para ocultarme.

serable que sería estar casada con un hombre al cual yo no amaba o respetaba, más me enfadaba. Interiormente, grité a Alá: 'Yo he ayunado para ti; he orado a ti cinco veces por día; incluso he estudiado el Corán para ti. ¡Y tú permites que ocurra esto!'. Allí entonces, el 10 de febrero de 1990, yo dejé de orar y adorar a Alá.

Tomé mi equipaje y escapé al hotel más cercano para ocultarme. No tenía mucho dinero y con desesperación pensé en lo que haría. Yo no tenía amigos americanos porque mi padre no me permitía ser influenciada por sus 'formas satánicas'. Pero conocía a una mujer americana a quien llamé desde el hotel. Le conté brevemente lo que pasaba y le pregunté si podía quedarme con ella por algún tiempo. Ella vino de inmediato y me recogió.

Dieciséis horas después, cuando el avión aterrizó en Jordania sin mí, mi padre se puso furioso. Él llamó a mi hermano y le dijo que me encontrara.

Estuve con mi amiga durante unas semanas, hasta que un día mi hermano se presentó en su oficina con un arma. Él le dijo: 'Yo sé que usted tiene a mi hermana. ¡Devuélvala antes de que alguien resulte herido!'. Alguien llamó a la policía, pero mi hermano salió antes que ellos llegaran. Mi amiga llegó a casa esa noche y me dijo que era muy peligroso para mí permanecer más tiempo con ella, y me recomendó que me quedara en un refugio para mujeres víctimas de violencia hogareña.

Cuando llegué al refugio, ellos me dijeron que no podría quedarme mu-

cho tiempo allí porque habían visto a dos hombres mostrando mi fotografía en un restaurante cercano. Al cabo de una hora, fui enviada a otro refugio.

Después de varias semanas allí, y sólo después que empecé a sentirme a salvo, me permití sentir alguna emoción. Todo lo que había guardado estalló fuera de mí, y sollocé lamentando la pérdida de mi familia y mi estilo de vida.

Yo había obtenido la ciudadanía estadounidense, así que me uní a la Guardia Nacional por la protección del gobierno. Después de mi entrenamiento, volví y encontré un trabajo. Milagrosamente, me oculté de mi familia durante cuatro años. Pero yo los extrañaba mucho, y finalmente me armé de valor, avisé a mi madre, y me encontré con ella y mi hermana menor. Pasamos casi todo nuestro tiempo juntas llorando. El resto de mi familia tenía poco que decirme. Pausadamente en el tiempo, mi familia y yo empezamos a reconciliarnos, y me asombré cuando ellos aceptaron mi retorno. 'Alá no me descuidó después de todo', pensé, y volví a mi fe. Ya no oraba cinco veces al día ni le rendía culto como en el pasado, pero le agradecía diariamente y hacía cosas buenas para agradecerle.

Se hace la luz

En febrero de 1998, acepté un trabajo para una compañía en Texas. Tres días después de trasladarme, me encontré a Robyn que estaba paseando su perro delante de mi apartamento. Empezamos a conversar y muy pronto nos hicimos amigas. Así,

cuando ella me invitó a ir a su iglesia, yo estuve de acuerdo. 'Tal vez está bien', pensé. 'Mi fe también sostiene que Jesús fue mensajero de Alá. De seguro, Alá no se perturbará si voy a la iglesia'. Disfruté el sermón del pastor – excepto cuando él habló sobre Jesús. A veces él decía que Jesús es Dios, y a veces decía que Jesús es el Hijo de Dios. ¿Cómo podía ser Jesús Dios y el Hijo de Dios? Pero seguí yendo a la iglesia con Robyn hasta que un día el pastor dijo que la iglesia estaba apoyando a misioneros en países musulmanes donde no conocían a Jesús. Yo pensé: 'Por supuesto que los musulmanes conocen a Jesús. Necesito poner esto en claro'. Después del servicio, me presenté al pastor, Pete, y le dije: 'Yo soy una musulmana, y sí conozco a Jesús'.

Yo estaba totalmente convencida que el profeta Mahoma era el último mensajero y el Corán el último libro enviado por Alá. El Corán dice claramente que Jesús fue un mensajero nacido de una virgen, María. Él realizó muchos milagros como resucitar muertos, sanar a los enfermos, hablar cuando era un bebé, y dar vida a un pájaro hecho de arcilla. Alá lo amó tanto que cuando sus enemigos se estaban preparando para crucificarlo, él envió a alguien que se parecía a Jesús a ser crucificado en su lugar. Los musulmanes no creen que Jesús murió, sino que fue llevado al cielo para ser protegido de sus enemigos. Jesús, en el Corán, reclama que él nunca dijo a nadie que le adorase a él, sino que adorasen al verdadero Dios, Alá. Según los musulmanes, la Biblia ha sido cambiada, y cristianos y judíos

Han transcurrido casi cuatro años desde ese día.
Mi papá y mi hermana mayor se niegan a hablarme.

no tienen realmente los libros verdaderos. Cuando Alá le dio el mensaje a Mahoma, Alá conservó el Corán y se aseguró que nadie lo cambiase.

Cuanto más yo asistía a la iglesia, más me preguntaba por qué los cristianos tenían creencias diferentes a los musulmanes; la Biblia y el Corán no concordaban. Mientras yo contenía con la fe cristiana, preguntaba a Robyn y a Pete: ¿Fue Jesús crucificado? ¿Murió Jesús en la cruz por nuestros pecados? ¿Es Jesús Dios, o el Hijo de Dios? ¿Qué significa la Trinidad? ¿Es la Biblia realmente fidedigna?

Leí diferentes libros sobre el Cristianismo y el Islam, y descubrí que la Biblia no había cambiado; sus libros eran exactos. Entonces Pete me presentó a Dan, un profesor de la Biblia, quien me condujo a través de las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento y me mostró cómo ellas se cumplieron en el Nuevo Testamento. En ese punto yo pude creer que Jesús fue crucificado por nuestros pecados. Pero aún luchaba con si Jesús era o no Dios. En el Islam, creer en cualquier otro dios aparte de Alá es blasfemo e imperdonable.

El domingo 2 de agosto de 1998,

un pastor cristiano iraní llamado Iraj, a quien conocí a través de Pete, me llamó y me dijo que le gustaría reunirse conmigo para conversar acerca de nuestras creencias. Esa tarde le dije que yo creía en la crucifixión de Jesús, pero no en su deidad. Le conté que yo había estudiado la vida de Jesús y nadie en la historia era comparable a él. Iraj me dijo: 'Bien, si piensas que él es tan maravilloso y que murió en la cruz por tus pecados, ¿confesarías eso delante de Dios?'. Yo estuve de acuerdo, y oramos juntos. Aquel día yo recibí a Jesús como mi Salvador. Después de eso, el Espíritu de Dios empezó a abrir mis ojos a la verdad de la deidad de Jesús.

Han transcurrido casi cuatro años desde ese día. Mi papá y mi hermana mayor se niegan a hablarme. Con mi madre mantengo una relación en que no se menciona mi conversión. Mi hermano me rechazó. El resto de mi familia tolera mi nue-

va fe.

Uno de mis anhelos más profundos es ver a mi familia y a todos los musulmanes aceptando a Jesús como su Salvador y ver a los cristianos con una carga por el pueblo musulmán, sobre todo por aquellos que viven en los Estados Unidos.

Estoy muy agradecida de que Jesús me haya conducido a él mismo. Él ha estado allí para mí cuando yo lo he necesitado – y aun cuando yo pensaba que no lo necesitaba. En el Islam, yo tenía que obrar para ganar la aprobación de Dios. ¡Ahora soy libre para cobijarme en su amor incondicional! Por sobre todo, me asombra que Jesús me amara hasta el extremo de morir en la cruz por mí, de tal manera que ahora yo soy una hija de Dios.

*Copyright © 2002
Christianity Today International/
Today's Christian Woman magazine.*

* * *

Mindball

Hay un nuevo fenómeno en juegos llamado "Mindball". Mindball es un tipo de cancha de fútbol donde los jugadores mueven la bola con sus ondas cerebrales (con electrodos conectados a la cabeza). Para competir con éxito, lo que hay que hacer es no competir; simplemente hay que cerrar los ojos, relajarse y vaciar su cabeza de preocupaciones. En este juego la competitividad y agresividad son contraproducentes; la estrategia, toma de decisiones y coordinación entre manos y ojos no cuentan para nada.

Lo mismo sucede en nuestra relación con el Señor, entre más movimientos vigorosos hagamos en cualquier dirección y en nuestras fuerzas, no cuentan para mucho. Sin embargo, movimientos que hagamos bajo su dirección (él yendo adelante) hacen una diferencia total. Por ello es tan importante que aprendamos a vivir en su descanso, que él nos muestre la cima a escalar y nosotros a seguirle en la ruta.

TESTIMONIO

El testimonio de un hombre de Dios ante la partida de su esposa.

En medio del dolor

Jerry Wells
USA

Esta parte del viaje no es uno que yo habría elegido para mí o mis niños. Hace algunos días, uno de mis hijos adultos estaba en la casa y sus ojos estaban muy rojos e hinchados. Puesto que acababa de llegar a la casa, le pregunté si venía del cementerio. Su respuesta era lo que sospeché. Le pregunté si este tipo de momentos le ocurrían regularmente. Dijo que sí, y especialmente cuando va al cementerio. Este es

un viaje doloroso para nuestra familia.

El dolor es relativo a diversas circunstancias de nuestras vidas día a día. Yo no tenía ninguna idea que hay gente en este mundo que experimenta esta clase de dolor emocional. Yo era muy joven cuando falleció mi madre (tenía sólo tres años). Este dolor emocional se podría comparar con el de los que tienen una inhabilidad física dolorosa y permanente. Cada

También grito mucho mis llantos a Dios. He dejado de pedir que Dios me quite el dolor.

día que usted se despierta, está allí. Algunos días son mejores que otros, pero siempre está allí.

Nunca le diríamos a una persona con una inhabilidad física dolorosa permanente que todo se va a mejorar con el tiempo. El tiempo no cura todo el dolor. Pero debido a nuestra compasión por los que están lastimados, lo decimos para darles esperanza. Una esperanza falsa a veces es peor que ninguna esperanza.

La verdad es que seguramente nunca va a mejorar. Dios cura al quebrantado de corazón, pero a veces la cura completa sólo la conseguiremos en el cielo.

Nunca pensamos decirle a una persona con una inhabilidad física dolorosa permanente que no debe sentir dolor. O nunca les diríamos que es impropio que sienta el dolor a veces. Esto no sería muy sensible. Una persona que ha experimentado una gran pérdida (como la nuestra) no puede controlar cuando va a sentir el dolor – a menos que esté dormido o haya tomado una receta del médico.

Ocasionalmente, evito ciertos acontecimientos de modo que no haga a otros sentirse mal y no arruinar la tarde de ellos. Algunas veces puedo anticipar cómo ciertas cosas van a hacerme sentir, y evalúo si es realmente necesario que atienda esa situación o reunión. No hay nada más incómodo que estar con otros

que están gozando, pero tú estás a punto de derramar lágrimas. Esto también hace que otros se sientan incómodos si saben que alguien está con el corazón lastimado. En este tiempo en mi vida, es duro aparentar. Mis conductos lagrimales están muy abiertos: fluyen las lágrimas como un grifo de agua abierto, al más leve asomo de pena.

Entonces, ¿qué vamos a hacer si el dolor nunca consigue pasar? El vivir con dolor no es muy americano. El sueño americano es la posibilidad de una vida con toda la comodidad que usted desea, y ningún dolor.

La verdad es que la mayoría de los americanos vivimos con dolor. Por esa razón, mucha gente en nuestro país se ha hecho adicta a algo. Es normal para la gente con dolor dar rienda suelta a las pastillas «asesinas del dolor» – u otras formas químicas de alterar el dolor.

El vivir con dolor es una nueva experiencia para mí, pero parece ser permanente. Apenas puedo recordar ahora días enteros, e incluso semanas, sin sentirme lastimado emocionalmente. Es duro recordar cómo era ese tiempo de mi vida. Veo cómo fui protegido por años al no saber lo que tanta gente ha estado experimentando alrededor de mí.

Puesto que mi ética cristiana no me permite que yo me vuelva a las pastillas «asesinas del dolor» – o a otras formas médicas o químicas de

alterar el dolor emocional... ¿qué puedo hacer?

Lloro solo, hasta que ya no hay más lágrimas. Ésta es la manera natural que Dios nos ha dado para aliviar el dolor. Es asombroso para mí comprobar cómo puedo tener un violento quiebre emocional por algunos minutos, y después sentirme bastante bien para poder hacer algo productivo. Esto sucede mucho en las mañanas del domingo antes de predicar en la reunión de la iglesia.

También grito mucho mis llantos a Dios. He dejado de pedir que Dios me quite el dolor. Más bien le pido que me ayude a ser fuerte para glorificarlo en la manera que vivo a pesar del dolor.

También grito mis llantos a algunos hermanos. Tengo un pequeño grupo de amigos a los cuales les cuento cómo me siento y por qué. Estos amigos no esperan que yo me alivie del dolor de manera inmediata. Su meta es ser buenos oyentes, y luego pueden rogar a Dios por mí. Algunos de ellos han pasado por una experiencia similar y hablan conmigo sobre sus sensaciones. Es muy confortable hablar de nuestras sensaciones emocionales dentro de un ambiente confiable y seguro. Hoy me doy cuenta que en tiempos pasados no fui muy buen oyente de la gente que me hablaba de sus dolores.

Sé que esta clase de vida no suena muy atractiva. Pero he descubierto que ser victorioso no significa estar siempre libre de todo dolor; pero sí

significa tener la fuerza para soportar el dolor de una manera que honre a Dios. He descubierto que gritar mis llantos a Dios y a otros, ha sido muy provechoso para alcanzar esta meta.

Y hay muchos momentos felices que he experimentado en medio del dolor. Cada noche mi nieta mayor, Gwynneth, de tres años, me busca para abrazarme antes de irse a la cama. ¡Gracias, Jesús! Y casi cada día mi nieto menor, Caedmon, de once meses, intenta demostrarme «qué tan hombre es» subiendo uno y otro obstáculo en nuestra casa. Yo le llamo cariñosamente «el hombre de las cavernas». ¡Gracias, Jesús! Y entonces veo la mirada maravillada de mi hijo menor de once años, William, cuando él comprueba que acaba de aprender algo para la escuela que hemos estado intentando tan arduamente memorizar. ¡Gracias, Jesús! Y cuando veo los nuevos niveles de madurez en cada uno de mis niños. ¡Gracias, Jesús! Y todavía gusto de la buena comida, y de una victoria del equipo de fútbol de Oklahoma University. También tengo gran placer al ver que alguien en nuestra iglesia consigue asimilar una verdad vital. ¡Gracias, Jesús! Y por la esperanza del cielo y de mi reunión con mi heroína, Debbie Wells. Gracias, gracias, Jesús.

Hay felicidad en el medio del dolor. Y hay alegría inexpressable y llena de gloria. Pero sigo deseando que Debbie esté aquí para compartir esta vida conmigo. ¡Hasta ese día!

* * *

CARTAS

Website

Hace poco di con su pagina web y he leído varios mensajes, especialmente la serie 'Cristo, el todo en todos'. Cada mensaje hizo arder mi corazón con la clara y equilibrada enseñanza acerca de la práctica cristiana eclesial e individual.

Hugo Jiménez, Cuba.

Alimento sólido

Soy una frecuente lectora de su página en Internet, que ha sido de gran bendición a mi vida. Aquí encuentro alimento sólido, la Palabra de Dios, sin sabiduría humana, sin mezcla de razonamiento y de pensamientos positivos para motivar a las personas.

Analuís Lacouture, Colombia.

Poder de Dios

Ciertamente vosotros estáis dando ejemplo a la Iglesia del Señor con vuestro mensaje de salvación y de edificación, exhortación y consolación para los hermanos en todo el mundo. El evangelio (Cristo) es po-

der de Dios y así lo hemos experimentado porque la tarea que estáis desarrollando está manifestando ese poder y así lo he vivido por experiencia propia en este tiempo.

Cecilia y María Cecilia Dominguez, España.

Palabra fresca

Definitivamente el Señor está hablando tremendo a través de ustedes. He compartido algunos temas con mi Pastor y hermanos de mi iglesia, todos están emocionados con la palabra fresca que fluye a través de ustedes.

*Raymundo Gómez Zavala
Nueva Rosita, Coahuila, México*

Libros

Quiero felicitar al equipo de Aguas Vivas por tan valioso trabajo que están haciendo. Desde que conocí esta pagina he quedado bendecida, ya que lo puedo aplicar a diario en mi vida. También sus libros me han servido de mucho.

*Jennifer Florimón Carrasco,
Santo Domingo, Rep. Dominicana.*

Por razones de espacio, las cartas son resumidas.

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

aguas vivas, una revista para todo cristiano

Año 9 · Nº 49 · Enero - Febrero 2008

Equipo Redactor

Eliseo Apablaza, Roberto Sáez,
Gonzalo Sepúlveda, Rodrigo Abarca,
Rubén Chacón, Marcelo Díaz.

Además en esta edición

Stephen Kaung, Billy Pinheiro, Jerry Wells.

Diseño y distribución

Mario Contreras / F. 45 343429 Temuco (Chile).
E-mail: aguasvivas.cl@gmail.com

Contactos EE. UU, Canadá y Puerto Rico:

James Huskey · Spanish Publishing Mission
P. O. Box 1339, Guthrie, OK 73044 USA.
E-mail: pieshermosos@yahoo.com

Contactos en México:

Samuel González E. · Apartado Postal Nº 639
C. P. 80000, Culiacán, Sinaloa, México.
E-mail: sammyglez@yahoo.com